Fray Eugenio Ayape
Hermana Agueda Lourdes Sánchez
Agustinos Recoletos

Vida de la Madre María de San José

(Laura Alvarado Cardozo)

Fundadora de la Congregación de
Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús

VIDA DE LA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ

(Laura Alvarado Cardozo)

Fray Eugenio Ayape
Hermana Águeda Lourdes Sánchez
Agustinos Recoletos

Vida de la Madre María de San José

(Laura Alvarado Cardozo)

Fundadora de la Congregación de Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús

Editorial AVGVSTINVS
Gaztambide, 75
MADRID-3

Visto el informe del censor
Puede imprimirse:
Juan José Bernal Ortiz
Arzobispo – obispo
LOS TEQUES
28 de agosto de 1979

NIHIL OBSTAT
Fr. Jamen Mc Guire
Prior General O.A.R.
Roma, mayo 15 de 1980

ISBN 84-85096-05-3
Dep. Legal: CC-155-1980

Gráficas Saldoval, - Berrozana, 1. – Plasencia (Cáceres) España

Madre María de San José

Nació el 25 de abril de 1875 – Murió el 2 de abril de 1967.

DOS PALABRAS

La vida de nuestra venerada Madre Fundadora María de San José merece ser recordada e imitada por todos los que profesan el Evangelio, y muy singularmente por sus hijas las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús.

Por eso con gusto aprobamos la publicación de estas páginas, sencillas e interesantes, en donde se brindan datos biográficos, se hacen ver las maravillas que en ella realizó el Altísimo, y se ponen de manifiesto sus principales virtudes, su caridad y humildad, y su celo por la mayor gloria de Dios y el bien de los prójimos, en particular de los más necesitados.

Indudablemente es momento muy oportuno para ello, ahora cuando mucho necesitamos de sus ejemplos heroicos. y cuando se está promoviendo con entusiasmo su Causa de Beatificación.

¡Oué seráfica, qué bella fue su alma! ¡Qué rica y fecunda fue en ella la acción del Espíritu Santo! ¡ Y qué voluntad tan serena y firme la suya! ¡Cómo se empeñó y logró copiar los rasgos de Jesucristo, de Quien vivió totalmente enamorada!

La conocí y traté. Y ahora me encomiendo a su intercesión; y le pido que me bendiga y ayude, y que bendiga a la Congregación, que es suya, para que prospere y avance por caminos seguros, para que permanezca siempre fiel a su carisma originario, y encuentre su luz y su fuerza en el Corazón Divino, a quien le pertenece por entero.

Los Teques, 12 de diciembre de 1979.

Hermana Guadalupe Velasco

Superiora General

PRELIMINAR

La Madre María de San José —1875-1967—, nacida en el pueblo de Choroní, Estado de Aragua - República de Venezuela, y muerta en olor de santidad en la ciudad de Maracay, tras una larga y colmada vida de trabajos y virtudes, ofrece una historia bellísima, con perfiles heroicos de sencillez y de grandeza.

Ya se irán manifestando cada día con más claridad los escondidos tesoros de su caridad, su capacidad de sacrificio, su humildad, y de sus íntimas comunicaciones con el Dios, autor de todo bien y de la verdadera paz. Es una gloria legítima de la Iglesia Católica. Es un auténtico honor de la humanidad. Es una flor preciosísima del místico jardín que plantó San Agustín. Es una de las mejores hijas de esta parte de América que se denomina Venezuela.

Conocí personalmente a la Madre María de San José cuand, ya en su ancianidad, se hallaba retirada en la casa-cuna de la Congregación, en Maracay. Mansa, edificante, alternaba la oración y el trabajo. En silencio y obediencia brindaba un ejemplo sublime de sosiego interior, de contemplación, de unión con el Señor. Ocupaba su tiempo libre en hacer hostias, en preparar la blanca materia del Sacramento eucarístico, del que era devotísima.

Conversé mucho con esta Esposa de Jesús, que en sus palabras y obras inspiraba respeto e infundía aliento sobrenatural. Hablé de la Congregación de Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús, que ella fundó juntamente con el celoso sacerdote Vicente López Aveledo, y que ha logrado un fuerte desarrollo y ha producido copiosísimos frutos en el campo de la enseñanza, y sobre todo en la asistencia a los ancianos más necesitados y en la catequesis. No olvidaré nunca la impresión gratísima que su vista y su trato personal produjeron en mí. Su físico, ni alto ni bajo, bastante fino, se conservaba muy bien.

Se están por fortuna dando ya los primeros pasos enderezados a procurar la Beatificación de la Madre María de San José. En el juicio sapientísimo de la Iglesia se confía. Ello, por cierto, dará lugar a que se vayan descubriendo cada vez mejor ante el público las muy ricas cualidades naturales los dones sobrenaturales con que la dotó el cielo, y que ella supo cultivar con exquisito cuidado.

Una religiosa, Sor Águeda Lourdes Sánchez, que fue su secretaria, y luego sucesora inmediata suya en el gobierno general de la Congregación, ha proporcionado una serie de impresiones, recuerdos y apuntes muy interesantes sobre la Madre María. «He ido recordando y escribiendo. Dicto lo que vi y Oí de labios de nuestra Madre Fundadora. Casi todo lo que redacto es copia fiel, y de las conversaciones tenidas con ella, grabadas en cintas magnetofónicas que se conservan en nuestra casa generalicia de Los Teques. Hay también aportes de nuestras Hermanas mayores, testigos fieles de los hechos.»

«La Madre María, hija fidelísima de la Iglesia, con quien quiso siempre identificarse, reservada y humildísima como era, me hubiese reprendido en caso de haber sabido que yo iba recogiendo sus intimidades espirituales.»

«Ansío contribuir a la glorificación de Dios en sus santos, y a presentar a nuestras jóvenes religiosas algunos rasgos característicos de quien nos abrió el camino en un Instituto, por ella fundado, que se propone imitar a Cristo, especialmente en el amor y servicio de los prójimos más pobres y necesitados.»

¡Qué bien cae en los oídos esta afirmación de un testigo ocular! ¡Qué honda seguridad produce aquello de San Juan: «Decimos lo que hemos oído; hablamos de lo que hemos visto con nuestros propios ojos»! Se quiere hacer saber que no se inventa nada, que la fantasía exageradora no interviene en lo que la pluma estampa.

Así sucede en este libro que aparece para producir deleite y provecho. Así sucede en este relato, en donde sólo hay destellos de verdad, de claridad espontánea, en donde es objetivo el fondo y es muy diáfana la

forma, en donde no existen ningún alarde literario ni asomos de ponderativos acentos.

A lo largo de toda la narración va desfilando la figura. virginal y bondadosa, de la Madre María de San José. Se va contando paso a paso su historia. Quien la cuenta se ciñe a lo que vio, a lo que oyó, a lo que pudo recoger y guardar de su trato, íntimo y permanente, con la protagonista, o a lo que narraron las otras religiosas, sobre todo las más ancianas, que más permanecieron al lado de la Madre.

Podría haberse hecho una descripción panorámica, al menos, de la realidad político-religiosa de la época en que vivió y desarrolló su acción nuestra heroína. Porque así, con un marco bien preparado, el lienzo hubiera cobrado más precisión y perspectiva, y la imagen más perfectos contornos. Habrá que indicar que, en general, hubo en Venezuela inseguridad, laicismo, abusos, desorden moral y político, a últimos del siglo XIX; y esto mismo siguió en las décadas del siglo xx con alternativas entre el bien y el mal, entre la paz y el desorden. Y en lo religioso fue asimismo lamentable la decadencia espiritual con escasez de clero, con el abandono de muchísimas parroquias, con la relajación de las costumbres, con el influjo deletéreo de doctrinas extrañas y racionalistas. Gracias a que se salvó el sensato pueblo de Dios, por la Providencia divina y por la acción, con frecuencia heroica, de prelados y sacerdotes. El tesoro de la fe católica permanece.

Yo he procurado con la mayor fidelidad aprovechar los datos que se me brindaron y que he ido recogiendo; y he tratado de dar complemento y redondeo del mejor modo posible a la historia. Y se han agregado algunas explicaciones, y varios testimonios valiosos de personas, merecedoras de un alto crédito por su autoridad y competencia, y que tuvieron el privilegio de conocer y tratar a la protagonista.

Y será preciso añadir que además, para bosquejar esta semblanza, se han tenido en cuenta los escritos, bastante numerosos, que dejó la Madre María. Apuntes, en que alude a su interioridad, a su trato secreto con Dios, y que redactó por mandato de su confesor, y constancias breves del estado de su alma en momentos especiales en

que sentía más fuertemente la voz y los regalos y las pruebas del Señor.

También hay cartas suyas, muy sencillas, muy sobrias, dirigidas sobre todo a religiosas de su Congregación, y variadas y oportunas notas de carácter administrativo, y con algún valor histórico, referentes a fundaciones de casas o a meros asuntos administrativos o de gobierno.

Para conocer más a fondo su rico espíritu, su alto pensamiento, y los anhelos inflamados de su corazón, nada mejor que repasar estos brotes espontáneos de su alma, estos sus desahogos íntimos. Habrá que ir explorando despacio los preciosos yacimientos espirituales de esta mina, abundantísima mina, en que todos sus valores son divinos, en que resplandece ante todo el Corazón de Jesús con las inagotables riquezas de su bondad.

Pienso sinceramente que este libro va a producir en muchísimas personas un gran deleite y un muy copioso fruto espiritual. Sobre todo en aquellas que aspiran a la perfección, y más en particular en las consagradas al amor y servicio de Jesús, y a las obras de caridad.

Como autores responsables, dado el trabajo realizado, aparecemos conjuntamente la Hermana Águeda Lourdes Sánchez y el que suscribe las notas liminares.

Fr. Eugenio AYAPE

Agustino Recoleto

NACIMIENTO Y BAUTISMO

El 25 de abril de 1875 nacía en el pueblo de Choroní, municipio del Distrito Girardot, del Estado Aragua, Venezuela, una niña que llevaría por nombre LAURA EVANGELISTA, hija de Clemente Alvarado y Margarita Cardozo. Su abuela paterna, Mercedes de Alvarado, la recibió como un regalo del cielo; dicha mujer era muy piadosa y vio en aquella nietecita un don de Dios para su familia.

Se decía que don Clemente pertenecía a la masonería; no existen pruebas de ello, pero su alejamiento de la Iglesia era motivo de gran preocupación para los suyos. Así ya veremos cómo Laura, más tarde, consciente del grave peligro que corría el alma de su padre, ofrece al Señor sus sacrificios con tal de obtener su conversión. En diciembre de 1899 se lee en sus apuntes de retiro lo siguiente:

«¿Qué no haremos por la salvación de un alma? Y si esa alma es la de un padre o de una madre, ¿qué sacrificios, por grandes que sean, no seremos capaces de ofrecer? ¡Ah, Señor, habéis aceptado mi sacrificio, bendito seas!» (1).

Laura Evangelista fue bautizada el 13 de octubre del mismo año, 1875. Siempre recordará su bautismo como el mayor beneficio que ha recibido. En sus escritos o apuntes de sus días de retiro del año 1900, conmemorando esta fecha se lee lo siguiente:

«¡Oh, divino Salvador mío, hoy cumplo veinticinco años que pasé por el santo bautismo a ser hija tuya y heredera de tu gloria!... Sí, heredera de ese cielo que poseeré. ¡Qué dignación! ¡Qué favor! ¿De cuánto, amado y buen Jesús, no soy deudora, y qué gracias os daré por ello? ¡Ah, infinitas quiero daros! Ángeles del cielo, que un día fuisteis testigos de lo que por boca de mis padrinos prometí, sedlo hoy también aquí en presencia de mi dulce Jesús y mi Madre amantísima.

Yo, adorado Jesús en la Eucaristía, renuncio de nuevo a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y prometo amarte y servirte siempre más y más, ayudada de vuestra santa gracia. Así lo espero» (2).

Al pie de esa misma página escribe:

«Hoy, a los treinta y siete años, hice mi solemne renovación; haced, oh Jesús mío, que yo os sea fiel hasta la muerte. — Madre María. 13 de octubre de 1912.»

En mi última visita a Venezuela me acerqué, lleno de emoción, al pueblo de Choroní, y tuve la felicidad de celebrar la Santa Misa en la misma iglesia, blanca y sencilla, de Santa Clara de Asís, en donde la Madre María recibió el ser nuevo, en donde comenzó a ser de Jesucristo. Me acompañaban la Madre Superiora General de las Agustinas Recoletas y algunas otras religiosas. Fresca y olorosa mañana era aquella, rica de flores y armonías.

Quisimos ver la partida de bautismo de Laura Evangelista. Y no encontramos el libro correspondiente. Nos afirmaron que había desaparecido en años anteriores, quizá porque el pueblo había estado abandonado, sin sacerdotes de asiento. Sentimos dolor grande por ello. Recorrimos las calles tranquilas del lindo pueblo, recostado en lo hondo de un pintoresco valle, y habitado por gentes cristianas y cariñosas que nos hablaron, muy satisfechas, de la más legítima gloria suya, de la flor más hermosa ahí brotada.

En el sitio en que se levantaba la casa natal de la Madre María de San José le rendimos homenaje, en silencio reverente. Varios parientes suyos tenían frases de muy legítimo gozo evocando su memoria y episodios familiares con anécdotas referentes a sus últimas visitas. Pues aquí se acercó en distintas ocasiones la buena hija de Clemente y Margarita.

Y todos repetían con agrado cristiano y patriótico: en este pueblo de Choroní nació y fue bautizada la futura Beata, una de las más eminentes hijas de Venezuela.

Ya se ha pensado en colocar alguna placa conmemorativa, en dedicar algún digno monumento a Laura Evangelista Alvarado

Cardozo, a la Madre María de San José, virgen y fundadora, en el pueblo que la vio nacer, en donde fue bautizada, en el municipio del Estado de Aragua, que puede convertirse en centro famoso de espirituales peregrinaciones.

_____

(1) Escritos de nuestra Fundadora, publicados en edición privada en abril de 1975. Diciembre 17 de 1899, p. 1.

(2) Op. cit., pp. 1 y s.

INFANCIA

A los tres años de edad fue llevada a la ciudad de Maracay, en donde su padre don Clemente decide fijar su residencia con el fin de mejorar la situación de la familia.

La abuela Mercedes ya comienza a ocuparse de enseñar a rezar a la nietecita, y en poco tiempo Laura aprende el rosario y le acompaña a rezarlo. De más está decir la alegría y el orgullo que esto despierta en el ánimo de doña Mercedes, quien, además de los conocimientos de religión, le enseña también a leer y a escribir. Por todos estos adelantos, y por su ya notable conducta, se gana el corazón de la abuela, llegando a ser la nieta preferida.

Desde su más tierna edad (cuatro años), demostró gran sensibilidad por el dolor humano; así, cuando veía en los suyos una pena se unía a ella, y era ésta tan vehemente que decía a su madre: «Mamá, ya sabes que ni hoy, ni mañana, voy a comer nada.» Y a pesar de las amonestaciones de su madre era imposible hacerle pasar alimento alguno. Prueba de esto la tuvieron los suyos a la muerte de su hermanita menor, Panchita. Viendo a su madre llorar la pérdida de su hijita, Laura, cual si entendiese la amargura por la cual pasaba ésta,

lloraba con ella, y no consintió la separasen de su lado, y por varios días no aceptó alimento alguno. Extraña conducta en una niña de tan pocos años.

Así fue siempre; sentía el dolor ajeno como en carne propia. Todas fuimos testigos de cómo se unía a las penas que afligían a la Iglesia, al Santo Padre; parecía que fuese cosa personal. Estaba al tanto de las noticias eclesiales, y cuando sucedían hechos dolorosos eran para ella motivo de gran aflicción, manifestándolo, al igual que en los días de su niñez, sin querer probar alimento. Nosotras observamos cómo sintió el proceso del Cardenal Mindszenty; no solamente oraba intensamente por él, sino que, además, pedía oraciones y gemía por la situación del prelado. Le ocultábamos muchas veces estas noticias, pero ella pedía que no le hiciesen tal cosa, pues se sentía Iglesia y quería palpitar al unísono con ella.

La diligente vigilancia de su madre en formarla, y la correspondencia a la gracia desde sus más tiernos años la fueron moldeando, pues no dejaba de tener sus vivezas de carácter y cierta inclinación a la vanidad. Un rasgo de ello se demuestra a los cinco años más o menos, cuando deciden sacarle un retrato. La peinan de crespos, lo cual le gustaba, e iba bailando por la calle, de un lado para otro, para hacerlos notar, y para lucir el gracioso vestido que llevaba. La presentan al fotógrafo, todo está listo para el retrato, pero se le antoja decir a la abuela Mercedes que hace falta una flor en la cabeza. Laura protesta inmediatamente, alegando que, así como está, le gusta más, pero su madre, tal vez por contrariar su vanidad, ordena que se le ponga la flor, y Laurita sale en la foto dando demostraciones de gran disgusto. Su madre bien sabía que, ante todo, debía ir enderezando los pequeños brotes torcidos, y canalizando lo desviado. Laura siempre fue, aun ya religiosa, muy pulcra y cuidadosa de su aseo y manera de presentarse, pero sin dar cabida a la excesiva vanidad, que tanto daño puede hacer a las almas.

Cuatro hermanos tuvo, menores que ella: Octaviano, Clemencia, Panchita y Simón (este último por parte de padre). Panchita murió a los pocos meses de nacida.

Otras de las cualidades que desde niña dejó entrever fueron su iniciativa y su recia personalidad. Lo demuestra el hecho siguiente: una noche después de las dos de la mañana, aproximadamente, vienen a avisar de la casa de doña Mercedes, que uno de los familiares ha enfermado de gravedad, y como Margarita es solicitada siempre por los vecinos para prestar su ayuda en estos casos, le piden vaya aprisa a atender al enfermo. Los niños están durmiendo, la ciudad es muy sana, no corren peligro, los deja confiada en que nada pasará. Pero he aquí que, poco después de haberse ido, Laura despierta, y al verse sola, decide ir en busca de su madre. Supone que estará en la casa de la abuelita, pero no dejará a los pequeños solos, y así toma entre sus brazos a Octaviano, con meses de nacido, y a Clemencia, de dos años apenas (ella tiene cuatro), de la mano, y, previsiva como siempre fue, lleva una caja de fósforos y una vela, por si fuere necesario encender luz, y con su preciosa carga emprende la salida. Gracias a Dios no fue necesario encender la vela, pues algo serio se hubiese tenido que lamentar, ya que, a pesar de su gran precocidad, su corta edad no le hubiese permitido evitar algún percance. Llega a la casa y toca a la puerta con su vocecita débil; la abuela es la primera en reconocer la voz y dice: «¡Margara, es la niñita!» Quedaron alarmadas al ver a la atrevida aya, con la responsabilidad de los dos niños, sola en plena medianoche. Rasgo éste que denota ya lo que en el futuro será con su gran entereza de carácter y a la vez con la responsabilidad que demostraría siempre en todos sus actos.

Así fue como, durante más de sesenta años consecutivos, pudo llevar el peso de una Congregación religiosa, a pesar de sus débiles fuerzas físicas, pues no gozaba de buena salud. Dios obraba en ella, y demostraba que se vale de lo más pequeño para llevar a cabo sus fines.

Crecían los niños en el santo temor de Dios, que la buena Margarita y la abuela procuraban inculcar en ellos... Laura va delineándose y copiando las virtudes que se le van enseñando. Es muy sumisa, y a veces sus hermanos, menores que ella, abusan de su natural virtud.

En la casa crecen, junto con ellos, los árboles, que son la delicia de su niñez; bajo éstos proyectan sus inocentes juegos. Y cuando dan el apetecido fruto, con el debido permiso, aprovechan para saborearlos. Un día deciden recoger los mangos; están en plena cosecha, y el árbol los ha dado deliciosos. Van los dos, ella y su hermano Octaviano, a tomarlos, pero antes de subir al árbol, Octaviano advierte a su hermanita, mayor que él, que no puede probarlos hasta que él no baje, para contarlos. Laura obedece fielmente, pero al advertir que la cesta está llena, con humildad pide al hermano tomar uno; con gran viveza él le contesta: «de ninguna manera, espera que baje». Por segunda vez pregunta: «¿Octaviano, puedo coger uno?» Pero recibe la misma respuesta. Se resigna a esperar, y cuando el tumbador de mangos baja, con gran habilidad se lleva toda la cesta y corre a esconderse, sin dejarle probar ni siquiera uno. «Este hecho —contaba ella— sucedió varias veces, pero jamás —agregaba— se me ocurrió acusarlo, ni echarle en rostro su maldad; lo quería muchísimo y era incapaz de vengarme.» Esto se fue repitiendo hasta que un buen día la mamá —informada por Clemencia— arregló el asunto y corrigió al tremendo usurpador de mangos. De otra manera no se hubiese sabido nunca, pues Laura no lo habría descubierto.

EN LA ESCUELA

Ya la abuela Mercedes considera que Laura debe ir a la escuela del lugar; ella la ha preparado con las primeras enseñanzas: leer, escribir, resolver las primeras nociones de matemáticas; llegará adelantada a las clases. La maestra, señora Blanco, la acoge con mucho cariño. Maracay es un pueblo pequeño en esa época; todos se conocen y han oído hablar de las virtudes que distinguen a Laurita.

Desde los primeros días se destaca por su gran inteligencia; de memoria clara, prodigiosa, recuerda con exactitud todas las enseñanzas. Gozó siempre de una gran memoria y con frecuencia recordaba detalles de su infancia, de tal forma, que su madre se impresionaba notablemente cuando le refería hechos de sus primeros años —aun de la edad de seis meses—, llegando a decir, que si no hubiese sido por la seguridad que tenía de lo veraz que era, no le hubiese dado crédito. A veces le manifestaba recordar escenas íntimas de familia, de las cuales doña Margarita aseguraba no haberlas referido jamás delante de ella y tampoco ninguno de la familia, lo cual daba tender su gran capacidad memorística.

En sus apuntes de los días de ejercicios copia algunas pláticas y exposiciones de los predicadores con tal exactitud, que parece las hubiese copiado taquigráficamente. Esta memoria ágil y fácil la ayudó mucho en sus estudios, en los cuales siempre fue brillante.

Se ganó, además del aprecio de sus maestras, el de sus compañeras, de quienes dice en sus apuntes del día 3 de septiembre de 1954:

«Recuerdo con alegría a todas mis condiscípulas, y no tengo quejas de ellas, ni ellas de mí; aún viven algunas; esto me llena de gozo en mi vejez» (3).

En esa misma fecha —en la página anterior de los mismos escritos de sus retiros— dice refiriéndose a los días de su niñez:

«Cuando habla el director de los ejercicios, y siempre me sucede lo mismo, del tiempo de la escuela, repaso todo en un momento, pues esos felices días los tengo muy presentes y los veo limpios de pecado, desde mis cinco años hasta los diecisiete, que fue en septiembre del 91, en que fue mi último examen; no tengo nada que tacharme, porque ni los lugares que conocían las demás niñas los conocí.» Y agrega: «¿a quién debo tamaño favor? Al Dios tres veces Santo, a la misericordia de Dios nada más».

Una de sus compañeras le toma mucho aprecio le manifiesta que desearía que su mamá la conociera, pero precisamente ya doña Margarita le había advertido que con esa niña no fuese a la escuela, se

reuniera con ella, pues había sabido que la conducta de sus padres no era laudable. Laura obedece, pero procura no darlo a entender a la inocente niña, que al fin y al cabo no tiene culpa de la conducta de sus mayores. La niña sigue instando a Laura para que se detenga en su casa y le ofrece da una tortica de casabe, que era una de las golosinas apetecidas por Laura. Esta por complacerla, y tal vez ilusionada por el casabe, le ofrece detenerse un instante, sin entrar en su casa; convienen que sea después de la salida del colegio. Laura, temerosa, le advierte a la compañera, que sea rápida en avisar a su madre, que ella le espera en la puerta, pero Margarita vigilaba la hora de salida desde la ventana de su casa, lo que Laura tal vez no había previsto, y al verla detenerse a la puerta de la casa vecina, le lanzó una piedra con tal tino que le llegó a la pequeña Laura, dejándola medio atontada, no sólo por el susto que le causó, sino por el dolor de no haber podido complacer a su querida compañera, y como es de suponer, por no haber podido recibir la consabida tortica del codiciado casabe. Esta escena prueba el celo que siempre tuvieron sus padres en la formación de sus hijos.

Una de sus compañeritas, viéndola tan parca en su hablar, tan delicada y pudorosa, la pide que repita una frase no conforme con la decencia, pero ella, firme en su propósito de no hacer nada que desagrade a Dios, le dice que no repetirá la frase, por ser ofensa a Dios, y por más que la otra argumenta no ser cierto, Laura se retira, dejándola avergonzada de su atrevimiento, recibiendo así una lección.

Desde los nueve años ya comienza su apostolado, siguiendo las huellas de su madre; le acompaña siempre en las visitas a los enfermos. En una ocasión un enfermo que no quería confesarse alega que no Io hace por tener mucha barba. No había podido afeitarse por su estado de gravedad. Laura le anima a hacerlo, y al ver la imposibilidad de éste, se ofrece a ejecutar ella misma esta labor. Pide a su madre la navaja y tijeras que usa su padre, y con rapidez corre al cuarto del enfermo y hace de barbera, ejecutándolo con gran cuidado y delicadeza. Así obtiene que el enfermo, al ver el gesto de la niña, acceda a confesarse y a recibir los últimos sacramentos.

Conociendo su disposición la venían a buscar con frecuencia, aún de noche, para ayudar a bien morir a los enfermos. Sus padres accedían y la acompañaban, ya que era algo impresionante a sus pocos años oírla rezar con tanta unción en aquellos momentos tan graves y difíciles de entender para una niña de tan corta edad.

Por las tardes, al regresar del colegio, reunía en su casa a los niños del barrio que no podían asistir a la escuela, ya que las que había eran particulares y remuneradas. Laura escoge un pequeño grupo de niños y niñas y les va dando los conocimientos que ella recibe. Así adquiere gran práctica. Sus maestras la admiran cada día más por su inteligencia y gran dedicación al estudio.

_____

(3) Op. Cit., p. 362

PRIMERA COMUNION Y PROGRESOS EN LA PIEDAD

Desde los seis años ya sabía toda la doctrina. Pero como en aquella época no había permiso para que comulgasen los niños menores de doce años tuvo que esperar hasta esa edad. Contaba ella que lloraba muchas veces por no poder darse al Amado de su alma. En sus apuntes de los días de retiro, correspondientes al mes de diciembre de 1958, escribe lo siguiente:

«¡Mes precioso de diciembre! Como siempre hice mis tres días de retiro para recibir por vez primera a mi dulce Jesús Sacramentado, lo que esperé desde los siete años, preparada por una santa viejecita, hasta los trece, porque no había llegado un Santo Padre Pío X que permitiese la sagrada comunión a los pequeños. En este día, 8 de diciembre de 1888, tuve la dicha inmensa de recibirlo por vez primera, de manos de un santo sacerdote español Padre Ferrara. Hasta hoy no he dejado de

recibirlo, por la infinita misericordia de ese Dios santísimo y misericordioso. Bendecidme, madre adorada» (4).

Por este testimonio, escrito en sus apuntes, se deja ver cómo mantuvo la costumbre de hacer siempre sus tres días de retiro, para recordar aquella fecha de su primer encuentro con Cristo.

Aproximándose la fecha de su primera comunión sucedió que un día la familia trató delante de Laura sobre el futuro, y de cómo debía ir pensando si era llamada a la vida matrimonial. Anteriormente, una familia amiga le había hablado del mismo tema, y le había propuesto que, cuando estuviese mayor, se fijase en un niño de la misma familia hacia quien pretendían inclinarla. Inmediatamente le dijo a su madre que no volvería a aquella casa, pues no quería oír tales proposiciones. Oyendo el tema de nuevo, y ahora en el seno de los suyos, vivamente preocupada va a la iglesia y en el altar del Santísimo, su sitio preferido, donde tenía con frecuencia sus coloquios con el que ya había elegido su corazón, le pregunta: «¿Jesús mío, no podrás Tú unirte a mí, como lo hacen las demás jóvenes con su prometido?»

En sus apuntes de retiro del año 1925, y en otros más, hace alusión a esta inocente proposición.

«Hace hoy treinta y cuatro años que pronuncié aquel queridísimo voto, casi sin saber lo que hacía. No, sí sabía, que seis meses antes, día del Carmen, me inspiró el dulce Jesús del Tabernáculo el preguntarle: ¿Y no puedo unirme a Ti como las demás mujeres a los hombres? Y aquel sí que oí, y sentí, en el fondo de mi alma, ¿no me daba pleno conocimiento de lo que hice en este gran día de la Inmaculada Concepción? ¿Quién me había de decir que diez años más tarde pronunciaría votos como religiosa? ¡Qué dicha tan inmensa!» (5).

Así, todos los años, hasta el último de su vida, hizo de aquel día de su primera comunión la mayor fiesta. En algunas oportunidades no solamente hacía retiro de tres días, sino de ocho, y cinco días para prepararse a conmemorarlo. Para ella esta fecha del primer encuentro con Jesús en su alma tiene una huella imborrable. Gustaba de preparar niños para la primera comunión en ese día. En 1906, a pesar de una

gravedad que sufrió, preparó dos niños, y manifiesta en sus apuntes que no le fue posible llevarlos a la iglesia. Hace mención del hecho con gran dolor.

«Hoy te pido arreglar esas dos almas para recibir en su pecho por vez primera al Dios de nuestro amor; pero icuánto he sufrido, al no tener la dicha de llevarlas hasta los pies del Tabernáculo, para presentarlas a Jesucristo ante el momento sublime de la comunión! Yo bendigo tu Voluntad, Dios mío» (6).

Después de la declaración de aquel día 16 de julio dice que tuvo un sueño, en que se le acabó de revelar el Señor como su esposo. Estando en oración ante el altar del Santísimo vio que las imágenes de la Santísima Virgen y San José se volvían hacia donde ella estaba arrodillada, y el Niño Jesús se las presentaba como su prometida, a lo cual los santos esposos con una inclinación de cabeza accedían gustosos.

Llegó, pues, el día 8 de diciembre, para ella tan deseado, y en él, con el permiso de su director, a quien había puesto al corriente del compromiso contraído con su Jesús, pronunció, en el preciso momento de la unión eucarística, su VOTO DE VIRGINIDAD, que ratificará más tarde a los diecisiete años con carácter de perpetuidad.

En una mañana en que iba a la iglesia para oír la santa misa oyó que al pasar por una casa derrumbada salía una voz que le decía: «donde está tu tesoro, allí está tu corazón», y con la vivacidad que siempre le acompañó para responder a cualquier pregunta que se le hiciese, respondió: «EN LA EUCARISTIA ESTA Ml TESORO, Y ALLI ESTA Ml CORAZON.»

Desde la primera comunión su vida fue una verdadera entrega. Su piedad, como es natural, se acrecienta y el apostolado va en aumento. Los días de retiro se suceden con más frecuencia. Los primeros viernes de mes Laura dice a su madre y hermana Clemencia que avisen a los niñitos a quienes impartía el catecismo que no les atendería por estar de retiro. Clemencia, su hermana, llevada de su manera juguetona y con el fin de molestarla, pues le extrañaba mucho la conducta de Laura,

al ir llegando los niños para la clase, decía en alta voz, con el fin de que ella oyera desde el sitio donde se recogía para tener sus coloquios con el Dios de su primera comunión: «Laura está brava, hoy no les va a recibir.» Bien sabía que esto mortificaría tanto a la maestra como a los discípulos, los cuales se sentían muy queridos, y a ver si lograba hacerla salir de aquel retiro; pero nada le hacía impedir su disposición, pues a pesar de mortificarse por la actuación de Clemencia, estaba firme en su propósito de no dejar aquel encuentro, para ella tan querido, con su Dios.

Los días de retiro eran su predilección:

«Después de un día de retiro no sé lo que pasa en mi alma, cuando he podido pasar un día entero a los pies de mi dulce Eucaristía» (7).

Desde muy pequeña, cuando todavía no era capaz de comprender lo que significaba un retiro, pero sí de intuirlo, se refugiaba a la sombra de una mata de Catigüire, que había en el solar de su casa, y a quien iba a contar, todos los sentimientos y deseos que sentía. Era introvertida, pero tenía necesidad de expansionarse y lo hacía con aquella matica. Le preguntamos qué se figuraba de esto, y respondió que le parecía que allí estaba Dios.

Su imaginación de niña la llevaba a proyectar la idea de un futuro consagrado a la niñez. Como mantenía el propósito de no casarse en su infantil razonamiento se decía: «Cuando sea mayor, si me unen a un señor, yo le cuidaré los niños —que, según ella, los traería el jefe, no sabemos de dónde, para que los cuide—, y a él le atenderé con gran respeto, con mucha delicadeza.» Sin tener mayor conversación con él, le saludaría y avisaría estaba todo listo para la comida, etc., mientras ella se ocuparía de educar y vigilar aquellos niños, que estarían a manera de un internado. Decía que veía en su imaginación una mesa muy grande con muchísimos niños, a quienes ella debía estar dedicada. Como se ve, vislumbraba en lontananza el futuro asilo «Inmaculada Concepción», que llegó a albergar —en su tiempo— más de cien niñas internas, y a quienes le tocó cuidar con gran solicitud y amor verdadero de madre.

Por su parte las maestras Blanco ven que cada día Laura va desarrollando, a la par que su inteligencia, su conducta moral en todos los aspectos. Es la primera en todo, y no solamente le enseñan las materias del pensum, sino también labores, música, etc. Así bordaba en oro muy bien, y en cuanto a música su padre la animaba a tocar el piano, y riéndose de ella le decía: «Usted triunfará en el piano, pero no así en el canto», ya que no gozaba de tener buena voz. Tal vez por su excesiva timidez no se atrevía a hacerlo.

Terminados los estudios la escogen para decir el discurso en la plaza principal de Maracay. Su padre la acompaña para aquel acto. Por el camino la preguntaba si no sentía miedo de presentarse en público, pero ella con la mayor naturalidad le dice que está segura de lo que dirá, y además se siente protegida por la presencia de Dios. El hablará por ella. Llegados a la plaza, están presentes las autoridades, el párroco y los familiares de las colegialas que han finalizado junto con ella sus estudios. Laura se desenvuelve con sencillez, causando gran admiración al público, quien le tributa sus aplausos.

Don Clemente, orgulloso, es el primero en abrazarla emocionado, y al llegar a su casa, la promete enviarla a Caracas para que continúe sus estudios, ya que en Maracay por aquella época la instrucción máxima finalizaba con las enseñanzas del catedrático profesor Blanco, padre de las señoritas Olimpia y Mercedes Blanco, maestras de Laura.

Se hacen las solicitudes para que Laura vaya a Caracas, pero no teniendo aquí familiares a quienes pueda estar confiada, se prescinde de ello.

Llega el 25 de abril y Laura cumple sus quince años. Sus padres desean celebrarlo con un baile; pero don Clemente, al tener todo dispuesto para la fiesta, llama aparte a su hija y le dice: «la fiesta es por usted, pero yo no quiero que vaya a bailar, pues no permitiré que nadie le ponga el brazo». Laura consiente, como siempre, obediente a las disposiciones de su padre y, a la vez, interiormente agradece la libren de aquella fiesta que no tiene para ella ningún atractivo.

Así la joven vio la llegada de sus quince abriles modestamente recogida en el interior de su habitación, oyendo la música que tanto le gustaba. Delicadezas también del amado de su alma, que no quiere que su prometida pueda aficionarse a las alegrías mundanas. Laura oyó la música desde su cuarto y mirando por el agujero de la cerradura. Por supuesto que los invitados no extrañarían su conducta, ya que todos conocían su natural timidez y su recogimiento.

Al terminar la fiesta, don Clemente dice a doña Margarita que deben de ahora en adelante cuidar de dar mejor ejemplo a la señorita, que va a vivir, según ellos creen, una nueva etapa. No saben que Laura está comprometida con el Rey de cielo y tierra, y que le ha entregado para siempre su corazón.

_____

(4) Op. cit., p. 389-390

(5) Op. cit., p. 112-113

(6) Op. cit., p. 34-35

(7) Op. cit., p. 76-77

COMIENZA EL APOSTOLADO

Desde la edad de nueve años ya comienza su apostolado, siguiendo las huellas de su cristiana madre, a quien acompañaba en sus visitas a los enfermos, y cuando llevaba algún alimento a personas necesitadas con quienes compartía su pan la generosa Margarita. Esta noble mujer, tan caritativa, era verdaderamente un ángel de caridad.

Se cuenta que en cierta ocasión, en que unos señores muy distinguidos de Maracay (familia Cerró Udi), tuvieron necesidad de salir de la ciudad, por motivo de expropiación, en una de las revueltas civiles que asolaban al país, Laura se ofreció a acompañarles y ayudar en los

menesteres de la casa, lo cual la hizo aparecer como empleada de aquella familia, a quien la unían lazos de gran amistad. Para ella el bien de sus semejantes estaba ante todo. Laura heredó de su madre este espíritu de servicio.

En una de sus frecuentes visitas a los enfermos, se encuentra el caso de un señor que, a pesar de su estado de gravedad, alegaba no querer le trajesen el sacerdote para administrarle los Santos Sacramentos, por no poder afeitarse; al saberlo Laura se ofrece a practicar el oficio de barbera: pide a su madre los útiles de su padre para estos menesteres, y corre al cuarto del enfermo. Aunque de muy corta edad, realiza su cometido con gran delicadeza y arte. El enfermo quedó tan satisfecho que accedió a que le administrasen los últimos sacramentos y murió agradecido a su pequeña barbera, quien, además de proporcionarle el gusto de sentirse en condiciones decentes y de buen aspecto, le devolvió la paz a su alma y le preparó para su entrada en la mansión de los justos.

Laura era muy solicitada para ayudar a bien morir a los agonizantes. Tenía mucha unción para rezar, y sus padres, viendo su disposición, le permitían, aún de noche, ir a cumplir con ese noble deber, acompañada por supuesto de su solícita madre. Era algo impresionante y consolador, ver a esta niña de tan corta edad, en esos momentos tan difíciles y penosos, ejecutar con tanta entereza y devoción ese nobilísimo ejercicio.

En cuanto a la dedicación a enseñar lo hizo desde los doce años, cuando ya, muy adelantada en sus estudios, comenzó a reunir a los niños vecinos, que por carecer de medios económicos, no podían asistir a la escuela, ya que las existentes eran remuneradas. Así, además de la instrucción intelectual, les imparte conocimientos de religión.

De acuerdo con el párroco Laura quiere fundar un catecismo para aquellos jóvenes mayores de catorce años que no han podido prepararse para la primera comunión. Solicita primero el permiso de su padre, y éste le exige que espere unos días para concederle el permiso. Su intención es observar la conducta de sus amigos referente al parecer de Laura, ya que quiere evitar las críticas que pudieran hacer de su

querida prenda, conociendo además las ideas anticlericales de algunos de sus compañeros. Espera la oportunidad de salida de Laura a recoger los niños para conducirlos hacia la iglesia para darles la instrucción catequística. Se coloca en un sitio estratégico para oír los comentarios de sus amigos, al momento de pasar Laura junto a ellos. Y qué sorpresa cuando oye que dicen: «¿Quién se va a meter con la niña del Cristo (como la llamaban, por llevar siempre al cuello una cadena con su crucifijo), si al verla con tanta seriedad y modestia, infunde gran respeto y veneración?» Don Clemente, al oír tales expresiones, se fue a su casa, y al regresar Laura de cumplir su misión apostólica, le dice: «Laurita, tiene permiso para continuar su labor de catecismo», y, por supuesto, para fundar el deseado catecismo de jóvenes, que tanto deseaba. Es de suponer la alegría que inundó el corazón de Laura, pues a la vez esta acción de su padre le hizo ver que éste no estaba tan alejado de Dios como se suponía. Por otra parte, aunque él no fuese católico practicante, jamás se opuso a su apostolado.

Todos los días Laura Evangelista, al salir de la santa misa, solía reunirse con un grupo de jóvenes piadosas, más o menos de su misma edad, para hacer el vía crucis y otros actos de reparación al adorable Sacramento. Y regresaba después a su casa para continuar su labor de catequesis y enseñanza. Ayudaba también al párroco lavando los purificadores.

Evidentemente estaba llamada por Dios para ser evangelizadora, para cumplir en tierra una alta misión apostólica.

Este espíritu de caridad difusora, de entrega al servicio del prójimo necesitado, de ayuda a la niñez que carecía de los más elementales conocimientos en materia de religión, procuró después la Madre María que fuera como un distintivo muy marcado en las religiosas, sus hijas, de la Congregación de Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús.

INICIOS DE VOCACION Y FUNDACION
DEL PRIMER HOSPITAL

En una ocasión Laura manifiesta a su confesor el deseo de ingresar en un convento, y éste le promete ayudarla a realizar sus deseos. Puede llevarla a España, conoce a algunas religiosas de clausura, y seguro de la vocación de su dirigida, le promete facilitarle aún los gastos de viaje, en caso de que su padre le negase el permiso. Conociendo Laura el inmenso afecto que éste le profesa, teme manifestarle dicho proyecto, esperando la mejor oportunidad para declararle su vocación. En esta alternativa se le presenta una fiebre muy alta, que la postró por muchos días. Sus padres la llevan a Cagua, para ver si, cambiando un poco de clima, cede la enfermedad. Fue mejorando lentamente, y un día la van a visitar sus amigas las Blanco, y le dan la noticia de que un nuevo párroco ha llegado a Maracay (*). Están persuadidas de que Laura se alegrará mucho, ya que ven en el joven sacerdote grandes cualidades. Le dicen que es un buen confesor, que tiene mucha unción para aconsejar, y que cuanto antes se mejore procure irse, para que pueda comprobar por propia experiencia los grandes dotes que ellas ven en el nuevo párroco.

Laura presiente que algo extraordinario va a ocurrir en su vida; anhela el momento de poder ir, para apreciar al nuevo guía espiritual, que la Divina Providencia ha deparado en su camino. Regresa al fin de su reposo, ya restablecida, y emprende su nueva lucha de apostolado.

Las Blanco la invitan a su casa para que ayude a Olimpia, una de ellas, que ha empezado a preparar su ajuar de matrimonio. Laura accede como de costumbre, y estando una tarde en esta labor de bordado llega de visita el párroco, quien manifiesta a María Blanco que desea conocer a una joven que se sienta en el primer banco de la iglesia, que lleva un crucifijo con cadena al cuello. Inmediatamente va a llamarla y hace la debida presentación; el párroco, tal vez conocedor de las buenas cualidades de Laura, la invita para que le ayude en la obra de cuidar a

los enfermos, que desea iniciar, ya que en el escaso tiempo que lleva en Maracay, le ha tocado recoger algunos sobre sus hombros y llevarlos a su casa en estado agónico. ¡Cuántas veces administró la extremaunción en plena calle a un moribundo, por falta de hospital y asistencia pública! Es su deseo fundar un hospital, que va a ser el primero de Maracay. Laura le ofrece consultar con su padre; después le dará la contestación. Siente en su corazón una inmensa alegría por poder prestar su apoyo de una manera eficaz a la Iglesia, a la que con tanto amor y desinterés viene ayudando desde sus más tiernos años.

Consulta, pues, a su padre, y éste consiente, con la condición de que sólo fuese en horas del día.

Escogen para la fundación del primer puesto de asistencia a los enfermos, con el nombre de «Hospital San José», el día 3 de noviembre de 1893. En una pequeña casa alquilada, careciendo de muchos recursos, pero confiando en la Divina Providencia, como han hecho todos los fundadores, emprenden la obra que más tarde se extenderá por los ámbitos de la patria, llegando a tener treinta y cinco casas, de las cuales muchas de ellas eran hospitales.

El celoso párroco, con la ayuda de las nuevas samaritanas, organiza el horario del hospital. Les tocará por turno cuidar a los enfermos y administrar medicinas. Contaban ellas que solían preparar con paños viejos las vendas, que deshilaban y esterilizaban.

Para la dirección de aquellas valientes enfermeras, sin títulos profesionales, pero con vocación de corazón, colocó el Padre López a la señora Antonia del Castillo, de las Islas Canarias, de quien se decía que había sido religiosa. Llevaba muchos años en Venezuela. Además de ser la directora del hospital era también una especie de maestra espiritual para las jóvenes.

Laurita había manifestado a su nuevo confesor el ideal de ser religiosa, para lo cual éste le aconseja esperar un tiempo prudencial.

Laura se distingue por su atención a los enfermos; la abnegación y dedicación con que les atiende son dignas de encomio. Practicaba las curas y aseo a los enfermos de tal forma, que parecía hubiese cursado

estudios de enfermería; ella misma se admiró, cuando muchos años después vio a una enfermera graduada practicar el aseo a un enfermo, y se extrañó de que, sin haber ella recibido ninguna instrucción al respecto, lo hiciese en la misma forma como lo practicaba aquella. La Divina Providencia y la Virgen de las Mercedes, a quien siempre pedía ayuda, la enseñaron también a cumplir con sus deberes de enfermera.

El celoso párroco está por iniciar en la parroquia la Sociedad de las Hijas de María, y como es de suponer, Laura será la primera en formar parte de aquella legión de almas amantes de la Santísima Virgen.

Antes de comprometerse de nuevo insiste a su director sobre el deseo de consagrarse al Señor en la vida religiosa y de ir a España, para ver si puede allí realizar su ideal. El Padre López ya estaba seguro de aquella vocación, pero siente dejarla ir; ante esta nueva insistencia de Laura le aconseja que se consagre como Hija de María, y después ya él pensará lo que debe hacer.

El 8 de diciembre es la fecha de la consagración a la Madre Inmaculada. Se prepara —como es su costumbre— con tres días de retiro. En sus apuntes refiere que no sólo se recibió como Hija de María, sino que le hizo voto de guardar castidad perpetua al Señor. Años antes de morir comentaba la famosa plática que para aquel día les hizo nuestro Padre López Aveledo, y decía: «¡hermosísima plática!».

El Padre López Aveledo preocupado por la vocación de Laura no quiere hacerla desistir, y decide pedir consejo al señor Arzobispo de Caracas, Monseñor Juan Bautista Castro, quien al oír la exposición del virtuoso sacerdote le dice: «no la deje ir», junto con las otras jóvenes que le acompañan en el hospital —ya que habían manifestado deseos de ser religiosas. Le anima contándole los adelantos de la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento, que él había fundado, y le ofrece ayudarle en cuanto fuese necesario.

Con estos nuevos planes, al llegar a Maracay llama a Laura, y le presenta los deseos del señor Arzobispo. Esta acepta, pero pide que, si se queda, sea con la condición de que funden una obra para niñas huérfanas, lo cual ha sido uno de sus grandes ideales. El Padre López

Aveledo le promete que será complacida, pero primero deberán, ella y sus compañeras, someterse a una prueba, y así encarga a doña Antonia de explorar y formar aquellas vocaciones.

(*) Padre Vicente López Aveledo.

LAS PRIMERAS PRUEBAS

Doña Antonia se ingeniaba para hacer practicar a las jóvenes, especialmente a Laura, la humildad y las demás virtudes, que ella creía eran indispensables para probar si verdaderamente tenía vocación.

Cuando un paciente moría les mandaba vestir al difunto, y tan pronto como terminaban esta tarea les ordenaba ir a comer, sin permitirles que se lavasen las manos; lo que Laura, siempre obediente, ejecutaba. Nos contaba que la Hermana Catalina le aconsejaba: «no seas tonta, Laurita, ve a escondidas y te lavas las manos; así lo hago yo». Pero ella no era capaz de hacer tal cosa y se limitaba a tomar el pan por su parte externa, y cuando se concluía éste, el sobrante tocado con las manos no lo ingería. Decía que le era demasiado insoportable esta prueba, pero como era para probar su vocación, con gusto lo ofrecía al Señor.

En una ocasión —miércoles de Ceniza— le correspondía a Laura quedarse con los enfermos, y por consiguiente no pudo ese día asistir a la ceremonia cuaresmal. El párroco encarga a doña Antonia que lleve ceniza de la iglesia y la imponga a los enfermos y a la joven que le ha tocado la guardia. Al llegar la maestra ordena a Laura arrodillarse para imponerle la ceniza. Laura extrañada de aquella nueva disposición le pregunta con sencillez: ¿usted? Pero sin más dilación se pone de rodillas. Doña Antonia se siente ofendida por la pregunta; le impone la ceniza, pero espera que llegue el director y le exagera la actitud de

Laura, añadiendo que ésta se había burlado de ella y que no había querido someterse a su disposición. Laura no puede contenerse ante tal calumnia, y dice en voz alta: «mentirosa». El director la llama aparte y le reconviene diciendo: «¿Y si usted se muere en este momento, a dónde iría?» A lo que Laura responde: AL CIELO. Estaba segura de su inocencia. No era la primera vez que doña Antonia usaba de este método para humillar a Laura. Llegó a inventar de ella calumnias muy graves. Laura supo soportar todo en silencio, por amor a Dios.

En sus escritos del día 29 de octubre de 1906 dice:

«Conocí a una niña a quien la infinita bondad de Dios, no fijándose en sus grandes pecados, le inspiró el deseo de ser toda para El. Visitaba un hospital con la mayor frecuencia, y a pesar de la contrariedad de sus padres, casi llegó a vivir en él. Entonces el Señor le deparó una venerable señora, ecónoma de dicho hospicio, y entonces empezó para aquella feliz niña el sufrimiento, el llanto y la más terrible lucha, con un martirio continuado, y llegó a ser víctima de la más cruel, de la más negra, de la más vergonzosa calumnia. A tanto llegó su doloroso estado, que para pisar los umbrales de aquella amada casa se detenía por instantes, vacilaba ante la atroz lucha que se tenía que reanudar, y luego entraba en la capilla (teatro de sus torturas) donde era llevada y examinada, permítaseme decir, aquella víctima inocente, y al pie de María lloraba y pedía las fuerzas necesarias para seguir la lucha y para entenderse con aquella que era el instrumento de su martirio y a quien amó con toda el alma. ¿Y aquella niña estaba acaso obligada a sufrir en silencio tan cruda guerra? ¿Tenía algún deber para con aquella, para soportar todo esto sin decirlo? ¿No podía manifestarle su estado y la verdad de las cosas a su confesor? ¿No tenía acaso sus padres con quienes vivía y a quienes estaba sometida? ¿Por qué les dejaba reposar el dulce sueño, para entregarse a su dolor, para llorar sin consuelo? ¿Por qué jamás comunicó a sus padres lo que pasaba por ella? ¿Sabéis por qué? Os lo diré, pues lo oí de sus propios labios: no quiso que ellos llegasen a saber nada, porque amaba a los pobres; deseaba servir a Dios en aquella casa, y sabía que, al hablar algo, no la dejarían pisar más sus puertas, y prefirió sufrir por algunos años en

silencio, antes que quejarse a sus padres y dejar de ir al lugar de sus delicias» (8).

Este relato se refiere a ella, según testimonio propio y de la Hermana Catalina, testigo fiel de los hechos, y quien le aconsejaba manifestar a sus padres todo lo que sufría. Laura le respondía que no, porque no la dejarían volver, como ya lo expresa en sus apuntes.

Laura recibe, con el permiso de su director, en el hospital a una niña pequeña, hija de una enferma, la cual había fallecido en el mismo hospital, y se dedica a su cuidado. Doña Antonia, tal vez por creer que su discípula pudiera apegarse demasiado a la niña un día, mientras Laura iba a su casa, la sacó furtivamente del hospital. Al regresar y no encontrarla Laura se sintió muy mal, y enfermó del disgusto. Pero al recuperarse volvió a su querido hospital sin manifestar absolutamente nada de lo acaecido por el retiro de la pequeña, a quien deseaba hacerle el bien de formarla.

Doña Antonia, a pesar de que probaba mucho a Laura, la estimaba profundamente y admiraba. Viendo que debido a sus duros tratamientos había enfermado, le ofreció al Señor —con tal de que Laura sanara— dejar el puesto de ecónoma, lo cual cumplió.

El 5 de mayo de 1896 estaba Laura haciendo el viacrucis con sus compañeras; al llegar a la quinta estación, la llama el Padre López Aveledo y le dice: «Doña Antonia se ha ido; usted debe hacer sus veces.» Dejó de rezar y se fue para su querido hospital a continuar el viacrucis al frente de sus queridos enfermos.

(8) Op. Cit., pp. 30-32.

MUERTE DE SU PADRE

Corría el año 1899. Don Clemente ya había accedido a desprenderse de su preciosa prenda. Laura había decidido quedarse del todo en el hospital. Todas las noches su padre se acercaba a la puerta y

suavemente tocaba, para que su hija le pidiera la bendición. Laura, tal vez por su excesiva sumisión, no se atrevía a pedir permiso a su director, el Padre López, para abrirle la puerta, y con el corazón oprimido se limitaba a verlo a través del agujero de la cerradura y le respondía diciendo únicamente: «la bendición, papá»; a lo que respondía don Clemente: «Dios la bendiga, hija.» Jamás —dice— se atrevió a abrirle la puerta; ofreciendo ese sacrificio.

Un día llegan a avisarle que su padre estaba gravemente enfermo. Laura avisa al párroco, quien acude apresuradamente; pero antes de llegar a la casa le avisan que repentinamente don Clemente ha dejado de existir. Al saberlo Laura se dirige hacia la capilla y ante la imagen de la Virgen de las Mercedes, su protectora insigne, le pide que interceda ante su divino Hijo para obtener que su padre vuelva a la vida, para que arregle los asuntos de su alma. Se postra en el suelo y permanece durante tres horas de rodillas, pidiendo al Señor le inspire qué quiere le ofrezca a cambio de la salvación de su querido padre. Siente una fuerte inspiración de prometer ayuno perpetuo. Y hace la promesa. Al poco tiempo la avisaron que su padre se había confesado.

Fue a la cocina para terminar de servir el almuerzo a sus queridos enfermos. Está prácticamente sola, pues Catalina, la compañera inseparable, ha ido a la casa para hacer sus veces. Llega el Padre López Aveledo en aquel preciso momento, y le dice: «ánimo, todo está arreglado; su padre se ha ido al cielo; jamás he visto un pecador mejor dispuesto. Al recobrar el conocimiento le pregunté si quería arreglar su conciencia, y me respondió: "hagan de mí lo que quieran". Recibió los Santos Sacramentos con verdadera unción, y después plácidamente entregó su alma al Señor».

Fue a dar gracias a la capilla a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen por tan gran beneficio.

En atención a su escasa salud y específicamente a las dos gravedades que la pusieron al borde de la muerte en los años 1906 y 1909, nuestro

padre director López Aveledo le conmutó la penitencia del ayuno por una mediana alimentación.

El médico que la atendió en su última enfermedad, doctor Omar Avendaño, aseguraba que la mínima cantidad de alimento que ingería, humanamente hablando, no era suficiente para mantener sus fuerzas físicas y que solamente se entendía como un hecho extraordinario. Al efecto, testifica:

«Por otra parte me sorprendió vivamente el hecho de que no ingería sino muy pequeñas cantidades de alimento y desde que había hecho los votos lo practicaba con tenacidad absoluta. Era digno de admiración, y que uno no podía explicarse con palabras, el por qué una persona sometida a este régimen pudiera haber trabajado tanto como ella y tener en sus ojos la vitalidad que de ellos se desprendía» (9).

En una de sus cartas, la Madre Ángela, segunda Superiora General de las Siervas del Santísimo, a quien le unía una entrañable amistad y en cuya casa acostumbraba la Madre María hacer sus retiros anuales, le escribe:

«Bien poca cosa es para lo que nosotras le debemos a la buenísima Madre María y sus excelentes hijas. Ellas siempre repiten angustiadas que la Madre no come, que no saben cómo está viva, que vive de milagro, etc. Será Nuestro Señor que la sustenta, pero, aunque sea así, debe hacer un esfuercito, amada Madre, por complacer a sus hijas, y también a las Siervas, tomando algo más que la fortifique y nos la conserve. Nuestro Señor le tendrá en cuenta el sacrificio, que siempre será por su amor» (10).

La señora Hilda Linaje de Bracamonte, quien conoció a nuestra Madre María desde el año 1917, testifica:

•En cierta ocasión me contó el motivo por el cual hizo a Dios la promesa de ayunar: la conversión de su padre en sus últimos momentos, gracia que alcanzó con mucha penitencia, y su intensa oración de rodillas ante el Santísimo Sacramento, hasta que el sacerdote —no recuerdo bien si fue López Aveledo— le suspendió, o mejor dicho, la dispensó de

aquella promesa de no comer, en bien de su salud. Ella, como siempre, obedeció al instante» (11).

Este perseverante empeño de Laura Alvarado por conseguir la vuelta de su padre a una vida cristiana completa, por lograr que en sus últimos instantes de vida recibiera el beso de Dios, resulta sencillamente admirable. Aparece ello como una prueba magnífica del auténtico amor que profesaba a sus progenitores. Amor muy sólido que, ante todo, se endereza a lo espiritual, a lo permanente. Es el cumplimiento filial del cuarto mandamiento de la ley de Dios.

Para entender mejor la realidad de los hechos será imprescindible el contemplar la situación moral de la república de Venezuela en su época. Triste era el cuadro que ofrecía, con gobiernos nada escrupulosos, con escasez tristísima de operarios evangélicos, con predominio de ideas materialistas, con unas costumbres relajadas que dominaban por doquier, con ignorancia copiosa. La masonería cundía, sobre todo en ciertas clases sociales. Y así hay que entender el caso del buen don Clemente.

Pero de veras aparece edificantísima y magnífica la conducta de la joven Laura Evangelista. Y por eso complace el destacar este su comportamiento tan maravilloso y digno de imitación. Con la fe, la oración, el cariño y la penitencia se pueden conseguir frutos espirituales abundantes.

(9) Dr. Omar Avendaño. Certificación de fecha 17 de noviembre de 1978.

(10) Carta de la Madre Ángela, de fecha: Caracas, 30 de marzo 1911.

(11) Certificación escrita del 24 de agosto de 1978.

FUNDACION DE LA CONGREGACION

Llega al fin el año 1901 en que se verán colmados sus grandes deseos de consagrarse definitivamente a Cristo. Es la fecha del onomástico del director, y es costumbre celebrárselo con gran regocijo; se lo merece, ya que es el Padre bueno que no cesa de velar por el bien de los suyos. Después de la reunión familiar él dice a las cuatro jóvenes, que le habían manifestado su deseo de ser religiosas, que ha escogido aquel día 22 de enero para dar comienzo a la preparación de su total entrega. Ese mismo día inicia las gestiones para obtener el permiso legal del señor Arzobispo Juan Bautista Castro, ya que éste había sido quien animara al Padre López Aveledo para la fundación de la incipiente Congregación.

Trataron del fin que se propondrían: el cuidado de los enfermos y de los niños huérfanos, esto último pedido por Laura. Y hablaron sobre devociones y costumbres, etc. Al hablar del hábito, Laura expresa que, si Santa Rita de Casia les concede el favor de que Monseñor Castro dé contestación a su petición antes del 11 de febrero, fecha en que honran de una manera muy especial a la Santísima Virgen, en su advocación de Lourdes, llevarán el hábito agustiniano y se llamarán Agustinas.

A pesar de lo mal que funcionaba en aquella época el servicio de correos, la contestación llega antes de la fecha indicada, y con gran alegría pueden prepararse a su toma de hábito para el día de la aparición de Nuestra Señora de Lourdes, como Laura había deseado.

La novena a Santa Rita surtió efecto; pero a pesar de que las tres jóvenes, Francisca Antonia Rojas, Juana Ulpiana Gil Quiñones y María Félix Rodríguez, pudieron vestir el hábito, no así Laura —quien más lo deseaba—, debido a que la tela que compraron no alcanzó para ella, y queriendo que fuese en la fecha ya indicada tuvo ella que hacer un gran sacrificio. Días más tarde, Carmelita de Rojas, madre de Francisca Antonia, se entera del hecho de que Laura no ha podido vestir el hábito, por falta de recursos económicos, y le da el que ella antes usara, ya

que la Santa Sede ha prohibido que lleven hábito las personas particulares, como se acostumbraba en aquella época, reservando el permiso exclusivamente para las personas consagradas en una Congregación aprobada por la Iglesia.

El Padre López Aveledo organiza en unión de Laura, y asesorado por Monseñor Castro, todas las normas que han de regir al nuevo Instituto, y se inscriben con el nombre de HERMANAS HOSPITALARIAS DE SAN AGUSTIN.

Pasan el año de noviciado preparando su alma para los místicos desposorios; el Padre López Aveledo va moldeando a aquellas jóvenes que durante años consecutivos, bajo la dirección de doña Antonia, han purificado sus almas; y ahora podrán presentar al Señor el blanco lirio de su pureza. Laura en el recogimiento y mortificación cada día va tejiendo su guirnalda de flores que presentará al Amado, en el venturoso día de la pronunciación de sus votos. Ya en 1888 prometió vivir en castidad. Más tarde al hacerse hija de María de nuevo se consagra al Señor y a su amada Madre. Ahora oficialmente con la debida autorización de la Madre Iglesia va a pronunciar sus primeros votos en el estado religioso.

Llega el 22 de enero, aniversario de la fundación, y lo festejan pronunciando sus votos ante el altar.

En ese mismo año, 1° de mayo de 1902, fundan el Hospital «San Vicente» en la ciudad de La Victoria, Estado de Aragua.

Aquellas cuatro columnas, decididas, valientes, llenas de entusiasmo, como nos contaban, en medio de tantas penurias y trabajos tenían una fe aguerrida; nada les arredraba para emprender con bríos la obra del Reino.

María es el nombre que Laura pide llevar en religión. Desde hacía muchos años Hilario Cabrera, quien se consideraba como hermano de Laura, le llamaba con este nombre, por cariño, y sobre todo por la admiración que le causaban sus virtudes. Ella por su parte deseaba

tomar el nombre de su Madre, la Santísima Virgen, a quien tanto amaba. Las otras compañeras tomaron los siguientes nombres: Juana Ulpiana Gil Quiñones, el nombre de Catalina; María Félix Rodríguez, el nombre de Máxima; Francisca Antonia conservó su mismo nombre. Todas cuatro quedaron bajo la advocación de San José, por lo cual se firmaban: Hermana X de San José. La Hermana Francisca era prima hermana de nuestra Madre María; también lo era la Hermana Máxima.

Monseñor Castro quiere conocer la nueva familia religiosa; para lo cual es necesario trasladarse a Caracas. Una vez llegadas ante el señor Arzobispo, éste pregunta quién será la nueva Superiora, y fijando la vista en la más joven de todas 'le dice: Usted será la Superiora. La Hermana María hubiese deseado desaparecer al momento —según expresión suya—, pero ha pronunciado recientemente su voto de obediencia, y baja la cabeza en señal de aceptación. La naciente comunidad recibe con gran satisfacción a la nueva Superiora, pues ve en ella el alma de aquella Congregación. Por tanto es la más apta para el cargo ya que posee una gran personalidad, iniciativa, capacidad de organización, dotes de gobierno y mucha abnegación. Así la han visto al frente de los enfermos; es la primera en el sacrificio, en el trabajo, en lo más duro y penoso. Justo es que sea ella quien lleve también la dirección de aquellas almas que, guiadas por el Espíritu Santo, van a ser las columnas que sostendrán la Congregación naciente. Desde ese momento quedó constituida Superiora General de la Congregación; cargo que ocupó hasta el año 1960. La Congregación la consideró siempre hasta su muerte como Fundadora.

Con el fin de darle forma y estructura a la nueva Congregación deciden adoptar la Regla del gran Padre San Agustín. Se elaboraron unas Constituciones, que rigieron hasta el año 1950, fecha en que fueron reestructuradas, con un carácter más jurídico, por el Padre Gregorio Martínez, sacerdote jesuita —gran amigo y bienhechor— con motivo de la aprobación pontificia de la Congregación.

Entre los medios de subsistencia adoptan la recaudación de limosnas para sostener las obras.

La Hermana María salía muy de mañana al pueblo a buscar lo necesario para el alimento de los enfermos, y regresaba a la casa con lo que le daban para preparar el almuerzo de los mismos; y de nuevo seguía su labor después de haber visto cómo estaban los enfermos y toda la casa. Esta tarea de recolectar —decía nuestra Madre María— era muy fuerte para aquellos tiempos, en que no había tantos recursos como hoy, aun cuando la generosidad del pueblo en darles cuanto pudiese era mucha.

Las Hermanas que salían a recolectar debían estar de regreso a las 10 a.m. para la lectura que nuestra Madre María les hacía; de modo que si estaban muy distantes de la casa tenían que dejar la recolección sin terminar para llegar a tiempo. Terminada la lectura regresaban a su tarea. ¡Doble trabajo, y a sabiendas de que debían volver para las 11:45 para hacer el examen! ¡Cómo valoramos ahora las largas caminatas que se imponían, tomando en cuenta que para aquella época no existían medios de transporte; sin embargo se ingeniaban para ser puntuales al horario de la Comunidad. ¡Qué fidelidad y qué espíritu de sacrificio el de aquellas venerables fundadoras!

Después del mediodía les esperaba la asistencia a los enfermos en la sala de curas, y luego el aseo de los mismos salones; hacían de camareras, enfermeras, lavanderas y cocineras. ¡Con qué gusto contaban nuestras primeras hemanas. y especialmente nuestra Madre María, todos los trabajos de estos primeros tiempos de la Congregación! Cuando hablaban de todos los menesteres que les tocaba a cada una ejecutar, si no hubiese sido por la honestidad de sus palabras y su gran sinceridad, nos hubiésemos resistido a darles crédito. Estas beneméritas columnas nos dejaron el testimonio de su vida sacrificada y de completa entrega al servicio de los demás, en aras del cumplimiento del precepto divino: «nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus hermanos» (12). Ellas lo cumplieron a cabalidad, dando su vida gota a gota, momento a momento.

La pobreza era el patrimonio de aquellas hijas del gran San Agustín. La alimentación, escasa, a veces constaba solamente de un plato de sopa

y pan así se imponían tan fuerte trabajo! El Señor bendecía la obra. Las jóvenes religiosas se sentían cada vez más felices en su nuevo estado.

(12) Jn. 15, 13.

VOTOS PERPETUOS

Laura, o ya la Madre María, emitió sus votos perpetuos al año siguiente de haber pronunciado los primeros. Como podemos ver no era el tiempo fijado para los votos perpetuos, según las exigencias del derecho de religiosos o sagrados cánones. Dígase lo mismo del tiempo requerido para sus primeros votos. Debido a lo cual nuestra Madre María solicitó más tarde, por intermedio del excelentísimo Monseñor Fernando Cento, nuncio apostólico en nuestra Patria —quien la apreciaba mucho—, la conveniente subsanación, la cual consta en el archivo de la Congregación, insertada en el libro de profesiones, página primera:

«Reverendísima Madre: Según le ofrecí, me ocupé en arreglar el asunto de sus votos, para que se le quitara toda duda sobre su validez.

En efecto, la Sagrada Congregación de Religiosos, a la que expuse el caso, con su Rescripto fechado el 22 de octubre retropróximo, se ha dignado conceder la sanatoria que fuera necesaria, ya para usted, ya para otras hermanas que se encontraran en la misma situación» (13).

El día escogido para la profesión perpetua fue el 13 de septiembre de 1903, fiesta del dulce nombre de María (antiguamente).

La preparación, con sus diez días de ejercicios, fue la culminación de aquella otra preparación, que desde su primera comunión venía año tras año haciendo, y anhelando llegase el día de consagrarse perpetuamente a su Esposo divino. Para este gran día escribe lo siguiente:

«¡Oh día hermoso de mis votos perpetuos! ¡Oh grandioso día, en el cual me consagré para siempre a mi amado Esposo! ¡Oh Jesús, ya no

tendré ante mí sino una cruz y una tumba; ya nada me separará del amado de mi alma; ya he hallado a Aquél que tanto anhelaba mi corazón; ya soy toda tuya... y Tú, todo mío! ¡Oh amor mío Sacramentado! ¿De dónde a mí tanta dicha? Del inagotable raudal de ese vuestro corazón» (14).

Aquel día —contaba ella— lo pasó como fuera de sí; le fue concedida la gracia de estar abstraída totalmente en Dios. Por la tarde recibió la visita de su madre y de su hermana, quienes le llevaron sus pequeños regalos con sus respectivas tarjetas, que dicen lo siguiente:

«Hermana María: el voto que hoy pronunciarás te arrancará de mis brazos, pero te elevará al cielo, en donde hallarás el premio que merecen tus virtudes. Yo, como madre, lanzaré un lay! de dolor, y elevaré al Eterno una plegaria para que el Espíritu Santo te ilumine con el don de la fortaleza, de modo que sigas con seguro paso la senda que te has trazado, pero donde hallarás la verdadera felicidad. Mis felicitaciones para el digno párroco, que regenta el hospicio y que te ha conducido al jardín donde florecen las perfumadas flores de la fe, la esperanza y la caridad» (15).

«Hermana María: ¡este es un gran día para ti; por tanto recibe mis parabienes, y me felicito porque sigues impertérrita por el camino de la virtud, en donde hallarás siempre la paz del alma y la tranquilidad del espíritu aquí en la tierra, y allá en el cielo la justa corona que ciñe el Eterno a las sienes de los justos!» (16).

Por la noche pide permiso a nuestro Padre López Aveledo para quedarse en su cuarto de rodillas, con una vela encendida en la mano, hasta las doce de la noche, en acción de gracias por aquel inmenso beneficio que había recibido.

A pesar de que consta —por lo que expone anteriormente— haber roto cuanto había escrito, su director la ordenó dejar constancia de cuanto creyese ser inspiración de Dios; desde entonces escribe sus sentimientos y pensamientos de sus días de retiro. Gracias a ello éstos se conservan recopilados en quince libretas, que a lo largo de los años fue escribiendo con gran fidelidad, hasta 1963, y dados a conocer a la

Congregación con motivo del centenario de su nacimiento, en abril de 1975.

Los versos siguientes se encuentran escritos para la misma fecha de sus votos. Dice que no son poesía, sino afectos, expansiones de su alegre alma.

Con voluntad entera
servirte os prometí,
y con grandiosos votos
a Ti, Jesús, me uní.

Por voto de pobreza
a todo renuncié,
y en mi nuevo estado
riquezas encontré.

En prueba de obediencia,
mi voluntad te di,
y con solemne voto
cumplirlo os prometí.

La virginal pureza
desde mis tiernos años
a Ti te consagré,
y hoy solemnemente
también la renové» (17).

Se ve su inclinación a escribir en forma lírica; tiene varios escritos en este mismo estilo. Veamos esta estrofa:

«Quiero vivir y morir
al pie del dulce Jesús,
abrazando con ternura
el lábaro de la cruz» (18).

En algunas festividades componía versos para así dar expansión a su inmenso amor al Señor, pero sólo los conocimos después de su muerte.

Era muy parca en el hablar; por lo que nos extrañaba oírla contar, en sus últimos días, escenas familiares y sucesos de los orígenes de la Congregación, hasta las gracias especiales que el Señor le había otorgado. Pensamos que Dios Nuestro Señor le había permitido aquellos momentos de expansión para que así pudiésemos conocer estos hechos que ahora transcribimos.

(13) Documento de Monseñor Fernando Cento, 9 de enero de 1932.

(14) Escritos de nuestra Fundadora, 13 de septiembre de 1903, p. 2.

(15) Margarita de Alvarado, 13 de septiembre de 1903.

(16) Tarjeta de su hermana Clemencia, 13 de septiembre de 1903.

(17) Escritos de nuestra Fundadora. Pp. 4-6.

(18) Op. cit., p. 22.

ANDANZAS FUNDACIONALES

En los principios del asilo LA INMACULADA CONCEPCION, Maracay, hubo muy grandes dificultades, principalmente de orden económico. Estuvo a punto de ser cerrado en sus primeros meses de funcionamiento. La Madre María tuvo que agotar casi su capacidad

enorme de sacrificio. Acudió al general Juan Vicente Gómez, presidente de la República, quien le asignó una cantidad.

Aquí nuestra heroína llegó a realizar maravillas. Tuvo que multiplicarse, porque no había personal que le ayudara. Su actividad fue excesiva. Hacía de superiora, de maestra de novicias y de las niñas, catequista, etc. Ayudaba al párroco en la limpieza de la iglesia, le llevaba el libro de partidas de bautizos, matrimonios y defunciones. Este trabajo de llevar los libros los realizó hasta el año 1951, en que sufrió un conato de embolia cerebral. Debido a esto, las hermanas —sin que ella lo supiese— la suplieron. También confeccionaba las hostias de la casa, de la parroquia y de otros pueblos cercanos, y las distribuía gratuitamente con gran satisfacción.

A pesar de su gran fortaleza para el trabajo, debido a que mantenía un ayuno tan fuerte, sufre una gravedad en 1906, que la pone al borde de la muerte, y creyendo que era llegada su última hora, escribe a las hermanas una carta, aconsejándolas. He aquí algunos párrafos:

«¿Podré creer que para el año que viene estaré viva? iAh, no lo creo; lo más cierto es que muera quizás muy pronto; sea Dios bendito! Yo quisiera deciros, oh hermanas, algunas cortas palabras, que quizás en el momento supremo no podré hacerlo.

— Mi ardiente deseo, el único que ha abrasado mi pobre corazón, es el que SEPÁIS AMAROS UNAS A LAS OTRAS.

— Hablad siempre a nuestro amado Padre con sencillez.

— En el confesionario, muy sinceras.

— A la nueva Madre que el Señor os dé, amadla mucho; no la hagáis sufrir.

— Yo estoy muy contenta de ustedes y puedo aseguraros que soy la más feliz de vosotras.

— Sabed soportaros unas a otras.

— Todo sufridlo en silencio; por amor a Dios callad cuando os ofendan, pues sólo nos basta decir: queremos amar y servir a Dios.

— Sufrid sin quejaros; todo lo veréis corno instrumento de Dios para vuestra santificación.

— Ved el espíritu de caridad que tienen para con vosotras; amadlas, respetadlas, no os debe importar todo lo demás si tenéis la dicha de servir a Dios. Amemos, pues, amemos a nuestras hermanas, no tengamos para ellas palabras hirientes.

— Respetad las órdenes de nuestro superior, de nuestro buen Padre, que no quiere sino nuestro bien; él busca en todas las cosas el adelanto espiritual de nuestro estado. Estos son sus grandes deseos y éstos son los míos.

— AMAOS LAS UNAS A LAS OTRAS. OH SUBLIME CARIDAD, SÉ TU EL NORTE QUE GUIE A NUESTRAS HERMANAS,

Basta por hoy, pues mi estado de gravedad no me permite extenderme más» (19).

Como se ve por estos consejos su celo la impulsaba a no dejar de hacer, a pesar de su gravedad, las recomendaciones que creía necesarias.

En ese año 1906 creyó que llegaba realmente la muerte para ella y se preparó lo mejor posible. ¿Quién hubiera pensado que todavía le faltaban sesenta años de vida? Existencia preciosa, que el Señor quiso conservar para gloria de su nombre y bien de tantas almas.

En diciembre de este año ella escribía:

«¿Cómo he de quejarme por mis dolores, ni por lo que sufro en esta enfermedad? No, no puedo hacerlo, porque la mano bendita que me los envía es la mano de un Padre amoroso que me ha colmado de gracias desde mis primeros años» (20).

En 1909 la Congregación es llamada de la ciudad de Coro para la fundación de un hospital. El Padre López Aveledo se compromete a hacer la fundación, pero es nuestra Madre María quien anima para llevar a cabo la empresa. Al llegar a Tucacas tiene que esperar un día para que arreglasen la embarcación. A la hora de la partida el mar da demostraciones de una fuerte borrasca que se avecina, y nuestro Padre

advierte a la Superiora —nuestra Madre María— el peligro que corren embarcándose en aquellas naves, pero ella no tiene miedo a estas cosas, y al preguntarle de nuevo: «¡Hermana María, ¿usted no ve cómo está el mar?, ¿no le da miedo emprender viaje así», la respuesta es rápida: «No, no tengo miedo; la divina Providencia nos acompañará.»

Cuando ya iban a embarcarse de improviso se le presentó un inconveniente, debido al esfuerzo que hizo, al ser obligada por la dueña de la posada para que ingiriera alimentos, lo cual fue motivo de grave malestar para ella. Así no le fue posible viajar, ya que nuestro Padre la hizo desistir, pues le parecía que era una imprudencia. Les animó a irse, y ella permaneció en Tucacas hasta poder estar en condiciones de regresar.

Continúan fundando en algunos Estados. Van al Estado Guárico, y en Calabozo las reciben con grandes demostraciones de afecto y entusiasmo, hasta el punto de llevarlas en hombros hasta la iglesia, y nuestra Madre María, tan tímida, nos decía que le parecía estar cogida en una trampa.

Treinta y cinco casas, como veremos más adelante, le tocó fundar, y había que ver la alegría que se le notaba cuando iba a visitar aquellos nuevos sagrarios. Admirable era el verla en la atención de los enfermos y de los niños. ¡Qué incansable era! Y esto a pesar de su mala salud, y que, como ya sabemos, casi no se alimentaba.

(19) Op. cit., pp. 26 y ss.

(20) Op. cit., pp. 35-36.

HECHOS EXTRAORDINARIOS

En una oportunidad nuestra Madre María tenía un enfermo grave, y el sueño la rindió. Ya al amanecer despierta, y recuerda que al enfermo le tocaba una medicina que ella debía administrarle. Había estado

velando hasta las doce de la noche y aquel día había tenido excesivo trabajo. Se siente muy preocupada de no haber ido a dar la medicina, y va a pedir disculpa al enfermo. Con gran sorpresa suya éste se adelanta a decirle que, gracias a la pastillita que ella le había dado en la madrugada, se sentía mejor de sus dolencias. Se extraña, pues está segura de que no había podido levantarse, rendida de cansancio como estaba. El enfermo la dice: «¿Recuerda usted cuando vino a arreglar la lamparita de la Santísima Virgen y después se acercó a mi cama y me dio la medicina?» Guardó silencio y pensó: «Sería mi espíritu, pues me acosté pensando en que tenía que venir...» Casos como éste tiene muchos en su vida, de los cuales hay testigos fieles.

La Hermana Mercedes, maestra de novicias, cuenta que siempre que había tempestad, corría a refugiarse al lado de nuestra Madre María. Una noche después de las oraciones, y durante el «gran silencio», se desencadenó una fortísima tempestad, y la hermana aludida se ve imposibilitada de ir al cuarto de nuestra Madre, pues era muy avanzada la noche y la lluvia muy fuerte. Decide soportar el miedo y comienza a rezar, pero era tan dura la tormenta que se sentía aterrada. De pronto ve que se abre la puerta de su celda, entra nuestra Madre, quien le dice: «No tenga miedo, yo estoy con usted.» Al rato se quedó dormida, no sabiendo cuándo se había retirado nuestra Madre.

A la mañana siguiente cuando fue, como es nuestra costumbre, a pedirle la bendición después del desayuno, le agradece su gran sacrificio de haber ido hasta su cuarto a acompañarla. A lo que responde nuestra Madre: «¡Cómo se le ocurre que yo fuese a su cuarto, tan distante del mío, lloviendo tanto?» Reiterando la Hermana Mercedes el hecho, le dijo: «No repita eso, yo solamente pensé en usted en la tempestad y la encomendé al Señor...» En varias oportunidades la vieron en nuestras casas locales en momentos difíciles para la comunidad.

Carmen Amanda Cabrera, una de nuestras antiguas alumnas, asegura, y con ella quienes fueron testigos del hecho, que cuando nuestra Madre viajaba a las casas locales las niñitas la sentían pasar por su lado, con el rosario en la mano, y al verla todas gritaban: «'Mamaíta'», como lo

hacían, alegres, cuando regresaba de sus giras, y de pronto se les desaparecía. Una vez le preguntaron por qué les sucedía esto y dijo: «Porque siempre estoy pendiente de ustedes, y me parece un deber encomendarlas y observarlas.» Ellas no entendían qué significaba aquello. y lo veían como algo muy natural.

En una oportunidad, estando en Calabozo, rezaba en la capilla y de pronto se le cayó el Oficio parvo de las manos, y perdió el conocimiento por varios minutos. Al volver en sí dijo: «Se está muriendo una de nuestras niñitas en Maracay.» Efectivamente, muy pronto sonó el teléfono para dar la noticia; precisamente la niña que había dicho nuestra Madre había muerto. En aquella misma hora la vieron las niñitas en Maracay.

Otro caso muy extraño acaeció cuando en una ocasión las hermanas fueron de paseo a Las Delicias, en la ciudad de Maracay, con nuestro Padre López Aveledo y ella se quedó en la casa con las niñas. Las hermanas casi todas fueron al paseo. A la hora que acostumbraba hacer la meditación está en su reclinatorio en la capilla, y de pronto siente como que va a perder el conocimiento. Y se ve en el sitio del paseo. Observa la posición de las hermanas, oyendo detalles de la conversación que tienen con nuestro Padre Fundador, en contra de ella, exagerando hechos ocurridos en días anteriores, en la intimidad de la comunidad, los que ignoraba nuestro Padre. Al volver en sí de aquel estado ofrece al Señor su inmenso dolor, y se dispone para la lucha. Pasado el primer momento de impresión, al llegar las hermanas del paseo llama reservadamente a la única que vio en aquella misteriosa visión, la cual no hablaba nada en contra suya, y se mantuvo cerca del río jugando con una ramita para disimular su descontento por aquella actitud de las hermanas. Le cuenta todo visto y oído, y le pregunta si es cierto; a hermana, no pudiendo contener su asombro por la exactitud en los detalles, confiesa que todo ha sucedido conforme ella lo ha descrito. Más tarde al encontrarse nuestro Padre, le refiere el mismo hecho y éste asombrado le dice: «Esté segura que todo eso es obra del demonio» En otras oportunidades en que habían ocurrido casos similares, le decía nuestro Padre de igual forma. Por ello pedía al Señor

que le quitara aquellos fenómenos. Nos contaba, ya en sus últimos años, estos hechos con gran ingenuidad y sencillez.

Muchas veces, antes de darle un regalo, ya lo sabía. Y cuando oía o veía estos acontecimientos, los anotaba para ver si en realidad ocurrían, y al constatar los hechos rompía los papeles que contenían tales avisos.

En nuestra casa de Barquisimeto, Instituto Madre María, se celebraron las Cuarenta Horas, en el año 1945. Nuestra Madre María manifestó que si sus compromisos lo permitían iría, aun cuando fuese a la clausura. Pero siéndole imposible asistir, avisó que no iría. El día sábado, antes de las once de la mañana, estando en la sacristía arreglando todo lo necesario para la solemnidad del día de la clausura, miramos hacia el comulgatorio y vemos que ha llegado nuestra María y permanece de rodillas mucho rato. Esperábamos que viniese hacia la sacristía, pues sabiendo su delicadeza cuando estaba ante el santísimo expuesto, no nos atrevíamos a interrumpirla. Cuando menos pensamos, no la vemos, y creemos que se ha dirigido a la puerta central, por donde debía haber hecho su entrada. La buscamos por todas partes, inútilmente, ya que nuestra Madre se encontraba en su residencia de Maracay, desde donde estaba unida espiritualmente a nuestras alabanzas al Rey de la Eucaristía.

En esta misma casa de Barquisimeto, barrio San Vicente —antes Caja de Agua—, se constató otro hecho en la visita que hiciera la primera vez. Había orden expresa del señor Obispo, Monseñor Dubuc, de no dejar en el Sagrario la divina Majestad, de modo que en la misa debían consumirse todas las hostias. El motivo de esta determinación era que la comunidad no estaba del todo instalada, y siendo aquel lugar para aquella época muy despoblado, ofrecía peligro dejar el Santísimo, sin quien pudiera responder en caso de alguna profanación.

Cuando llegó nuestra Madre María la llevamos para que viese la capilla y le advertimos que no teníamos el Santísimo. Con gran sorpresa para nosotras la vemos que se arrodilla ante el altar y nos dice: «Pongan una lámpara, pues allí está Nuestro Señor.» Nos sonreímos, creyendo que se había olvidado de lo que le habíamos dicho antes. Pero ella insiste

y dice en voz alta: «¿Jesús mío, no es verdad que Tú estás allí?» De pronto se arrodilla, y saliendo de la capilla nos llama y dice: «Tengo la seguridad de que el Señor está allí. El me lo dio a conocer.» Obedecemos por complacerla y no contrariarla, pues estábamos seguras de que los sacerdotes que celebraban tenían buen cuidado de observar la orden del señor Obispo. Pasados unos minutos, llaman a la puerta y se presenta el sacristán de la parroquia La Milagrosa, con un mensaje que envía el párroco avisando que encendiéramos una lámpara ante el Sagrario, pues forzosamente había dejado las hostias consagradas con la intención de volver a celebrar otra misa el mismo día, y consumir las hostias, pero que un gran inconveniente le había impedido volver; lo cual manifestaría al señor Obispo, pidiendo el debido permiso para mantener la divina Majestad hasta el día siguiente. ¿Cómo supo nuestra Madre María aquel hecho? No nos explicamos, pero damos testimonio de su veracidad.

A veces le decíamos que se dejaba engañar por algunas personas; y en una ocasión me llamó aparte y me dijo: «Muchas veces, antes que me digan las cosas, sé que no es cierto lo que me van a decir, pero prefiero callarme y no desmentir a nadie, pues tengo en cuenta lo que me decía nuestro Padre: que esas cosas eran astucias del demonio.»

Fue favorecida con otras manifestaciones extraordinarias, que casi no nos atrevemos a contar; pero en el caso de exponerlas a la consideración, para gloria de Dios, dejamos constancia de estos hechos, sometiéndolos al criterio de la Santa Iglesia. Fueron contados por ella misma con gran sencillez y veracidad, por lo que no dudamos de ello. Además, fuimos testigos de algunos, por lo que los referimos como favores extraordinarios que el Señor la concedió.

Cuando la veíamos ante el Santísimo Sacramento daba la impresión de estar completamente penetrada de la presencia real, y nada ni nadie la sacaba de aquel ensimismamiento.

Una de las hermanas se le acercó en una ocasión en que iba a salir de viaje, y queriendo despedirse fue a importunarla, adonde acostumbraba recogerse en oración, cuando el Santísimo estaba expuesto. Le cogió la correa para besársela, le tocó por el hábito y le pidió la bendición,

pero ella no hizo movimiento alguno, ni dio señales de haberla visto, pues estaba con la vista fija en la Hostia Santa. Bastaba verla en oración para no dudar de lo que ya en sus últimos días nos contaba, como para hacernos partícipes de cosas que en ella había permitido el Señor.

«Entre tantos maravillosos hechos de su vida, narraré uno que creo a propósito en este caso: Cuando ella estaba delante de Él, del Señor expuesto, era tal su elevación espiritual que una vez, siendo necesaria su presencia en el despacho, fui a llamarla repetidas veces, y no hubo manera de que me oyera, pues se encontraba como en éxtasis. Ella consideraba siempre de sumo valor espiritual ese momento que debía ser de verdadera unión con Dios; ausente del mundo material y pleno de misticismo profundo. (Era una enseñanza objetiva de cómo adorar a Dios)» (21).

Uno de los familiares de nuestra Madre María cuenta lo siguiente:

«Ella vivía al lado de sus primos en Maracay, y ambos comulgaban juntos, pero su padre no lo sabía; llegó éste un día y vio a sus sobrinas en la mesa de comunión, arrodilladas, pero no vio a LAURA, que estaba junto a las primas y que se hizo invisible» (22).

Y es que al padre no le gustaba que Laura entonces comulgara.

Muchas veces dijo: «Si este reclinatorio —su sitio de oración— hablara, ¡cuántas cosas podría decir! Fue, pues, el lugar de sus coloquios y gracias especiales.

En sus apuntes de retiro escribe:

«Ha pasado por mí una cosa sobrenatural. ¿Lo podré decir, Jesús mío? Lo escribo sólo: he podido contemplar a mi Hostia divina después de la comunión, como en un ostensorio sobre mi corazón; sí, no es ilusión, más de un cuarto de hora lo he visto con los ojos de la fe, y casi podría asegurar que también con los ojos del cuerpo. ¡Lo que me sucedió, no puedo, Jesús mío, explicarlo!» (23).

«Tal vez es ilusión, Jesús mío, pero hoy, 4 de marzo, al estrecharte en mi miserable corazón en la santa comunión, me ha parecido oírte muy claro: "Hija mía, Yo soy el pequeño de Belén, el adolescente de Nazaret, el querido de Betania, el Amor del Cenáculo, el triste de Getsemaní, la víctima del Calvario, la resurrección misma. Soy tu Dios"» (24).

En 1923 escribe: «Qué de encantos, Jesús mío, he sentido hoy, 6 de junio, al recibirte; qué paz y qué dulzura has dejado sentir a mi alma en la Santa comunión. Al recibirte me pareció verte, amado de mi alma, como un niño, que llegando al regazo maternal, se abraza a su madre y duerme tranquilo. Como siempre pido a mi querida Madre que Ella sea la que prepare mi alma para recibirte, y conociendo, en verdad, lo miserable de mi corazón, se esté conmigo hasta que las especies sacramentales se consuman. ¡Por eso hoy te vi llegar a los brazos amorosos de tu Madre y recogerte y dormirte tranquilo, y ¡qué paz tan grande dio esto a mi alma! ¡Bendito seas, mi Jesús, bendito seas!» (25).

El 17 de mayo de 1925 escribe:

«Solemne canonización de Santa Teresita del Niño Jesús! No sé cómo expresar lo que hoy me pasó: Sí, la querida Santita me concedió el gran beneficio de dejarme aspirar un gran perfume. ¡No se puede hablar de esto, no sé hablar, Jesús mío! Lo que yo experimenté hoy es muy grande: parecióme que un frasco de esencias puras de nardo se había roto a mi lado, y por espacio de tres o más minutos pude gozar de él cuanto quise; después poco a poco se fue alejando, pero sin dejar de aspirarlo. ¡Qué gracia tan inmerecida me habéis hecho, querido Jesús, por intercesión de tu querida Santita!» (26).

Según dice ella eran las ocho menos cuarto de la mañana, más o menos la hora en que en Roma tenía lugar la canonización.

El 23 de mayo de ese mismo año, o sea, una semana después, dice lo siguiente:

«Hoy se cantó la primera misa en nuestra capilla, en honor de Santa Teresita, y hoy mismo nos hizo el milagro de que el general Gómez aceptara el presupuesto, que nuestro buen Padre Cabrera le

presentara, y dio para reparar el asilo. Gracias, Jesús mío, que por nuestra Santita nos concedes favores tan grandes» (27).

En junio de 1926 escribe:

«¡Qué rareza! ¡Debe ser nervioso, pero esto ya me ha pasado tres veces! Es un instante, como dos segundos, y me imagino que estoy en posesión del cielo. ¡Yo experimento un gozo y rareza celestial! No pretendo decir, Jesús mío, que es el cielo. No... , pero digo así, porque no sé explicar. ¡Siento por un instante una paz y un regocijo tan grande, y me parece que nada existe a mi alrededor! ¡Qué gozo espiritual siento! Es grande, pero muy corto. ¿Esto será efecto de mis nervios, Jesús mío?» (28).

(21) Testimonio escrito de Irma Daviott, 26 de septiembre de 1976. Antigua alumna del asilo Inmaculada Concepción de Maracay.

(22) Lourdes belén Ríos Ríos, 20 de octubre de 1978. Testimonio escrito.

(23) Escritos de nuestra Fundadora, pp. 84-85.

(24) Ibídem. pp. 85-86.

(25) Ibídem, 6 de junio de 1923, pp. 86-87.

(26) Ibídem, pp. 101-102.

(27) Ibídem, pp. 102-103.

(28) Ibídem, pp. 119-120.

SU AMOR A LA EUCARISTIA

Es impresionante el amor que tenía a la sagrada Eucaristía. Fue verdaderamente un alma eucarística.

Veamos lo que escribe el 5 de agosto de 1906:

«Por haber ido nuestro Padre (Monseñor López Aveledo) a los santos ejercicios tuvieron que consumir las sagradas especies, y por ocho días quedamos sin Jesús. Cinco de agosto, día en que el Padre Peñalver quitó el amor de mis amores.»

Nuestro Padre, sin advertirle nada, hizo que se consumieran las especies sacramentales, causándole una gran pena. Es de notar que el hecho fue en la iglesia, pues todavía no tenían el Santísimo en su casa, como veremos más adelante (29).

En sus escritos de este día se extiende mucho presentando sus quejas al Señor por haberse ido del Sagrario, y es tanta su pena, que al día siguiente se va a La Victoria, al hospital San Vicente, donde se quedó hasta el regreso de nuestro Padre a Maracay (30).

Le costaba mucho el soportar la ausencia de Jesús sacramentado, como lo manifiesta en septiembre de 1924:

«Prefiero todas las amarguras de la vida, antes que pasar un día sin recibirte, bien lo sabes» (31).

Deseaba pasar su vida al pie del sagrario, y si no hubieses sido por sus innumerables ocupaciones, allí hubiese estado como María a los pies del divino Maestro.

Visitaba al Señor con mucha frecuencia. Cuantas veces debía pasar por la puerta de la capilla, otras tantas entraba un momento a dialogar con su Jesús, de tal forma que se la veía con mucha frecuencia a los pies del Amado...

Testimonios:

«Pasaba frecuentes y largos ratos en profunda adoración, en un rinconcito preferido que tenía en la capilla» (32).

«Pasaba mucho tiempo en la capilla en oración encomendando al Señor en la Eucaristía a las personas que estaban en alguna necesidad espiritual…» (33). «Se la veía con frecuencia ante el Santísimo Sacramento. En las Exposiciones solemnes pasaba de rodillas largas horas adorando la divina Majestad. (Mientras duraba la Exposición no

se sentaba en ningún sitio de la casa, en señal de respeto al Santísimo)» (34).

Todo lo que se refería al culto del Santísimo Sacramento era para ella de gran interés. El cuidado en la elaboración de las hostias era exquisito. Desde los comienzos de la Congregación las hacía para la casa y la parroquia con gran trabajo, pues no disponía del equipo de máquinas que hoy se tienen; pero se ingeniaba habilidosamente para que le salieran lo mejor posible. Todo lo referente a esta labor lo cuidaba con gran pulcritud: paños, mesas y demás enseres. A veces cuando era mucha la correspondencia depositaba en el hierro una cucharada del preparado para las hostias y volaba a la máquina, donde dejaba ir los dedos para escribir algunas frases, mientras el pan se cocía; lo sacaba y depositaba otra cucharada y luego a la máquina. Y así la veíamos, como una arañita, correr de un lado para otro sin parar toda la mañana, y a veces la tarde, en este afanoso pero querido trabajo. Luego organizaba las hostias en latas, con un orden y arte que parecía las iba a poner a la venta. Durante la confección de las mismas no permitía que nadie le hablase una palabra, y se le veía entre los dedos el rosario, cuyas cuentas corría mientras se lo permitiese su labor.

«... Ella misma se encargaba de elaborar las hostias que distribuía gratuitamente, y lo hacía con una delicadeza exquisita; cuando estaba en esta ocupación no permitía que se acercaran a hablarle y menos a tocar el material con que trabajaba. Quería hacerlo con sumo respeto» (35).

«Nuestra Madre, como la llamamos, preparaba las hostias que regalaba a los sacerdotes de las parroquias de la ciudad y los pueblos vecinos, y pidió a sus hijas que nunca negociaran con lo que después sería el Cuerpo de Cristo» (36).

«En la preparación del pan de los ángeles ella personalmente encargábase de hacer las hostias, en cuya elaboración empleaba la más refinada escrupulosidad. Las hostias serán distribuidas gratuitamente en todas las iglesias que las requieran, incluyendo los pueblecitos más apartados» (37).

«Mientras hacía las hostias no permitía que la interrumpieran inútilmente» (358).

«Me daba gusto especial verla con la gran delicadeza y exquisitez cómo ella preparaba los panes para la elaboración del "PAN EUCARISTICO”» (39).

Como expresión de su gran fe y amor a la Eucaristía tenía un gran cuidado y exquisitez en todo lo relacionado con la santa misa, y en general, con todo lo de la capilla. No permitía que en las casas nuestras se utilizase un purificador más de una vez, aun cuando fuese el mismo celebrante. Quería que tuviésemos todo especial para la limpieza de los mismos: palanganas, plancha, ropa o tendidos de mesa para plancharlos, etc. «Lo de los purificadores y corporales que tocan a diario el cuerpo del Señor —decía— debe ser exclusivo para ellos» Hasta las cuerdas donde se extendían para secarse tenían que ser solamente para este fin. La ropa de la capilla tenía que arreglarse, según su clase, por separado. Era grande su delicadeza con los vasos sagrados, floreros, etc. Los utensilios de aseo de la capilla eran especiales y de uso exclusivo. Decía: «Todo lo de Nuestro Señor debe ser especial, y no se utilice para otro fin.»

El trato con los sacerdotes debía ser muy respetuoso: «Ellos son los que diariamente tocan el cuerpo del Señor; por ellos tenemos a Cristo vivo como está en el cielo.» Quería que se les ayudase en todo cuanto se pudiera, y era la primera en prestarles sus servicios. Le oí decir: «Con los sacerdotes mucha confianza para abrir muestra conciencia en el confesonario; después, mucho respeto y veneración.»

Se preocupaba por su salud, y constantemente oraba por ellos.

Ayudaba a los seminarios y no quería que apareciese su nombre ni se supiese que era ella quien enviaba las contribuciones.

Es de suponer cómo fue su gran deferencia por nuestro Padre Fundador, Monseñor Vicente López Aveledo. Lo expresa en una forma muy efusiva y espontánea; en sus escritos del 30 de enero de 1917 dice:

«Murió mi amado y siempre recordado nuestro Padre; fecha memorable, jamás le olvidaré, y la memoria de mi Padre espiritual vivirá eternamente en mi alma.»

Igualmente, con Monseñor Hilario Cabrera, a quien tenía verdadero afecto de hermano.

Nos contaba un sacerdote ya anciano, retirado en una población de Maracay, que encontrándose en una crisis económica muy seria pensaba: «Si la Madre María supiera mi situación estoy seguro que me enviaría una ayuda.» Estaba tan enfermo que ni si quiera podía solicitar de alguna persona que fuese donde ella, para contarle su situación, ya que en otras ocasiones le había prestado su apoyo. Pensando en esto tocan a la puerta, y se presenta una joven a quien nuestra Madre solía enviar con estos encargos y le dice: «Vengo de parte de Mamaíta, le envía esta carta, pues se acordó que hoy es su cumpleaños.» Junto con la carta venía una ayuda para sus medicinas…

Recuerdo que estando en su última gravedad apenas podía abrir los ojos, pero oyó la voz de Monseñor Peña que había ido a visitarla y estaba junto a su cama. Inmediatamente dijo: «Sírvanle su almuerzo, pues viene de lejos, y si trajo las hermanas que otras veces le han acompañado, que les sirvan también.» No quería saliese nunca de nuestra casa un sacerdote que fuese a visitarla sin obsequiarle algo.

Se dio el caso de haber celebrado hasta cinco misas en un día en nuestra casa. «¡Cinco misas!», decía con una satisfacción inmensa, Y se golpeaba el pecho, como si quisiese expresar con esto que su corazón estaba saturado del Dios Eucaristía... ¡Qué felicidad le proporcionaban los sacerdotes con esta delicadeza de querer celebrar en su casa la santa misa! Iban a veces de viaje y pasaban a buscar hostias, y aprovechaban para celebrar el santo Sacrificio, por estar la casa más cerca que la parroquia.

En septiembre de 1919 escribe:

«Oh augusto Sacrificio de la misa, cuántas cosas me habéis enseñado en este feliz momento. Me propongo firmemente, con tu divina gracia, reformarme por completo en todo aquello que sabéis, y yo lo sé que

necesito hacer, sobre todo en la paciencia, caridad asperezas, amor propio y todo lo demás.

¡Oh adorable Hostia! En este momento augusto de la elevación te ruego que salves mi alma; enciende mi corazón en tu divino amor, arranca sin compasión todo lo que te desagrada. Sí, Hostia divina, rompe, rasga mi corazón y hazme tuya, toda tuya, y tu Sangre divina derrámese sobre mi pobre alma; y purifícala en este instante de todos sus pecados, de todos sus defectos y de todas sus imperfecciones, Que nada quede en mí, que no sea tuyo» (40).

Para la santa misa su fervor rayaba en locura: quería estar presente en todas las misas que se celebrasen en el mundo. Así lo manifestaba.

«¡Oh Jesús Sacramentado! ¡Oh adorable misterio! Mientras menos os comprendo más deseo amaros, más creo en Vos. Después de una comunión, cuántas cosas nos inspiras, dulce Jesús» (41).

En sus primeros años de vida religiosa permanecía a veces toda la noche al pie del sagrario, adorando la divina Majestad, después de haber pasado el día en intenso trabajo, no obstante, su precaria salud y escasa alimentación.

Recopiló en una libreta las aspiraciones y oraciones que compuso para decirlas en particular. Cuánto le sugería el amor por el sacrificio eucarístico.

«Concededme la gracia, Jesús amado, que hoy os pido: que los últimos días de mi vida los pase al pie del Tabernáculo, y que tenga la dicha de verte expuesto todos los días, aunque sea en exposición menor... Es mucho, Jesús mío, ¿Y no me lo concederás?» (42).

Cuando todavía no tenían el Santísimo en el asilo, los jueves, víspera del primer viernes, y en alguna otra noche que se arrodillaba en el suelo, en el pequeño salón que les servía de capilla, y puesta en dirección hacia la iglesia pasaba toda la noche en fervorosos coloquios con Jesús sacramentado.

«En 1913, año en que se instaló la divina Majestad en la casa de la calle Santos Michelena, que era casa madre, noviciado y asilo de huérfanas, ocurrió algo especial: la capilla estaba llena de gente. En el

momento de la elevación, durante la misa, nuestra santa Madre exclamó en voz alta: "¡JESUS EN MI CASA!" Las novicias que estábamos junto a ella vimos como si fuera a desplomarse; estaba muy pálida, como muerta, y así duró como una hora, en medio de muestra consternación. Su médico que estaba en la misa la atendió, pero jamás llegamos a preguntarle qué le había ocurrido. Ella delante de la eucaristía se transformaba. Permanecía de rodillas y en una actitud de gran reverencia» (4).

Cuando sabía que había solemnidad de Cuarenta Horas en alguna de nuestras casas o en algún pueblo vecino a Maracay, procuraba ella asistir. En la iglesia parroquial, hoy catedral de Maracay, escogía su hora de adoración, a partir de la fecha de apertura hasta la clausura, y enviaba a las hermanas y niñas por grupos. Igual devoción tenía para la fiesta del Corpus. Cuando había Congresos Eucarísticos, aun fuera de nuestra patria, aunque no pudiera asistir personalmente, decía que estaba unida espiritualmente a los homenajes que se tributaban a Nuestro Señor. Seguía por las noticias de los periódicos todos estos acontecimientos eucarísticos. Si le era factible, enviaba para estas solemnidades su colaboración en hostias, y a ser posible, a las hermanas.

Para el Congreso Eucarístico Bolivariano de 1957, se trasladó a Caracas con el fin de asistir a todos los actos que le fuese posible. Habiendo ido a la avenida Los Próceres, sede del Congreso, pide que la lleven a donde habían reservado la sagrada Eucaristía, y al ver que no había adoradores en aquel sitio —subterráneo— se ofreció para quedarse haciendo guardia, mientras se presentaba alguien que la reemplazara. Mandó a las hermanas fuesen a hacer sus trabajos que tenían encomendados para los altares de la procesión, y ella se quedó casi todo el día hasta que las hermanas la fueran a suplir. En varios momentos del día fueron las nuestras a llevársela, pero no consintió, porque Jesús estaba solo. Según parece las personas encargadas se habían entregado a otros menesteres y habían olvidado su compromiso de adoradoras.

Ante la presencia de Jesús sacramentado, olvidábase de sí. Cada día después de la comunión pasaba mucho rato en acción de gracias personal. No permitía que hablásemos ninguna palabra después de la misa, hasta la siete de la mañana, para dar oportunidad a las hermanas de que mantuviesen su intimidad con el Señor en el recogimiento después de la Comunión.

Cierto día un sacerdote amigo celebró la misa en nuestra casa, y al terminar, algunas de nuestras hermanas se adelantaron a saludarlo, y siguió a este saludo amena charla. Nuestra Madre, después del desayuno, va a hacerse encontradiza con el Padre y las Hermanas, y les dice: «No sé cómo pueden conversar tan pronto, sabiendo que todavía está el Señor en sus corazones; no me explico por qué no caen en la cuenta de la presencia de Jesucristo en sus almas.» Lo dijo de tal forma que el sacerdote no respondió una palabra, y más tarde comentaba: «Qué sinceridad, y qué fe la de la Madre; nos ha dado una gran lección» Y decía que a él le había sido muy útil aquella reflexión.

Esta devoción fue para nuestra Madre como la expresión más tierna de su corazón eucarístico. Los jueves —desde muy temprano— empezaba a motivarnos: «Hoy es jueves —decía—, Hora Santa...» Y más todavía, si era primer jueves, que se hacía según la exigencia: «TE LEVANTARÁS DE ONCE A DOCE DEL JUEVES AL VIERNES PRIMERO DE CADA MES.» Ella se sentía Margarita María, muy obligada a cumplir esta obligación. A veces las Hermanas, para jugar con ella, le decían: «Madre, esa devoción es para las Hermanas de la Visitación; nosotras somos Agustinas.» Se reía, y respondía: «Pero a mí también me lo ha pedido el Señor.»

Con mucha unción leía las meditaciones de la Hora Santa. Notábamos cómo se detenía para dar curso a las lágrimas, sobre todo cuando hacía las consideraciones de la oración del Huerto. Una vez la dije: «Madre, mejor sería que no hiciera la Hora, pues se nos va a morir haciéndola.» A lo que respondió: «Le he pedido al Señor que me conserve dos cosas: mis ojos, para hacerle la Hora, y las manos, para hacerle las hostias.» El Señor la complació hasta el año 1965, dos años antes de su muerte, en que tuvo en sus manos la lupa que le ayudaba a ver, y se valía del

micrófono, pues, aun cuando gozó siempre de una voz potente, ya por sus años, por una extraña ronquera que se le presentaba, y por la falta de buena acústica en la capilla, su voz se sentía débil y no se oía bien. Con qué fervor decía: «¡Hora Santa de mis amores, Hora Santa de mis ensueños!» Y la respiración se le dilataba al considerar aquella gracia de pasar esa hora con Su Jesús.

Cuando alguna de nosotras —por razón de sus quebrantos de salud— debíamos suplirla en esta su devoción predilecta, no se separaba de nuestro lado, dirigiendo las lecturas que había escogido con anticipación y según los tiempos litúrgicos. Escogía a la Hermana que tuviese mejor tono de voz y que leyese con más claridad. Los cantos debían ser apropiados para amenizar cada cuarto de hora.

El jueves era su día preferido; hacía adornar el altar con flores nuevas, igual que los domingos. Una vez manifestó que deseaba morir después de terminada la Hora Santa... A quienes tuvimos la dicha de hacer esas Horas Santas con tanto fervor, con tanta unción, nos parecían muy cortas. Algunas Hermanas, oyéndola se conmovían hasta llorar.

Los jueves, antes del primer viernes, quedaba expuesto el santísimo toda la noche, y nos tocaba por turnos hacer horas de adoración. Los primeros años se quedaba ella toda la noche; después, por su delicada salud, las Hermanas la obligaban a que fuese a descansar; decía que no podía conciliar el sueño, y seguía acompañando al Señor desde su celda.

Una de sus devociones predilectas fue esta de la Hora Santa, y fue su voluntad que no se dejase nunca de hacer en nuestras casas.

Y es que su alma respiraba continuamente por la Eucaristía; casi todos sus escritos son aspiraciones de amor a su Jesús Sacramentado. Así escribía el día 25 de julio de 1922:

«Cuando uno medita un rato sobre la adorable Eucaristía se queda el alma adormecida, gustando y abismándose en ese adorable sacramento» (44).

«Que cada latido de mi corazón sea un acto de amor y una comunión espiritual. Jesús mío, no se haga mi voluntad, sino la vuestra» (45).

«¡Oh adorable Hostia, cuánto quisiera decir de tu augusto Sacramento! Mi silencio, Jesús mío, te lo dice todo. Si pudiera hablar, si pudiera, mejor dicho, hablar de tu Sacramento de Amor, como tantas almas, ¡cómo diría de las grandezas encantadoras y sublimadas que encierras en El!» (46).

En su deseo de amar al Dios Eucaristía le parece que no sabe amarlo, que no es capaz de sentir lo que han sentido las almas eucarísticas,

Y como bien hemos podido apreciar, por lo anteriormente expuesto, FUE UN ALMA EMINENTEMENTE CONTEMPLATIVA, que vivía continuamente en oración, que pasaba las noches enteras orando. Invitaba a la Hora Santa. Y repetía: «Sí, amemos mucho a muestro Dios Sacramentado» (1).

«Hostia santa de toda mi vida: sé siempre mi fortaleza» (48).

«¡Oh misterio incomprensible!, que cuanto más lo medito, más le amo y se enciende mi fe, pues mientras más profundo lo veo, y menos comprensible, más creo en él» (49),

«Hoy, Jesús mío, quiero descender del árbol de mis pecados, del árbol de mis imperfecciones, y prepararos un corazón dilatado por la caridad, para recibirte en la adorable Comunión y, como Zaqueo, serte agradable» (50).

«Cuando estoy ante el Sagrario, que guarda al Amado de mi alma, quisiera detener el tiempo que con tanta rapidez pasa. ¡Cuántas veces tenemos que hacernos violencia para poder dejar el reclinatorio!» (51).

(29) Ibídem, pp. 14-15.

(30) Ibídem, 6 de agosto de 1906, pp. 15-17

(31) Ibídem, p. 91.

(32) Testimonio escrito, Hermana Paulina T. castillo, religiosa de nuestra Congregación, 14 de noviembre de 1978.

(33) Testimonio escrito del Hermano Agustín Fernández, Colegio San José, Hermanos Maristas de Maracay, 15 de octubre de 1954.

(34) Ibídem, Eucaris Garrido de Vázquez, 25 de diciembre de 1976.

(35) Testimonio escrito de la Hermana Mercedes de San José, octubre de 1978. Fue durante mucho tiempo maestra de novicias de muestra Congregación.

(36) Testimonio escrito de la Hermana Zenobia Borges, religiosa de nuestra Congregación (sin fecha).

(37) Ibídem, Eucaris Garrido de Vázquez, 25 de diciembre de 1976.

(38) Ibídem, Hermana Linaje, 24 de agosto de 1978.

(39) Ibídem, Irma Daviott.

(40) Escritos de nuestra Fundadora, pp. 65-66.

(41) Op. Cit., 20 de noviembre de 1928, p. 147.

(42) Ibíden, 13 de septiembre de 119, p, 67.

(43) Ibíden, Hermana Mercedes de San José.

(44) Escritos de nuestra Fundadora, pp. 77-78

(45) Op. cit., 13 de septiembre de 1919, pp. 67-68

(46) Op. cit., año 1920, pp. 407-409

(47) Escrito de muestra Madre (sin fecha).

(48) Escrito de muestra Madre (sin fecha).

(40) Escrito de muestra Madre (sin fecha).

(50) Op. cit. 21 de noviembre de 1948, p. 322

(51) Op. cit. pp. 398-399 (sin fecha)

AMANTE DE LA SOLEDAD Y DEL SILENCIO.
RETIROS

Como todas las almas grandes y penetradas de Dios, amó siempre la soledad y el silencio. Siempre soñó con ser religiosa de clausura. Cuando se hablaba de ir a Roma pensaba que debía quedarse en algún convento, y decía: «Si voy, no regreso.» En su vida de recogimiento y mortificación, de privaciones y de penitencia, parecía que viviese austeridad de claustro.

Con frecuencia se recogía en el silencio para hacer retiro, lo cual practicó desde muy niña, según se indicó anteriormente.

Para las fechas importantes de la liturgia se preparaba con un retiro de uno o varios días: fiesta del Espíritu Santo, Inmaculada Concepción, San José, Virgen de Lourdes, Dulce nombre de María.

Con gran exactitud y fervor hizo además sus retiros anuales y mensuales durante toda su vida religiosa; lo cual fue anotando cuidadosamente, mes por mes y año por año, desde 1899 hasta 1963, a excepción de las veces en que sufrió varias gravedades. Todos estos escritos se conservan.

Por varios años hizo los ejercicios espirituales en Caracas, en la casa de las Siervas del Santísimo Sacramento, a quienes profesaba gran cariño y estimación. Estuvo unida por una profunda y santa amistad con la Madre Juliana, fundadora de dicha Congregación. Nuestra Madre la estimaba muchísimo y fue su guía espiritual en los primeros años de la fundación de nuestra Congregación. Conservamos sus cartas en donde se revela el gran efecto que se tenían ambas. «Las almas se atraen», se suele decir, y aquí se verificaba esa atracción. Siempre nos decía: «Quiéranme a mis siervas.»

«Lo que más me impresionó de la Madre María de San José, cuando venía a nuestra casa a los ejercicios espirituales anuales, fue la escasa cantidad de alimento con que se mantenía. Nos unía una gran amistad

y siempre aprecié en ella una gran santidad, de tal manera que mucho me alegro que ahora se comience su causa de beatificación» (52).

Copiamos una carta de la Madre Juliana dirigida a nuestra Fundadora:

«Reverenda Madre María de San José, Maracay.

Amada Hermana: ¡que Jesús sea siempre en nuestras almas y las inflame en su divino amor! Cuánto placer he tenido al leer su cartica y cuánto me regocijo con ustedes por la solemne audiencia que nuestro buen Jesús les ha concedido; muy bien comprendo la felicidad de sus amantes almas en ese día venturoso que cual delicioso oasis refrigeró la ardorosa sed, saciándose de la fuente de aguas vivas. Ya me imagino que nuestra ardorosa Madre María al ver llegar la tarde exclamaría: "Cuán bueno sería permanecer aquí." Ah, querida Madre, ¿y no repercutió en vuestro corazón la dulce voz de Jesús que decía: espérame, esposa mía, no tardaré en levantar mi Tienda en medio de vosotras para que consoléis mi corazón y ser a la vez vuestra fortaleza y consuelo en todas vuestras penas? Como nosotras, aunque sin merecerlo, tenemos la inefable dicha de habitar a la sombra del Santo Tabernáculo dándonos diariamente su real audiencia, haremos todo lo que esté a nuestro alcance hacer con N. S, y con Nuestro Padre, manifestando así a las abnegadas hijas de San Agustín nuestra más profunda gratitud, pues Dios N. S, será el pagador de sus pobres siervas y ustedes entonces en sus coloquios íntimos con tan Divino Prisionero pedirán para nosotras las gracias que necesitamos para corresponder a nuestra santa vocación y las virtudes...» (53).

Citas de algunos de sus días de retiro:

«Hoy, víspera del gran día de Pentecostés, hice mi retiro mensual; gracias te doy, mi buen Jesús. Cuántas cosas buenas he pedido al divino Espíritu en este día» (54).

«Hoy como siempre empecé mis tres días de retiro para prepararme a la gran fiesta de mi Inmaculada Madre. En este primer día he meditado muy mucho lo grave del pecado venial.

Este es el segundo día de preparación; he hecho las meditaciones del retiro ordinario. Tercer día de preparación: gracias, Madre mía, que

pude hacer bien los tres días. ¡Cuánto me enseñas, cuánto tengo que aprender! Mañana hace cuarenta y siete años de aquellos íntimos afectos, de aquel amado voto que hice a mi Jesús, por Ti, Madre amada, (Se refiere al voto de virginidad inspirado por Nuestro Señor, según ella misma lo confiesa.) Jamás podré olvidar este hermoso 8 de diciembre, como tampoco el día de mi primera comunión» (55).

«Hoy tuve la dicha de hacer mi retiro mensual, víspera de mi amado patrón San José; ¡gracias, Padre mío San José, por tantos beneficios recibidos!» (56).

«Hoy es víspera del dulcísimo Nombre de María, mi dilecta, excelsa e Inmaculada Madre, ¡Qué día tan encantador es éste para mil ¿Y el 13? ¡Ay, Jesús mío, todos los días de mi vida están llenos de encantos; qué feliz soy!...» (57).

«Ya estoy en la querida celda que la caridad de mis buenas hijas se dignaron prestarme en estos días. Yo quiero, Dulce Jesús de mi alma, aprovechar el tiempo que me queda de vida. Tú no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Tened, pues, compasión de mí. Tú sabes el fruto que me he propuesto sacar en estos santos días» (58).

«... He tratado, Jesús mío, de hacer bien mi retiro, así lo creo; lo demás lo haces Tú; haced que no me aparte de tu santa presencia; así, cuántas cosas me evito; bien lo sabes. ¿Recuerdas, Jesús mío, la gran rabieta que cogí cuando la muchacha puso los paños de las hostias en una ponchera de lavarse las manos? ¡Oh, Jesús mío, si no hubiera estado en tu presencia, cuánto no habría dicho! Sí, mucha fue la rabia, pero me callé... gracias, Jesús de mi alma.

Son las nueve; pues, Jesús mío, deseo recibirte espiritualmente NUEVE MILLONES DE VECES Y HACER OTROS TANTOS ACTOS DE AMOR Y DE FE Y ASI EN TODAS LAS DEMAS HORAS... QUE SEA MUY FIEL EN ESTA PRACTICA, QUE HACE DIAS ME HABEIS INSPIRADO...» (59).

Como se ve por lo expuesto, lo referente a la «rabietas se debe a su celo por la delicadeza —como ya se ha dicho antes— en la limpieza y

cuidado de los purificadores y de todo lo concerniente al servicio del Señor.

«Dadme, Esposo amantísimo, el espíritu de oración. Hasta este retiro, no he descuidado lo que me propuse con tu gracia el mes pasado: tantos miles de millones, según la hora que dé el reloj, recibirte espiritualmente, amarte, hacer actos de esperanza y de contrición; ayudadme, Madre mía, y bendecidme...» (60),

Olvidada de sí misma, y despojada de todo, en los últimos días de su vida, Nuestra Madre María estuvo en el retiro y soledad, reducida al pequeño espacio de su celda y lugar de trabajo contiguo a la capilla; para lograr así su ideal de silencio, en la intimidad con Dios.

(52) Testimonio escrito de la Hermana María de Lourdes, de la Congregación de las Siervas del Santísimo, 8 de septiembre de 1978.

(53) Carta de la Madre Juliana, Congregación de Siervas del Santísimo (sin fecha).

(55) Op. cit., 5 de diciembre de 1938, pp. 236-237.

(56) Ibídem, 18 de marzo de 1941, p. 251.

(57) Ibídem, 11 de septiembre de 1930, p. 165.

(58) Ibídem, 6 de diciembre de 1927, pp. 137-138.

(59) Ibídem, 13 de octubre de 1933, pp. 192-193.

(60) Ibídem, 19 de noviembre de 1933, pp. 139-140.

CARIDAD SIN LIMITES

Fruto de ese gran amor a Jesús Eucaristía es su caridad para con el prójimo; fue su virtud sobresaliente: AMÓ AL PROJIMO MÁS QUE A ELLA MISMA.

«La caridad de la Madre María no conoció fronteras» (61).

Cuando se trataba de decir algo sobre una persona, decía; «NO SABEMOS CÓMO AMA DIOS A ESA ALMA.» Siempre procuraba disculpar las faltas ajenas. No quería que le dijésemos nada en contra de las jóvenes formadas; le parecía que todas eran buenas por el solo hecho de manifestar inclinación a la vida religiosa.

En cuanto a las ofensas recibidas decía que no se sentía ofendida por nadie. En sus apuntes de retiro más de una vez manifiesta el mismo sentir de perdonar con toda el alma a quienes la han ofendido.

Refiriéndose a una persona que había criado y que había observado mala conducta para con ella y las Hermanas, escribe:

«Recibí una carta, y fotografía de los chicos de una persona que me había enviado unas cartas atrevidas. Con toda mi alma la he perdonado desde hace mucho tiempo. Perdonadme Señor, como yo perdono...» (62).

Tenía siempre una disposición maternal para recibirnos. Si alguien le había llevado informes sobre nuestra conducta de una vez nos lo manifestaba, y al oír los razonamientos inmediatamente creía en nuestra palabra, y decía ingenuamente: «¡Ah, yo creía...!» Y se quedaba entonces como si nada hubiese pasado.

Era muy generosa y con gran prontitud daba a las Hermanas lo necesario. No escatimaba sacrificios. Tan pronto le manifestábamos tener necesidad de algo, medicinas, etc., inmediatamente iba en su busca, y al decirle a veces que no se molestara, que no corría prisa, decía: «Pero a mí se me puede olvidar.»

Era pronta para atender las necesidades y aun los caprichos de sus hijas. Un día dijo una Hermana: «Desearía comer carne asada, pero de la que venden en un negocio cercano, que huele muy bien.» Por la noche en la cena la Hermana tenía en su plato la deseada carne. Bastaba saber que alguna Hermana tenía un deseo; si estaba en sus manos complacerla lo hacía prontamente. Nos haríamos interminables contando sus delicadezas.

Se preocupaba mucho por nuestros familiares, y preguntaba siempre si les habíamos escrito. Si sabía de algunos que tenían penas y se

encontraban fallos de recursos económicos les enviaba su aporte, aun cuando fuese poca cosa, según sus medios. A veces había gente que acudía a ver si le facilitaba dinero prestado; en caso de no poder resolver el problema, recomendaba alguna familia amiga, que por su intervención le facilitaba el dinero. ¡Qué bondad tenía para con los nuestros!

Con los bienhechores y amigos de la Congregación, estaba al día en sus cumpleaños para felicitarlos; hasta con el Presidente de la República. Era muy atenta en estas cosas. Aun enferma decía: «Hoy cumple años el señor... llámenlo por teléfono, feliciten a la señora...» Era un almanaque; se acordaba de los aniversarios de los difuntos amigos, para encomendarlos en sus oraciones, y enviaba de nuevo su pésame a la familia del difunto. Monseñor Manuel Antonio Pacheco decía: «No he visto una persona tan cumplida como la Madre María», y contaba los casos ocurridos mientras fue secretario del Arzobispo; cómo veía las atenciones para con el prelado.

Todo el que llegaba de lejos al asilo debía ser muy bien atendido; sobre todo, si eran familiares de las Hermanas, de las niñas, o amigas de la casa. Estaba pendiente de que se les obsequiara con algo, según fuese la hora. Nadie se debía ir de muestra casa sin recibir algo, y esto aun en medio de nuestra pobreza. A veces decían las Hermanas de la casa: «Nuestra Madre nos pone en un compromiso.»

Después del desayuno todas las mañanas mientras vivió su madre doña Margarita, quien por voluntad de las Hermanas, al quedar sola por la muerte de su hija Clemencia, pasó a vivir a nuestra casa de Maracay, iba a darle un saludo; igualmente a las enfermas de la casa y a otras personas que vivían en ella, bienhechoras o amigas de la infancia, que le pedían pasar sus últimos días a su lado; y aun cuando aquella casa era para niños, ella se lo permitía por su gran caridad, como en el caso de Carmen de los Ríos, etc. Cuando iba a visitarlas, tanto a la ida como al regreso, entraba a la capilla a ver al Señor.

Con las niñitas de la casa y las de nuestros colegios tenía especial deferencia. Con las internas del asilo era una verdadera madre: en sus primeros años, hacía de maestra, de mamá, les cosía, les remendaba

la ropa... ¡Qué solicitud y cuidado tenía para con ellas! Las niñitas cariñosamente le llamaban MAMAÍTA. Algunas, hoy abuelas, le cuentan a sus hijos y nietos la bondad de aquélla que, en sus primeros años, había hecho con ellas las veces de una verdadera madre. En sus apuntes del 17 de junio de 1929 dice:

«El 4 de junio entró mi querida... al Colegio. Sólo Tú sabes, mi buen Jesús, cuánto he sufrido al verla salir, ¿la cuidarán como yo? ¡Quién sabe! ¿Se conservará como estaba aquí? Lo dudo, pero tengo confianza en la Santísima Virgen, que la cuidará; no permitirá que manche su alma con el menor pecado» (63). Esta niña se había criado en el asilo; llegó de días de nacida y nuestra Madre con gran solicitud la había cuidado. Salía para hacer estudios superiores, por no haber en nuestra casa por aquella época sino la primaria. Igualmente manifestaba su dolor cuando sus padres se llevaban a una niña que desde pequeñita había estado con nosotras. Se encerraba muchas veces en su habitación para no verla salir.

«Y lo más grande era su caridad encendida hacia los enfermos, desvalidos, pobres, niños; y muy especialmente hacia los huérfanos, que, como yo, consiguieron abrigo bajo su techo. Nosotras recompensábamos llamándola Mamaíta. Sin ser nuestra madre terrenal; ¡como si lo fuera!» (64).

«En primer lugar le diré que yo admiro su gran CARIDAD con la cual hizo tanto bien toda su vida a los pobres, enfermos, necesitados y, sobretodo, a las niñas huérfanas y pobres por quienes tenía especial cariño y protección. Yo en particular estaré eternamente agradecida por la generosa protección que tanto Mamaíta como todas las Hermanas Agustinas Recoletas me brindaron en mi niñez» (65)

«Siempre la vi haciendo la caridad a todos, especialmente a los niños huérfanos de quienes se hacía llamar «mamaíta» y a quienes daba cuanto podía; lo mismo a los pobres que iban a pedirle socorro al convento y nunca salían con las manos vacías. Muchas veces la vi en los hospitales de cama en cama, consolando a los enfermos, repartiéndoles dinero que ella reunía haciendo miles de sacrificios. Lo

mismo hacía con las muchachas que estábamos ayudando a las Hermanas» (66).

Una prima segunda de nuestra Madre dice: «Tenía una gran caridad. A ninguno de nuestra familia —aun a los más humildes— jamás desconoció; quería mucho a los suyos, y a pesar de sus muchas ocupaciones y responsabilidades, se mantenía en contacto con nosotros» (67).

El testimonio de las personas que la conocieron es unánime al afirmar que tenía una gran caridad.

En sus apuntes del mes de abril de 1943 dice:

«Fui a mi terruño el 27 de abril de 1943, a los sesenta y ocho años de edad. Hace sesenta y cinco años vine de Choroní. No me llevó el amor de mi tierra, no; mi desprendimiento es total, pero sí la caridad, pues al satisfacer un deseo de un alma ya se ejerce la caridad, ¡Qué lástima me dio el simpático pueblecito sin sacerdote! Sin sacerdote no hay Eucaristía; ¡qué amargura siente el alma cuando en los pueblos falta el alma de las Almas! ¡Compadeceos, Señor, de ese pobre pueblo!» (68).

Cumplió el precepto divino: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (69).

(61) Testimonio escrito de Hortensia Olivares de Pérez, 26 de febrero de 1929.

(62) Escritos de nuestra Fundadora.

(63) Escritos de nuestra Fundadora, p. 153.

(64) Testimonio escrito de C. G. de F., enero de 1979.

(65) Ibídem, S. O., 27 de noviembre de 1976

(66) Ibídem, P. B. R., 10 de octubre de 1976

(67) Ibídem, Nicolasa Cardozo, 19 de noviembre de 1978.

(68) Escritos de nuestra Fundadora, pp. 263-264.

(69) JN. 13, 34

HUMILDAD

Cristo ha dicho: «Si no os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (70). Según opinión general la virtud característica de nuestra Madre María fue la humildad. Quiso vivir oculta.

En una ocasión se presentó a la casa nuestra de Maracay una persona de gran importancia, deseando conocer a la Superiora. Traía un mensaje especial del gobierno. La Hermana Casta le acompañó a recibir la visita, y el visitante la confundió creyendo que era ella la Superiora. Nuestra Madre lo notó en seguida y le hizo una seña a la Hermana para que no aclarara la verdad. Todo el tiempo el famoso Personaje se dirigió a la Hermana aludida, pasando nuestra Madre por simple acompañante. Es de suponer la preocupación de la Hermana Casta, al despedirse el visitante. Celebraron el acontecimiento y nuestra Madre dijo: «Qué alegría me dio el que no cayera en cuenta ese señor que yo era la Superiora.» Se consideró siempre como la última de todas. Le hubiese gustado la creyesen ignorante. En su sumisión parecía una simple súbdita; se sometía a cuanto le ordenaban, no sólo el médico, sino además sus hijas. Era asombroso ver su obediencia y su profunda humildad.

En el año 1951 la Congregación celebra las Bodas de Oro de existencia. Nuestra Madre, como para todo lo relacionado con las fechas de la Congregación, dispone los festejos más sencillos. Pero sus hijas y el pueblo de Maracay hacen un extenso programa que comprende misa pontifical, con asistencia del delegado pontificio y otras autoridades eclesiásticas y civiles, actos, banquetes. Ella pide al Señor que le impida asistir a esos actos.

Y es el caso que sufrió de repente un amago de embolia cerebral que nos llenó de preocupación, y nos hizo temer un desenlace definitivo. Quizá fue debido a la noticia que recibió, inmediatamente después de

comer, sobre un accidente aéreo que acababa de sufrir una familia muy amiga. Su estado fue delicado y los médicos aconsejaron sacarla de Maracay. A principios de enero, acercándose la fecha para los festejos del cincuentenario, se trasladó a nuestra casa de Tinaquillo.

De esta manera el Señor accedió a la petición de su esposa, librándola de aquellos festejos y honores que herían su modestia.

En septiembre de 1951 escribe:

«Gracias, Jesús mío, con todo mi corazón; te pedí me libraras de los festejos cincuentenarios, y oíste mis súplicas. Bendigo y adoro tus bondades» (71).

Nuestra Madre en sus apuntes de retiro constantemente pide al Señor le conceda esta gracia de ser humilde. En toda su vida se consideró siempre la última y le parecía que no valía para nada. El 21 de noviembre de 1936 dice: «¡Oh Madre querida!, como se celebra el gran festival de tu presentación en el templo, yo os pido que presentéis este mi retiro a tu divino Hijo, mi muy amado esposo. Sí, Madre adorada, presentadle mis imperfecciones: ¡Son tantas mis penas, mis angustias!» (72).

“En otros de sus apuntes dice también; «No sé cómo pueden soportarme las Hermanas...» Y así en varios de sus escritos manifiesta lo mismo y le pide al Señor que ilumine a las Hermanas para que vean claramente quién es ella, pues están engañadas. Y casi gemía porque se equivocaban con ella. Dice en sus apuntes: «¡Si supieran quién soy!»

Con motivo de una condecoración que le impusieron cuando cumplió el hospital San José cincuenta años:

«Este es el día más terrible de mi vida; bien merezco semejante humillación.»

«Hacedme amar la humildad; ¡que yo desaparezca, que me conozca a mí para aborrecerme, y a Ti, para amarte, como dijo muestro gran Padre San Agustín...!» (73).

Si alguien la contradecía en algún tema expuesto, decía inmediatamente: «Yo creía que era así, pero debe ser como usted dice, yo estaré equivocada», y se quedaba segura de que la otra Hermana tenía razón... Cuando nos llamaba la atención por alguna falta, después nos escribía una esquelita, haciéndonos comprender que sólo quería nuestro bien, y casi nos pedía excusas por lo que ella creía haberse excedido en su reprensión.

El 11 de febrero de 1954 tiene lugar nuestro primer Capítulo General. Según las antiguas Constituciones se consideraba que la fundadora fuese vitalicia. Pero habiendo aconsejado la Sagrada Congregación que debía tenerse Capítulo para que se considerara la conveniencia de que nuestra Madre continuara en su cargo o se eligiera otra Superiora General, dada su edad y sus fuerzas ya gastadas, se dispuso lo necesario para celebrarlo con la presencia del señor Arzobispo de Caracas, Monseñor Lucas Guillermo Castillo.

El Capítulo tuvo lugar en la ciudad de Maracay, en nuestra casa madre, y resultó postulada muestra Madre. Roma acepta la postulación y el 22 del mismo mes se tuvo la aceptación.

En sus apuntes escribe lo siguiente: «En febrero me tocaba el diez (mi día de retiro), pero el once se daba principio al Capítulo General y no fue posible; estuvimos recogidas, pero no como de retiro; éste resultó como Dios quiso; las criaturas no quisieron dejarme en paz; sea Dios bendito. Él sabe mi insuficiencia. Si hasta el presente me han sufrido con paciencia, ya es tiempo de que se fijen en mi edad y en cosas.

No estoy cansada, no, la cruz no me pesa; el divino Cirineo me ha ayudado a llevarla; todos mis años se los he dado a mi Dios; espero en Él, que, como Padre misericordioso, no me dejará sola» (74).

Los años 1954 y 1960 fueron muy fuertes, de grandes sufrimientos para ella. En el año 1960 nos toca de nuevo Capítulo General. Nuestra Madre se acerca a sus noventa años y se ve la conveniencia de nombrar una coadjutora, para que le ayude en la difícil tarea de gobernar la Congregación. El 11 de febrero es la fecha escogida para la elección. Una vez nombrada quien le ha de suceder, es ella la

primera que se apresura a dar orden de que se repiquen las campanas —según costumbre— y es la primera en adelantarse a dar el abrazo de aceptación a la nueva Superiora. Animaba así a la Hermanas, que no habían conocido desde la fundación de la Congregación otra Superiora General sino a ella, a que viesen con ojos de fe al Superior, fuese quien

Fuese. Sucesora inmediata de la Madre María en el generalato fue la Madre Águeda Sánchez.

Todas continuamos considerándola como nuestra Madre, y ella siguió solícita —desde su retiro de Maracay— todos los pasos de su amada Congregación.

Cuando sabía que no era conveniente alguna disposición con gran delicadeza advertía a la nueva Superiora. Cuando hacía falta ella pedía sus permisos, y daba cuenta de sus regalitos por escrito, especificando minuciosamente el destino que daba a los obsequios que, con motivo de Navidad y su onomástico, le hacían las Hermanas o personas particulares. En ese punto fue muy cuidadosa siempre, y como constancia están los libros de cuentas llevados por ella misma, desde el comienzo de la Congregación hasta el año 1958, fecha en que delegó a otra Hermana esta tarea. Es curioso ver estos libros de cuentas en esta época para establecer comparación entre el costo de la vida actual y la de aquellos tiempos, en que una «cuartilla» de maíz costaba veinticinco céntimos, y así sucesivamente. De todo llevaba cuenta, de las recolecciones y limosnas particulares que le entraban para el sostenimiento de sus obras.

¡Qué de privaciones, a pesar de ser todo tan barato y la gente tan pródiga en sus limosnas! Contaba que muchas veces no tenían pan para la cena, y después de haber pedido a San José y a su querida Madre la Virgen de las Mercedes, tocaban a la puerta y se presentaba alguna persona, trayendo el deseado pan. Luego contaba a las Hermanas el favor recibido, para que manifestasen su agradecimiento al dador de todo bien.

Algunos testimonios de personas que la conocieron:

«Conocí y traté a la Madre María siendo muy pequeño. Después los estudios en el seminario y mi actividad pastoral parroquial no me permitieron con ella sino contactos esporádicos. Puedo afirmar, sin embargo, que siempre salí edificado de su trato, en el que se podía adivinar su profunda humildad, su amor intenso a Dios y a los más necesitados, y aquel ambiente de oración en que ella respiraba. Fue, realmente, un alma escogida, que supo corresponder generosamente a la gracia, haciendo norma de su existencia los sentimientos del "Magníficat". ¿Qué mayor alabanza podría hacerse de su vida?» (75).

«Dios se había valido de ella para fundar una Congregación religiosa, pero ella seguía siendo humilde y sencilla; seguía haciendo el bien sin meter ruido» (76).

«Creo que por todas las virtudes que Nuestro Señor le concedió y que ella practicó, especialmente por su bondad, justicia, humildad y gran amor, es muy digna de que la veamos ocupar un sitio entre los santos» (77).

Así como ella procuró pasar siempre inadvertida por su gran humildad, así quiso que su Congregación fuese la MÍNIMA entre todas, que no se distinguiera ni se hiciera notar a los ojos de los hombres.

Por su humildad y sencillez se ganó el corazón de cuantos la conocieron.

(71) Escritos de muestra Fundadora, pp. 339-340.

(72) Op. cit., pp. 217-218.

(73) Op. cit., pp. 269-270.

(74) Op. cit., febrero de 1954, pp. 355-356.

(75) Testimonio escrito de Monseñor Ángel Pérez Cisneros, arzobispo de Mérida, 16 de octubre de 1978.

(76) Ibídem, Padre Ángel Latorre, O.A.R., 17 de diciembre de 1978.

(77) Ibídem, Luisa Negretti Barceló, 8 de octubre de 1976.

MODESTIA Y ESPIRITU DE POBREZA

Su modestia era impresionante. Decía que desde los doce años había bajado la vista para no ver sino al Amado de su alma. ¡Qué pura en sus palabras y en toda su actitud! Con toda sencillez y sinceridad manifiesta en sus apuntes del 21 de enero de 1927 que no ha cometido ninguna falta deliberada.

“Todos los que la conocían, al verla, comentaban: «Qué alma tan pura e inocente!» Una persona recién llegada a Venezuela llegó al asilo y pidió informes sobre un sitio donde pudiese colocar a su hija. Le atendió por casualidad nuestra Madre, quien se encontraba cerca de la puerta, por ausencia de la portera. Le dejó tan impresionada que, encontrándose con una Hermana, le dice, sin saber que era de la misma Congregación, que había visitado por equivocación nuestra casa de Maracay y había hablado con una Hermana ya anciana; que tanto ella como su hija afirmaban haber hablado con un alma muy santa. Su manera de acogerlas y su conversación —aun cuando fue muy breve— les dejó entrever su santidad.

«Mi primera impresión al conocer a la Madre María fue excelente: una monja sencilla, humilde, de amena conversación y de una sonrisa amable, plácida y serena, como reflejo de una paz interior extraordinaria. Desde el primer momento inspiraba confianza, simpatía y veneración» (78).

Su pobreza era extrema; no quería que se tuviese con ella ninguna excepción, lo cual era imposible, dado su estado de salud. Se le debían reforzar los mínimos alimentos que tomaba, ya que se privaba de carnes y de todo lo que pudiese ser apetecible. Cuando se notaba que algo le era provechoso se le compraba. Ella, atenta, advertía: «Si es muy caro, no me lo compren.» La Hermana que le atendía le engañaba diciéndole que aquel artículo era de ínfimo precio, a lo que

ingenuamente respondía: «Si es cierto, está bien; pero si es costoso, de ninguna manera me lo compren.»

No quería tener sino un solo hábito y un par de zapatos. Decía que con uno solo nos bastaba. Todo lo que usaba era muy pobre y sencillo. Su cama era de tabla, y jamás usó colchón, ni aun en su enfermedad. Los sobres viejos los volvía con gran cuidado para no dañarlos, y luego los utilizaba para escribir a las Hermanas. ¡Qué cuidado en el uso de las cosas!

En 1966 le hicimos unas preguntas con motivo de cumplirse un muevo aniversario de sus votos perpetuos —setenta y tres años— y logramos grabárselas. Graciosamente narra el hecho de que a los doce años, después de su primera comunión, le había entregado a Nuestro Señor los más queridos recuerdos de su niñez, sus objetos de adorno. Tenía —dice ella— un gran apego a unos zarcillos que su abuela paterna le había regalado cuando nació. Eran unas esmeraldas muy bonitas; igualmente una sortija que tenía siete diamantes pequeñitos. Tenía también unas pulseras muy finas. Cuenta que se fue al altar de la Eucaristía, y se lo ofreció todo a Nuestro Señor, en señal de desprendimiento. Ese mismo día prometió no volver a peinarse de crespos, a lo cual era muy aficionada, ni usar un vestido —que según

ella describe—, era muy costoso y bellísimo, el cual además tenía mangas cortas y un ligero y disimulado escote. En la grabación da a entender que a esa edad ya había sentido la inspiración de despojarse de toda vanidad, y aun de su misma voluntad; refiere que no hizo nunca su propia voluntad, sino la de sus padres, y jamás —dice— hizo nada sin permiso. «Comía lo que me daba mi mamá y hacía sólo lo que ella me indicaba.» Y continúa: «En lo único que le desobedecía a mi papá era en ir a misa todos los días, pues a él no le gustaba que fuese sino los domingos y días de fiesta.»

El 13 de septiembre —que fue el último año que pasó con nosotras— recordando sus queridos votos narra el hecho ocurrido aquel día en que Antonia, la ecónoma que hacía de maestra de novicias en el hospital, le dijo por probarla tal vez: «¡Ah, Laurita, ya veo que usted también tiene su cosita...!» Y se refirió especialmente a un joven, que tal vez la

pretendía, exagerando en tal forma, que según nuestra Madre, hirió mucho su pudor. No lo reveló exactamente, pero dijo que era una gran calumnia, lo que le causó dolor y una gran enfermedad. A tanto llegó su impresión que ella, siempre silenciosa, incapaz de decir a su madre lo que le pasaba en el hospital, por temor a que no la dejasen volver, se fue a su casa y le refirió el hecho.

Con esto quiso manifestarnos nuestra Madre cómo, sin ser todavía religiosa, cumplía a cabalidad los tres votos que desde sus más tiernos años le había ofrecido al Señor.

Su voto de pobreza fue siempre muy apreciado por ella, y fue también muy cuidadosa en su cumplimiento. Quería en este sentido que fuésemos muy amantes de nuestro voto de pobreza.

(78) Ibídem, Padre Ángel Latorre.

SENTIDO ECLESIAL Y AMOR A MARÍA

Nuestra Madre María se caracterizó por un gran amor a la Iglesia; se sentía verdadera hija de la Iglesia, y vivía y palpitaba al unísono con ella. La Iglesia era su predilección. Cuando había algo que lamentar decía: «Estoy de pésame.» Y cuando se trataba de triunfos, de gozos, su alegría era inmensa; se la veía en el rostro la satisfacción que experimentaba con las noticias de los Congresos Eucarísticos adonde acudía mucha gente para manifestar su amor al Señor; igualmente con las procesiones en honor de la Santísima Virgen, y con lo que constituyera alabanza y gloria de Dios.

«Jesús mío, veinte siglos han pasado de tu venida al mundo, y tu Iglesia siempre vencedora y jamás vencida» (79).

«Hace setenta y tres años fui regenerada con las aguas del bautismo. ¡Qué felicidad tan grande, ser hija de la Santa Iglesia Católica y Romana! Gracias, Jesús mío, infinitas gracias os doy cada día, especialmente en esta fecha» (80).

Con el Papa su amor era de verdadera hija. Estaba pendiente de las fechas importantes de su pontificado para felicitarle, Navidad, onomástico... Todo lo que se refería al santo Padre le interesaba en grado sumo. A Pío X le profesó particular cariño y devoción; le llamaba «mi santo Padre»; para su canonización envió varias Hermanas a Roma.

«Estoy contentísima porque a mi santísimo Padre el Papa Pío X lo beatificarán pronto; espero que él tendrá un recuerdo especial para esta humilde Congregación.

Oh, Madre amantísima, así como veremos en los altares al amadísimo Papa de la Eucaristía, así vean en los altares los que vivieren al gran Pontífice que proclamó el dogma de tu Concepción Purísima. Así sea» (81).

Con motivo de la canonización de Pío X escribe: «Pasó el día, tan esperado y tan deseado, de ver en los altares a mi santo Padre Pío X; con letras de oro y con sangre de mis pobres venas quisiera escribir su nombre... ¡Cuánto ejemplo nos has dado, santo Padre! Tu vida toda fue un modelo de perfección: tu gran humildad fue el más bello eslabón dela hermosa cadena de tu santa vida.

Ahora, Señor, podéis llevar a vuestra pobre e inútil sierva porque ya mis ojos han visto lo que esperaban y deseaban. M. M. Año mariano» (82).

En junio de 1966, cuando sufrió la gravedad que la postró hasta la muerte había pasado unos días totalmente inconsciente, y precisamente el día aniversario del pontificado de Su Santidad Pablo VI se incorporó en la cama y dijo: «Hoy es el día del Papa.» Todas nos quedamos sin articular palabra por la sorpresa. Estábamos esperando un desenlace y la oímos hablar preguntando si le habíamos puesto cable, felicitándolo. Al responder que no nos habíamos acordado, inmediatamente dijo: «Envíenlo.» Le dijimos que eran las ocho de la

noche y que lo haríamos al siguiente día, a lo que respondió: «No importa, yo lo voy a dictar.» Y mandó traer papel y dictó en forma sencilla el texto del cable y dijo que lo mandásemos a esa misma hora para que fuese con la fecha del mismo día. Creíamos todas que estaba sin conocimiento, aun el médico que estaba a su cabecera; todos nos quedamos admirados de semejante reacción.

Como expresión de su gran amor a la Iglesia escribió la siguiente protesta ante el Santísimo Sacramento:

«Tomo la resolución de perseverar siempre invariablemente adicta a la Santa Sede, al Soberano Pontífice, centro de la unidad católica, Pastor universal y Padre espiritual de todos los creyentes. Veneraré en él al Vicario de Jesucristo; y puesto que conozco las tribulaciones que le hacen sufrir muchos de sus hijos, puesto que sé cuánto gime, en vista de los inmensos males que afligen a la Iglesia, tomaré tanta parte en sus dolores como toma una hija en las desgracias de su padre y de su madre; me esforzaré en dulcificar sus penas, cuanto me sea posible, en consolarle con mi afecto, y sobre todo en unir mis oraciones a las de tantas almas piadosas que no cesan de suplicar al Señor, en unión de la Santísima Virgen, a fin de que ilumine con su divina gracia a los enemigos de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana; Él nos dé la verdadera paz» (83).

Quien ama intensamente al Hijo no puede dejar de amar a su Madre. Así nuestra Madre profesaba un tierno y filial amor a la Santísima Virgen. Las celebraciones marianas constituían para ella motivo de gran regocijo. Estableció entre nosotras días de asueto todas sus fiestas.

Citamos algunos de sus escritos:

«Virgen Santísima, ¿cuándo tendré la dicha de verte en la plenitud de tu hermosura? ¿Cuándo tendré la dicha de poseerte en el cielo? Me parece oír a mi Jesús, que me dice: "Hija mía, ¿no soy yo tu cielo?" ¿Qué más cielo que yo mismo en el sacramento de mi amor?» (84).

«... Mañana grandioso día para mi alma; la Inmaculada es mi gran fiesta: es el día de mi Madre; celebra la Iglesia la proclamación del más simpático de los dogmas...» (85).

«Amada Madre mía, tú sabes todo lo que siente mi alma al oír: "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros." Es grande, muy grande lo que siento. ¡Cuán grande es este misterio! Mi alma se llena toda de él.

¡Oh misterio admirable, tú llenas toda mi alma! Estos dos misterios: Encarnación y Eucaristía, son los encantos de mi vida. Tú fuiste, Madre adorada, el primer tabernáculo, donde estuvo el muy encantador y dulcísimo Jesús» (86).

«Hoy, día de tan gratísimos recuerdos, hice mi retiro mensual. Hoy, Madre adorada, hace cuarenta y un años que llevo tu santo escapulario, y de aquella feliz y encantadora llamada de tu adorable Hijo. Oh Madre querida, bajo la popularísima advocación del Carmen, cuántas gracias me habéis dispensado a ésta tu última esclavita» (87).

«Madre mía, no me abandones, haced que posea a mi Jesús en el cielo y a ti, Madre incomparable, eternamente. Así sea» (88). El 4 de diciembre de 1950 dice: «Desearía vivir y morir cantando el Magníficat.»

«Hoy es víspera de la gran fiesta de mi adorada Madre, ¡su gloriosa Asunción! Gracias, Madre querida, que pude hacer mi retiro.

Hoy, como siempre, medité en tu humildad y demás virtudes que adornan tu virginal alma» (89),

(83) Op. cit., pp. 424-425 (sin fecha).

(84) Op. cit., 1° de octubre de 1919, p. 68.

(85) Op. cit., 7 de diciembre de 1925, p. 112.

(86) Op. cit., 16 de julio de 1934, pp. 198-199.

(87) Op. cit., 7 de diciembre de 1934, pp. 202-203

TRABAJO. OBSERVANCIA. CRUZ

No desperdiciaba un minuto de tiempo; creo que había hecho voto de no perderlo, pero siempre con una gran paz. Recuerdo que un día en que me encontraba muy afanada queriendo terminar una ocupación me llamó y dijo: «Haga cada acción como si fuese la última; yo no cuento sino con este momentico; por eso debemos hacer nuestras acciones como si fuesen las últimas de nuestra vida y con mucha paz.»

Todo procuraba hacerlo tan bien y con un orden tan maravilloso que parecía tener un método para cada acción. Y lo que más admiraba era la paz y serenidad con que siempre actuaba, sea cual fuere la situación y las circunstancias...

Fue muy observante, exacta en el cumplimiento de la Regla y Constituciones. Religiosa verdaderamente comprometida que vivió su consagración hasta las últimas consecuencias.

¡Con qué prontitud atendía al toque de la campana! Decía: «Nos han llamado a la alabanza divina, ¡qué encanto!» Disponía todas sus ocupaciones de modo que al primer toque pudiera responder inmediatamente. ¡Qué fidelidad! Ya en sus últimos días, cuando la enfermedad la postró en cama, al toque de la campana hacía un esfuerzo para levantarse en señal de querer atender a la campana, al llamado de Jesús. Veamos su propio testimonio:

«Creo que no tengo descuidos en la observancia; la amo hoy como el primer día que tuve la dicha de entregarme al divino servicio; siempre he tratado de hacer observar todo, al pie de la letra; más bien me parece que soy demasiado exagerada. No me arrepiento. Pasé un tiempo un poco descuidada por enfermedad y demasiados cuidados, por prescripción médica. Mucha tristeza me da el haber hecho tanto caso, pero desde 1919 me hizo comprender mi buen Jesús que me estaba haciendo mal. Hacía mi oración a las nueve, y desde el 13 de junio de 1920 no he dejado un solo día de levantarme a la oración, pues aun

estando enferma, al toque de la campana me he sentado en la cama... ¡Tú todo lo sabes, mi divino Salvador, y sabes el por qué de aquellos terribles tiempos! ¡Cuánto he sufrido por ello! ¡Qué terribles son algunas almas para sugestionar a los débiles! Ten misericordia de mí, Señor» (90).

«Quiero que mi vida se deslice entre el calvario y el altar, entre la cruz y la eucaristía» (91).

Este deseo se hizo realidad; su vida fue una continua inmolación. Muchos fueron sus sufrimientos físicos y morales, los cuales iba a ofrecer de continuo a los pies del augusto Sacramento.

Fue muchas veces incomprendida, calumniada; en todo estuvo sometida a la voluntad divina, y aun a la de sus criaturas. No era capaz de comerse ni un pedacito de pan sin pedir autorización a la Hermana que la cuidaba. Todas somos testigos de esta gran sumisión. Asequible, complaciente, siempre estaba a la disposición de todos y a hacer cuanto le pedían las Hermanas, sacarle fotos, oír y ver cualquier cosa que se les ocurría. A veces la llamaban para presentarla a algunas personas o grupos de alumnas que la querían conocer, y allá iba ella sin objetar nada; lo cual constituía para ella motivo de vencimiento, de sufrimiento, dada su humildad, su deseo de permanecer oculta y su tendencia al recogimiento y al silencio,

En sus apuntes de retiro dice:

«Oh buen Jesús, hoy más que nunca me encuentro abatida; ¿qué hacer, mi buen Esposo? Tened misericordia de mí, no sé qué hacer, Jesús mío, me faltan las fuerzas. ¿Sólo yo deberé cargar con mi cruz?» (92).

«¡Dios mío, qué terrible ha sido la mañana de hoy para mí! ¡La tempestad fue horrorosa, no hay más allá! ¡Qué fuerte fue, mi dulce Esposo; pero qué gracia tan especial me concediste! Yo no me he cansado de bendeciros en este día y daros gracias. ¡Qué tempestad más horrible, y sin tener a dónde volver, Jesús mío! Tú sólo sabes lo que pasó por mí: llegué a nuestra celda, recosté mi cabeza sobre el cuadro de mi Santo Padre Pío X, y lloré» (93).

«Treinta y tres años hace que hago mi retiro en esta santa casa; hoy será el último. Cuántas lágrimas me cuesta dejar esta casa (se refiere a la casa antigua del asilo Inmaculada); sobre todo esta querida capilla. Ella ha sido testigo de mis penas, lágrimas, sinsabores y alegrías (94). «¡Bendito seas, mi Jesús, bendito seas! ¡Bendita seas, Madre querida! Bendecidme» (95).

Mucho atribulaba a su eucarística alma el pasar un día sin comulgar; así escribe:

«¡Día feliz! Oh, mi celestial Esposo! Hoy, día de la exaltación de la Santa Cruz, ¡a qué amargura tan grande habéis sometido a mi pobre alma!» (96).

Fue muy austera y penitente, Hoy causa admiración el contemplar los cilicios y demás instrumentos de penitencia que utilizaba para mortificar su débil cuerpo.

Pasó amando y reparando. Lo pudimos advertir en su espíritu de sacrificio. A todas las que convivimos con ella nos consta cómo en su hablar, mirar, comer, dormir y en todo su actuar se veía su gran espíritu de mortificación.

Motivo de penitencia fue también para ella su delicada salud; sufrió varias gravedades, por lo cual tenía que someterse a cuidados y tratamientos muy mortificantes para ella, como lo da a conocer en sus escritos.

Su vida, como la de todas las almas escogidas, estuvo marcada con el sello de la cruz.

En las almas muy unidas a Dios Nuestro Señor, brota espontáneamente el deseo de ofrecerse como víctimas, para identificarse con su Amado; así nuestra Madre, según consta en los apuntes correspondientes a los años 1920, 1923, 1928, a 1930 y otros, se ofrece como víctima por Venezuela, por la Iglesia, en reparación de los ultrajes cometidos contra el adorable Sacramento.

En 1920 hace un acto de completa aceptación de la voluntad de Dios: «Jesús mío, si tu voluntad quiere aún alargar mi vida, me someto a tu

divino querer, y acepto la vida, en expiación de mis pecados, por mis queridas almas del purgatorio; y por todos os ofrezco desagraviaros, por los innumerables ultrajes que recibes en el por siempre adorado Sacramento» (97).

«¡Oh Jesús mío, aunque indigna de ofrecerme como víctima, lo hago con todo mi corazón! Hace algún tiempo que siento un deseo muy grande en mi alma, y oí que Tú me pedías algo más.

Comprendo que ese algo, que me pedías, era el que me ofreciera como víctima para reparar los ultrajes que sufres y recibes, y por la conversión de mis queridos pecadores. Sí, Jesús mío, desde el día que formalmente lo hice, se me quitó lo que sentía en mi interior.

Héme aquí dispuesta a lo que Tú quieras. Tú eres el sacrificador; héme aquí en tus manos. Bien sabes que no soy sino una pequeña alma, que no poseo nada más que una gran voluntad de trabajar mucho por reparar y salvar; Tú harás lo demás» (98).

«Hace tiempo, Jesús mío, que sufro al pensar si alguna vez nuestra querida Venezuela cae en manos de un gobierno sin religión y sin fe.

De nuevo te ofrezco el sacrificio de mi vida por esto. Es verdad que ella no vale nada, pero, oh mi Jesús, si os dignárais aceptarla... te doy gustosa esta vida que es vuestra y que me la habéis dado.

Acepta, mi buen Esposo, este sacrificio, por esto y por el bien espiritual de nuestra Congregación,

¡Acepta mi vida, Jesús mío!» (99),

«... ¡Oh Jesús mío, cuántas cosas quisiera decirte esta noche! Muchas cosas te he pedido hoy para nuestra querida Venezuela. Me aterra pensar en la terrible consecuencia de la guerra, ¡Qué horror! ¡Jesús mío, qué horror! Te pido y espero que me oigas. ¡Te suplico, Esposo de mi alma, que yo muera antes de presenciar cosas tan terribles! ACEPTA EL SACRIFICIO DE MI VIDA» (100).

«Ay, Jesús mío, sufro mucho, Me angustia sobremanera lo que pasa en la Iglesia; os ruego por el clero venezolano y extranjero; remedia las

grandes necesidades de la Iglesia, Jesús mío, y no permitáis que ninguna secta impía la persiga. Oid mi súplica; Tú sabes cuál es:

Si mi vida valiera algo, gustosa te la ofreciera por el remedio de este conflicto. Acéptala, Jesús mío, aunque nada valga» (101).

«Aquí está mi vida, no vale nada, lo sé, pero os la ofrezco, aceptad mi pobre sacrificio. Jesús mío, no nos abandones un solo instante. Bendecidme» (102).

Por estos escritos podemos comprobar que fue un alma que mucho amó. Y por eso quiso vivir reparando y sufriendo.

(89) Op. cit., 14 de agosto de 1935, pp. 208-209.

(90) Op. cit., septiembre de 1945, pp. 293-294.

(91) Escritos de nuestra Fundadora, 1915

(92) Ibídem, 1928

(93) Escritos de nuestra Fundadora, 21 de octubre de 1925, páginas 107-108

(94) Se fue a Caracas para no presenciar la mudanza. La casa fue cedida por el general Eleazar López Contreras, presidente de le República.

(95) Escritos de muestra Fundadora, 27 de mayo de 1939, páginas 239-240.

(96) Op. cit., 14 de septiembre de 1924, p. 91.

(97) Escritos de nuestra Fundadora, diciembre de 1920, p. 74.

(98) Op. cit., 6 de Junio de 1923, pp. 87-88.

(99) Op. cit., 13 de octubre de 1928, pp. 145-146.

(100) Op. cit., 14 de agosto de 1929, pp. 154-155.

SUS ULTIMOS AÑOS

Una vez nombrada en el año 1960 la nueva Superiora General, al comienzo de las visitas a las casas locales nuestra Madre la acompaña. Tenía para entonces ochenta y cinco años, Visitan las casas de Coro, Maracaibo, San Felipe, Barquisimeto, etc.

En Coro se le enferma la Superiora, y ella, temiendo que pueda agravarse, dispone trasladarla inmediatamente a la casa de Maracay, por disponer de más recursos médicos. Le hace preparar ella misma un remedio casero y se encarga por el camino de ir administrándole a ratos la medicina. Antes de llegar a Maracay, viendo que ha mejorado disponen bajarse en Valencia y continuar las visitas.

En otra oportunidad con la nueva Superiora hace otra gira por los Andes y llegan hasta Colombia; existe la ilusión de una fundación en aquella nación, tan querida para ella.

Al llegar a San Felipe se detiene para visitar a una de las Hermanas que se encuentra muy enferma, en estado casi agónico. Tratan de impedir que continúe el viaje la Madre, pero ella, después de animar a las Hermanas, dice que urge proseguir su viaje. Daba a entender: la Hermana ya no necesita nada de la tierra, y según sus méritos irá a las bodas eternas, prometidas a los fieles servidores. Por lo pronto urgía aquella exploración de terreno para abrir nuevos caminos en bien de las almas.

Decidida, emprendedora, nada le arredra cuando se trataba de actuar; no pensaba nunca en los fracasos; siempre fue muy optimista.

Siguió, pues, su viaje, el último por esos lugares tan distantes de su terruño de Maracay. Llegó, como se había propuesto, hasta Pamplona —Colombia—, donde pasó unos días en casa de unas religiosas.

De este viaje regresó muy satisfecha con el ideal de una fundación, la que por escasez de personal y por determinación del Capítulo General de 1960, de no abrir más casas, hubo de aplazarse. Para los viajes

estaba dispuesta, pero siempre le debía mover algún interés por el bien común (*).

En cuanto a dejar a la Hermana en aquel estado de gravedad y continuar su viaje se explica por las razones antes expuestas; pues es de todas bien sabido que se preocupaba muchísimo, cuando sabía que alguna de sus hijas estaba en plan de marcharse a la casa del Padre.

En uno de sus coloquios con el Señor se le ocurre preguntarle: «¿Cuándo me llamarás a estar gozando plenamente de Ti?» Y nos dijo que había oído perfectamente que un año terminado en seis. Su gravedad, que fue la última de la que no se recuperó más, tuvo lugar el 6 de junio de 1966 (6666).

El año 1963 sufre una trombosis en una pierna, y debido a un medicamento que se le aplica, de acción muy fuerte, se quema la piel, causándole grandes dolores. Manifiesta que se siente muy mal y que desea preparar sus cosas. Pidió consultar al señor Nuncio si podrá ser posible que, en caso de fallecer, la entierren en la capilla de nuestro primer asilo, en la puerta de la sacristía en donde acostumbraba arrodillarse para orar.

«QUIERO (DICE) QUE MIS HUESOS ESTÉN PERENNEMENTE DANDO GRACIAS Y ALABANDO AL DIOS QUE TANTO HE AMADO EN LA TIERRA.»

Mostró una cruz de madera, que siempre tenía en su celda, sobre la cual quería que se colocaran dos azucenas, atadas con una cinta blanca y una ramita de esparraguillo verde. Dicha cruz se la debíamos poner entre las manos, y enterrarla con ella atada sobre su pecho.

Pidió además que hiciesen traer una urna que hacía muchos años le había hecho su hermano Octaviano por complacerla. Una urna de madera de Pino sin forrar; dijo: «En esa, y no en otra, quisiera que me pusieran.»

Solicitados los permisos, se le participó al Obispo de la diócesis, Monseñor Feliciano González, quien se trasladó al asilo para tomar informes personalmente. Al ver el sitio escogido por ella no aceptó su

decisión, pues le pareció más conveniente al lado del altar del Santísimo donde en otros tiempos, al ser instalado por primera vez, de tanta emoción sufrió un síncope, hasta el punto de temer por su vida.

Pasó el año 1963 con muchas molestias, las que fueron lentamente superándose. El 23 de abril de 1964 se le presenta un dolor agudísimo en el ojo derecho. Llamamos al doctor Garmendía y éste dispone hacer una operación.

Antes de comenzar la operación le revisa detenidamente el ojo y con gran sorpresa comprueba que el peligro ha desaparecido y que por tanto no es necesario practicarla.

Pasado un año le recomiendan que vaya a verse de la vista en Caracas, pues ha comenzado a sentir nuevamente la molestia en el ojo. Vamos a un famoso oftalmólogo y el médico ordena dejarla un tiempo cerca para controlarla. La llevamos a nuestra casa de Los Teques para hacerle el tratamiento.

Todo el mes de junio y parte de julio estuvimos asistiendo a las consultas. Al tenerla entre nosotras en aquellos dos meses, aprovechamos al máximo sus conversaciones, que iban encaminadas a darnos a conocer muchos detalles históricos de la Congregación, y que, sin que ella lo advirtiese, los grabábamos en cintas magnetofónicas, que nos han servido luego para estos apuntes.

Le hacíamos preguntas sobre su infancia, los principios de la Congregación, etc. Unas Hermanas le preguntan si era cierto, como se ha oído decir, que ella, antes de fundar nuestra Congregación, había pertenecido a las Hermanitas de los Pobres, y respondió: «Muchas gracias. NUNCA PERTENECI A NINGUNA CONGREGACION. ESO ES UNA CONFUSIÓN CON ALGUNAS DE LAS NUESTRAS, COMO HERMANA AGUSTINA, MARÍA JUSTINA Y OTRAS.»

Y aquí narra todo el comienzo de su vocación, y cómo nuestro Padre López Aveledo le invitó a fundar la Congregación, etc. Manifiesta además que quizá están confundidas con la Fundadora de las Hermanas Catequistas de Lourdes, La Hermana Enriqueta, la cual sí perteneció a nuestra Congregación; era persona de gran talento y

mucha iniciativa, y quiso junto con el Padre Jiménez fundar una Congregación, en donde se diera preferencia a la enseñanza catequística. En honor a la verdad esta Congregación ha hecho mucho bien por los ámbitos de la Patria.

Nuestra Madre continuó narrando cómo esta benemérita Madre Enriqueta, antes de su muerte, le pidió que fuese a verla, y dicen las Hermanas que fue conmovedor aquel encuentro: dos almas que se dieron un abrazo de paz y que sólo desearon la gloria de Dios y el bien de las almas...

El médico, aun cuando no nos manifiesta ningún fallo sobre el proceso clínico de la vista, le da un plazo hasta octubre, y ordena una serie de medicinas, para ver si cede el glaucoma. No sabemos si tal vez, para no desanimar a la enferma, no quiere darle de alta con carácter de desahucio.

En septiembre vuelve a ver al médico, y éste, consciente de que el glaucoma está pasado, sin desalentar a la paciente, con gran delicadeza le prescribe un tratamiento de por vida, y le dice que no necesita se esté molestando en volver; si acaso tuviese alguna manifestación muy fuerte, con mucho gusto le atenderá. Le aconseja ir todavía un día más, para practicar un tratamiento que él mismo le hacía y la da por despedida. Al saber que el día siguiente sería la última vez que iba quiere obsequiarle una Biblia, ya que le ha atendido sin exigir honorarios, y se la mostrado tan atento y comprensivo con ella. Al entregarle el regalo al médico, éste con gran finura le pide se lo dedique, y en su mismo escritorio le prepara lo necesario para que lo haga de su puño y letra; así aprecia también cómo ha mantenido su «rayito de luz» —como decía ella— que el Señor le permitió conservar hasta el último día de su vida.

Se sienta y escribe en el libro: «Al muy apreciado doctor Talayero: agradeciéndole sus atenciones para conmigo. Madre María.»

Al salir dijo con un dejo de tristeza: «Me engañó el doctor, me hizo ver una cosa y es otra. Paciencia. Hágase, Señor, tu voluntad.»

La entusiasmamos para ir a un iriólogo que aconsejó una persona amiga, y se le consigue la cita. Aun cuando iba un poco desanimada, accede; quiere, hasta el último momento, tener la satisfacción de haber empleado todos los medios humanos para conservar el precioso tesoro de la vista.

Vamos al iriólogo quien después de examinar sus ojos la saca con mucho cariño de su consultorio, y llama a quien esto escribe y le dice: «TU MADRE ESTA MUY MAL, EN EL IRIS HE VISTO SU MUERTE PROXIMA. LLEVALA CON MUCHO CUIDADO, PUES EN EL MISMO CARRO SE LES PUEDE QUEDAR MUERTA.»

Quiso ella ir a la casa nuestra, colegio La Divina Pastora, y de allí a la tumba del doctor José Gregorio Hernández; tiene mucha fe en los médicos del cielo, y como si reviviera en ella una esperanza dice: «Si es voluntad de Dios, El me dará lo que le pido por intercesión del doctor José Gregorio Hernández» (**).

Fuimos al colegio La Divina Pastora, y después del almuerzo nos despedimos para ir al cementerio a la tumba del siervo de Dios. A la salida, al despedirse de las Hermanas, les dice: «ES LA ULTIMA VEZ QUE VENGO.» Las Hermanas protestan, pero afirma moviendo la cabeza: «NO VOLVERÉ».

Después de la visita al cementerio desea ir al colegio Santa Rita, porque está persuadida de que es la última vez que viene a Caracas. Así lo hacemos, y allí, a pesar de que creíamos sería un breve saludo, las Hermanas se empeñan en hacerle el obsequio de unos numeritos de canto y música; las niñas más adelantadas en tocar algunos instrumentos quieren presentarle sus progresos. Terminado el famoso concierto improvisado se levanta para decir adiós, y desde la más pequeña hasta la más grande todas quieren besarla. Aquella fue una despedida muy particular; parecía que las niñitas estaban avisadas de que esa era realmente la última vez que visitaba aquella casa tan querida para ella.

Al salir y despedirse de las Hermanas les dijo igualmente: «HASTA EL CIELO; SERÁ LA ULTIMA VEZ QUE VENGO.» Había captado el

diagnóstico del iriólogo. Para ella era motivo de alegría tal noticia. Ya en sus apuntes de retiros había escrito:

«Hoy mismo he hecho un acto completo de conformidad. Tú sabes que toda mi vida he tenido ardientes deseos de morir; gran violencia me he hecho para pronunciar este acto, pero tengo que obedecer; me dicen que no debo desear morir, sino vivir hasta que Dios quiera; por supuesto, TU SABES, SENOR, QUE QUIERO MÁS SUFRIR MIL AÑOS DE PURGATORIO, QUE VIVIR UN SOLO DIA, pues el temor de perderte me atribula sobremanera; pero hoy os digo con toda mi alma:

JESUS MIO, QUIERO LO QUE TÚ QUIERAS;

Y NO QUIERO NI VIVIR, NI MORIR.

QUIERO MORIR, CUANDO TÚ LO QUIERAS,

Y COMO LO QUIERAS. NO DESEO SINO

VIVIR EN TI Y EN TI MORIR (103).

Treinta y cinco años después escribe:

«VIVO PENDIENTE DE LA MUERTE; SIEMPRE HE VIVIDO ASI, PERO NO TENDRE TRANQUILIDAD HASTA QUE NO ME VEA EN LA COMPLETA POSESION DE MI DIOS Y ESPOSO.»

Su alma, como se ve, estaba totalmente desasida de todo lo terreno; sólo quería el querer de su Dios, en un continuo: HAGASE SEÑOR...

Le pedimos que se quedara unos días más en Los Teques, pero no accedió más que uno sólo, y así el 23 de octubre se fue, aun cuando a nosotras nos prometió volver, para ver los trabajos ya comenzados en el nuevo edificio que construíamos para el noviciado.

En noviembre de ese mismo año, el día 29 está haciendo una de las Hermanas el mes de ánimas y ella se encuentra a su lado. De pronto pierde el conocimiento y se desmaya. Se llama al médico y diagnostica un principio de hemiplejía, lo cual, combatido rápidamente, fue superado.

En enero los trabajos del noviciado están para concluir, y le avisamos que venga a verlos. Dispuesta como siempre emprende viaje para conocer el nuevo edificio y además para dar su opinión sobre la

celebración del Capítulo General de la Congregación, ya que ha concluido el período de gobierno y debe celebrarse el próximo mes de febrero. No teniendo comodidad en Maracay, pues últimamente se han presentado varios inconvenientes, no se ha decidido todavía sobre el lugar donde se va a efectuar.

Al ver nuestra Madre el edificio casi concluido, aun cuando le faltan las puertas, ventanas, luz y agua dice: «Todo esto se puede superar, la luz pueden ponerla improvisadamente y lo demás poco a poco lo irán organizando; pásense y tengan el Capítulo aquí.»

Gentil y generosamente nos ha ofrecido su casa, para celebrar los actos capitulares, la Madre Cristolina Luckert, Superiora General de las Hermanitas de los Pobres. Se lo consultamos a nuestra Madre, y después de considerar la gran bondad de la Madre, nos dice: «Agradézcanle mucho a la Madre Susana —como ella la llamaba— y que Dios le pague su gran caridad, pero es mejor que se pasen para la casa en la forma que está, y ustedes mismas la irán terminando.»

El traslado se hizo el 5 de febrero de 1966.

La capilla no se pudo acabar hasta el año 1970, tres años después de la muerte de la Madre. El día de su solemne bendición hicieron acto de presencia Monseñor Juan José Bernal, Arzobispo-Obispo de Los Teques; Monseñor José Alí Lebrún, Obispo de Valencia, y Monseñor Feliciano González, Obispo de Maracay (***).

(*) En Colombia fundó la Congregación una casa en Yolombó, que luego fue suprimida. En 1979 ha abierto un centro en La Unión (Antioquía)

(**) José Gregorio Hernández es un notable médico venezolano, que vivió y murió en olor de santidad. Es muy popular, y muy visitada su tumba.

(103) Escritos de nuestra Fundadora, 9 de octubre de 1922, páginas 80-81.

(***) Monseñor José Alí Lebrún, hoy arzobispo coadjutor de Caracas, con derecho de sucesión, es un muy ferviente admirador de la Madre María de San José.

ESPECIALES CONFIDENCIAS

El día 2 de junio enfermó en Maracay. El médico diagnosticó bronconeumonía. La ordenó acostarse, pues la encontró levantada, «no obstante la fiebre tan alta que tenía. Al salir el médico llega de visita el doctor Oscar Beaujon, de Coro, quien tiene encargo de su padre de tomarle una fotografía; son antiguos conocidos, y la pide un retrato suyo. Le advertimos sobre el estado en que se encuentra nuestra Madre, pero él se empeña en sacarle la fotografía en la cama. Creemos que ella no va a aceptar; tan delicada como siempre había sido no le gustaba que nadie la viese acostada. Pero con gran extrañeza nuestra dice: «SI, DÍGANLE QUE PASE.» Y al manifestarle el mismo interesado el objeto de su visita, dice con la naturalidad y complacencia de siempre: «ARRÉGLENME LA ESCLAVINA.» Nos quedamos admiradas y preguntamos: ¿Pero, acostada? —Sí—. La incorporamos un poquito con las almohadas, y lista para el retrato... Gracias a esta feliz casualidad tenemos un retrato del mismo día de su gravedad.

Al irse esta visita, se presenta otra muy importante. Es el señor Obispo de Barcelona, Monseñor Ángel Pérez Cisneros, quien viene con su hermana, y manifiesta deseos de verla. Esta fue la última vez que, consciente, les vio; pues pasados unos días se agravó y casi perdió el conocimiento. Para el prelado también fue difícil volver por razones de salud y otros motivos. Ella lo había estimado muchísimo desde pequeño y le agradó mucho verlo. Monseñor le dio la bendición de los enfermos y la bendición papal.

La fiesta del Corazón de Jesús a pesar de su estado se celebró con gran solemnidad; hubo exposición mayor y procesión con altares de Corpus. Al saber ella la festividad que se acercaba había dicho que no fuesen a dejar de celebrarla por su enfermedad, que estaría unida desde su cama. Así lo hizo y decía: «¡Qué lindos están los altares!», como si los estuviese viendo. Y preguntaba: «¿Quién ha traído tanta belleza para mi cuarto?» Uno de estos días dijo haber visto jóvenes bellísimos que entraban a su cuarto; según los describía, parecían ángeles.

El día 16 de julio sufrió una asfixia tan fuerte que tuvimos que recurrir al médico. En uno de estos días llega una Hermana y la dice: «Madre, ya que ha mejorado, la vamos a administrar la extramaunción.» A lo que ella responde con una sonrisa singular: «Cómo no, pero yo sé que todavía no será la partida.» Y se le administró el sacramento con toda solemnidad. Después dijo: «Creyeron que me estaba muriendo, pero no, todavía no es...»

El día 15 de agosto, fiesta de la Asunción, lo pasó en completo silencio, no obstante haber estado los días anteriores hablando mucho en una forma muy elevada y celestial, recordando pasajes del Cantar de los Cantares. Tampoco quiso este día tomar medicinas mi ninguna clase de alimentos. Sabíamos que estaba consciente, pues al ofrecerle algo nos hacía señas de no querer nada, pero no manifestaba el por qué de aquella actitud.

Los meses de septiembre a diciembre estuvo en plena lucha, A partir de septiembre manifiesta claramente que el demonio la está tentando: no ha hecho nada, está perdida, tiene las manos vacías, se va a condenar. A veces decía estar en un abismo horrible, en el infierno, que estaban atormentando un alma. Nos pedía oraciones.

El día 16 de agosto, en la madrugada, hacia las cuatro de la mañana se sienta en la cama, y viéndonos cerca de pronto pregunta por qué le hacemos compañía y por qué nos encontramos en su cuarto. Al decirle que es debido a su enfermedad empieza como a recobrar totalmente el conocimiento. Pregunta si ha comulgado todo este tiempo, cómo lo ha

hecho, si se la había visto prepararse y dar su acción de gracias. Se le responde afirmativamente, y que lo había hecho con toda formalidad, lo cual era cierto.

Durante todo el tiempo de su gravedad a la hora de la misa la llevábamos un altavoz para que pudiera seguir todos los momentos del Santo Sacrificio, previniendo que pudiese tener algunos momentos de lucidez.

Durante la consagración, y al aproximarse el momento de la comunión, se la veía adoptar tal compostura y reverencia, que estábamos seguras que recibía a conciencia al Señor. Después se mantenía por mucho rato con las manos juntas y en acción de gracias. A pesar de su estado nunca dejó de recibir a Nuestro Señor. Cuando se tocaba la campana para los actos de comunidad, se la notaba que caía en cuenta y que se unía espiritualmente a éstos.

Aquel día 16 de agosto tuvo especiales confidencias. Manifestó su agradecimiento al Señor por los beneficios recibidos. Habló de algunas religiosas que habían salido de nuestro lado, y cómo Dios tomaría en cuenta su falta de correspondencia al beneficio inmenso de la vocación. Le extrañó cómo no había muerto de aquella gravedad; pero dijo: «Tengo la seguridad que de aquí no me levanto; esta es mi última enfermedad.» Muchas otras cosas manifestó respecto de su vida pasada; las exigencias y penas que el Señor le había pedido, etc., y lloró muchísimo, como no se la había visto nunca llorar... Después de este día, se recuperó un poco, pero su estado siguió siendo muy delicado.

Pasaba unos días mejor, y de pronto le volvía su estado de gravedad. Así pasamos muchos meses en esta incertidumbre y angustia. Mucho sufrió en estos últimos días; se veía estar junto al infierno por la deficiencia de sus obras; sentía a los demonios dando gritos espantosos y le parecía que iba a caer en ese abismo. Fueron días de verdadero martirio para ella y para las que nos tocó verla en tan angustioso estado.

El 31 de diciembre en la noche quiso asistir a la santa misa y pidió la llevásemos a la sacristía al puesto que siempre había ocupado.

Continúa el proceso de caídas y levantadas, hasta fines del mes de marzo, en que tuvo lugar la Semana Santa. El miércoles y jueves santo sigue los actos del día, acostumbrados por la comunidad. El viacrucis lo hace de rodillas, como si estuviese en sus mejores tiempos y con los brazos en cruz; esto nos preocupaba, pero nos hace señas de que podía, que se sentía fuerte.

El viernes santo, tal vez debido al esfuerzo que ha hecho, se debilitó demasiado, y tuvo un grave malestar. Es de advertir, que en nuestra casa no celebraban los oficios del día, y que a ella le traía la comunión en la mañana un sacerdote quien, debido a sus ocupaciones, no pudo llegar temprano.

El sábado santo lo pasó muy mal; igualmente el domingo de Resurrección.

Así, consciente de que se acercaba ya la fecha de su partida, nos va haciendo las siguientes recomendaciones;

—No quisiera que se unieran a otra Congregación; procuren mantenerse como Hermanas Agustinas Recoletas.

—Vivan muy unidas; quiéranse mucho.

En uno de estos últimos días expresa un deseo que siempre había acariciado con mucho entusiasmo y que manifestó mucho antes de enfermarse

—Quisiera que, entre nosotras, surja un grupo de adoradoras, que día y noche estén alabando al Señor.

Pero ¿tendrían otro reglamento?

—No, de ninguna manera.

Así como cumplen las otras sus obligaciones, la de ellas sería adorar al Santísimo Sacramento.

En un futuro puede ser que este ideal se convierta en realidad: SI ES LA VOLUNTAD DIVINA.

El lunes de Pascua tiene una reacción de mejoría, hasta el punto que parece va a recobrar la salud completamente. Las Hermanas de las casas lejanas, como las de Maracaibo, deciden regresar al ver su mejoría. Pide la llevemos a su querida oficina, en donde tantos años hizo las hostias y se dedicó a tantos menesteres en honor del Señor de los señores. Este mismo día pidió que se le leyese la vida de la Madre Sacramento, que en sus días de convalecencia se le leía por exigencia suya.

El martes de Resurrección fue aún más impresionante su mejoría: por la mañana, al levantarse, siempre le ayudábamos en su arreglo personal, pero aquel día no fue preciso, muy poco necesitó nuestra ayuda. Rezó sus oraciones vocales con tan buena voz como en sus tiempos de joven. Asistió a la misa, y antes de la consagración, como exprofeso le habíamos quitado el reclinatorio para evitar que se arrodillase, lo hizo en el suelo. En tono de regaño y medio en broma la obligamos a levantarse y a tomar su reclinatorio, y dice: «¿Por qué no lo han puesto?» Después de la comunión se queda de rodillas mucho tiempo, sin dar señales de haber terminado la acción de gracias. Eran las seis y treinta de la mañana; esperamos una hora y le advertimos el tiempo que llevaba de rodillas; nos hace señas que esperemos. Pasa otra hora, las ocho y treinta, y casi a la fuerza la hacemos levantar para que tome algún alimento. Terminado el ligero desayuno, el mismo de toda su vida, sigue su acción de gracias casi hasta las nueve.

Todo su ser respiraba piedad. Se la veía que estaba completamente penetrada de su Dios. Aquel día lo pasó como ensimismada. De cuando en cuando repetía su jaculatoria preferida: «¡AY, DIOS! ¿POR QUÉ NO TE AMAN COMO MERECES?» Guardaba silencio, rezaba y volvía a lamentarse: «¡AY, DIOS! ¿POR QUÉ NO TE AMAN COMO MERECES? ¡EL AMOR NO ES AMADO!»

SU MUERTE. EXEQUIAS

En este día está tan consciente que casi nos da miedo, pues siguiendo los diferentes actos de comunidad, y todo el orden del día, tememos pueda tener una recaída.

En la noche le ofrecemos ponerle un disco, «El Cristo Roto», y le preguntamos si no le molesta oírlo, y dice: «De ninguna manera.» Minutos antes de rezar las últimas oraciones manifiesta ver como «unas maripositas amarillas». Pensamos que será cosa de la catarata, y ella indica: «¿Será que Nuestro Señor me va a quitar ”el rayito de luz”?» Respondemos: no; dígale que no se lo quite todavía, recuérdele que usted se lo ha pedido mucho. Con gran sorpresa para las que escuchábamos, contesta: «YO SOY TODA DE EL, Y SI ME QUIERE QUITAR ESTE RAYITO DE LUZ, NO DIGO ESTO, TODO LO QUE QUIERA, YO SOY TODA DE EL, Y PUEDE HACER CONMIGO LO QUE QUIERA.»

Lo dijo con tal convencimiento y tanta sinceridad que nos admiramos, pues siempre había dicho que quería le conservase su «rayito de luz». Estas fueron sus últimas palabras. Después tomó el crucifijo entre las manos, bendiciendo hacia los cuatro lados con él. Le preguntamos qué hacía, y como no respondiese, interpretando su sentir la decimos: ¿está bendiciendo a sus hijas de todas las casas? Y con la cabeza respondió afirmativamente.

En la madrugada llama fuertemente, pero al ir a atenderla, dice que no ha llamado. Cuando suena la señal para levantarse la comunidad, hace un gran esfuerzo para incorporarse; se la nota vacilante, pero procura valerse por sí misma, y al tratar de hacer la señal de la cruz, con la reverencia y excesivo fervor con que solía hacerlo, le fue imposible llevarse la mano a la frente. Quería empezar a rezar sus oraciones, pero había perdido el habla. Minutos después se desplomó sobre la almohada. Al preguntarla qué sentía, sólo abrió los ojos para mirar a su crucifijo. Iba a consumarse ya el sacrificio de su vida.

Llamamos al sacerdote para que le administrase la sagrada comunión y la diera también la bendición papal. Viene el médico, y después de examinarla manifiesta que el caso es totalmente perdido.

Pasado un rato nos hizo ver que en su lengua todavía estaba la sagrada forma. Se la empujamos con una cucharita y se la hicimos pasar con agua. Y se le administra de nuevo la unción de los enfermos, ya que tenía seis meses de haberla recibido.

Pasamos velando del miércoles al sábado. El viernes, 31 de marzo, último día del mes de San José, entra a su habitación el padre confesor, y al verla dice: «Hoy se nos va la Madre.» Ella era muy devota de San José, y en realidad así parecía, pero todavía no había llegado la definitiva. Muy temprano llega la doctora Amalia Peña, quien últimamente la estaba tratando, y dice: «La Madre No pasa de hoy; de un momento a otro se les queda; estén preparadas.»

En este día y en los anteriores el señor Obispo y varios sacerdotes han ofrecido el santo sacrificio de la misa en su habitación. Han sido días de verdadera espiritualidad. Su cuarto se ha transformado en altar.

El viernes por la tarde se le cae el rosario que durante estos días, aun en estado de coma, había sostenido entre sus dedos.

El sábado hacia las doce del día las Hermanas presentes pedimos que nos bendiga, pues todas pensamos que está consciente. Hace un gran esfuerzo y tiende a levantar la mano para bendecir por última vez a sus hijas, a quienes había amado con verdadero amor de madre.

Nos había pedido muchas veces que en su agonía le cantáramos su canto preferido a la Santísima Virgen:

Es más dulce tu nombre, María,

que el arrullo de dulce paloma,

es más dulce que el célico aroma,

que en su cáliz encierra la flor.

Después de rezar el Ángelus, a las seis de la tarde empezamos a cantar, con las voces quebradas por el llanto; así dejamos satisfecha aquella petición tan querida por todas.

Amanece el domingo segundo de Pascua, radiante, y la lamparita sigue chisporroteando. Se celebra la santa misa en su habitación, y a eso de las diez de la mañana vemos que le ha subido la fiebre a 40 grados. Llamamos al médico. Una persona amiga llega con un pequeño frasco de «miel real». Quiere que se le dé con una cucharilla que trae exprofeso, para guardarla de recuerdo. Le complacemos, pues sabemos cuánto la ha querido, Después de esto, se le aplica una fricción de alcohol para ver si baja la fiebre, pues es demasiado el calor de su cuerpo. De pronto, al salir las Hermanas de la habitación para ir a la capilla, pues es la hora del examen, cerramos la puerta para practicar lo indicado, y al dar las doce del día, después de varios encargos que le hacemos para cuando esté en la presencia del Esposo y de pedirla que no nos olvide, ella, con una franca y dulce sonrisa —lo que no habíamos visto en toda su gravedad—, como quien oyese perfectamente nuestras quejas y encargos nos dirige una última mirada y, sonriendo, se nos escapa. Yo la tenía recostada sobre mi pecho, y sentí como si su aliento saliera y penetrara todo mi ser.

Las tres testigos confirmamos a una voz: ha muerto.

A la hora conveniente, después de prepararla en su cama, la ponemos en el ataúd, y le colocamos entre sus manos la cruz, pintada de color nogal, con dos azucenas atadas por una cinta blanca, según fue su deseo. Simbolizaba la pureza de su alma y su amor a la cruz, que quiso llevar sobre el pecho, como expresión de su anhelo hecho realidad en su vida:

«QUIERO QUE MI VIDA SE DESLICE ENTRE EL CALVARIO Y EL ALTAR, ENTRE LA CRUZ Y LA EUCARISTIA.»

Desde que se depositaron sus restos mortales en la capilla fue un continuo afluir de gente que lloraba y colocaba sobre el ataúd sus rosarios, medallas, etc.

El excelentísimo señor Obispo Feliciano González concedió facultad a todos los sacerdotes para celebrar el santo sacrificio de la misa. Así tuvimos misas desde la mañana hasta las ocho de la noche, durante los días domingo, lunes y martes, en que estuvo el cadáver expuesto.

El martes, 4 de abril, se dispone el sepelio. El cadáver será llevado a la catedral, y luego se trasladará a la antigua capilla del primer asilo fundado, donde ya, como dijimos, desde hacía tres años estaba preparada su fosa.

De todas las casas han venido las Hermanas por turno a dar el último adiós a la que en vida fue su venerada y santa Madre.

Fue imposible, durante esos días, cerrar las puertas ni de día ni de noche, pues acudieron de toda la República a ver el cuerpo de quien fuera en vida su bienhechora, su leal amiga, su consoladora.

El desfile parte de nuestra casa, y conducen el cadáver las Hermanas. Todo estaba programado; fue impresionante el orden que observó el pueblo. Nos sorprende, al salir, el acompañamiento de las bandas de la Marina y del Estado.

Aviones sobrevolaron sobre su cadáver, y esparcían flores sobre el ataúd. Estábamos sorprendidas; nos impresionaba vivamente este homenaje apoteósico a la que fue tan pequeña y quiso vivir tan escondida.

Después de los oficios y santa misa, que estuvo muy solemne, sale el cadáver de la iglesia, en hombros de los Padres Agustinos Recoletos, a quienes está unida la Congregación y a quienes dispensó lo mejor de su aprecio. Presente estaba el Estado en la persona del gobernador. Y el pueblo, y las antiguas alumnas. Todos quieren llevar sobre sus hombros a la que había dedicado su vida al servicio del prójimo.

Nos acompañaron en las exequias: Monseñor Feliciano González, obispo de la diócesis; el obispo de Barcelona, Monseñor Ángel Pérez Cisneros, y Monseñor Juan José Bernal, arzobispo-obispo de Los Teques, los Padres Agustinos Recoletos y más de treinta sacerdotes, seculares, y de otras Congregaciones. También religiosas de varios Institutos.

Al llegar a la puerta del asilo, el presidente del Concejo Municipal y otras personalidades toman la palabra; luego una de las niñitas le da el último

Adiós. Fue en exceso conmovedor este acto.

Sepultamos su cuerpo en el sitio que ella misma había deseado, para que sus huesos estuvieran alabando al Señor.

Pensamos que habíamos cumplido con sus encargos; y aun cuando no nos pidió que la llevásemos a la iglesia parroquial, convertida hoy en catedral de Aragua, nos figuramos que estaría satisfecha de ir a despedirse de la iglesia de sus amores, donde había hecho su primera entrega al Señor, donde había recibido su primera comunión, donde había empezado su apostolado, dedicando su tiempo y lo mejor de su existencia en la preparación del Pan eucarístico, en el ornato de los altares. Ella, que había llevado el archivo parroquial por tantos años, justo era que fuese allí en donde recibiese las últimas oraciones y demostraciones de aprecio.

Una de nuestras Hermanas, en nombre de todas, pronuncia palabras de despedida. El señor obispo de Maracay dice: «NUESTRA MADRE MARÍA HA MUERTO, PERO ESTARA SIEMPRE EN NUESTROS CORAZONES.»

El Padre Carmelo Lerga, agustino recoleto:

«LA MADRE MARÍA DEBE SEGUIR VIVIENDO EN CADA UNA DE USTEDES. TODAS DEBEN SER OTRA MADRE MARÍA.» TODOS LOS QUE LA CONOCIERON, Y EXPERIMENTARON SUS VIRTUDES, UNANIMEMENTE DICEN: ”HA MUERTO UNA SANTA”.»

Y las que no podemos pronunciar palabra alguna, pues nos lo impide el justo dolor, musitamos una plegaria al Señor, rogando por su dilecta alma y repitiendo las gloriosas palabras del Magníficat: «A LOS HUMILDES COLMÓ DE BIENES.»

«QUEDATE, MADRE BUENA, PARA SIEMPRE ENTRE NOSOTRAS. VIVE EN TU CONGREGACION, HACIENDO DE ELLA UN SEMILLERO DE SANTIDAD, UN SERVICIO A LOS DEMAS Y UNA

PERENNE ALABANZA AL DIOS DE LOS AMORES.»

Las demostraciones de condolencia, por telegramas, cartas, etc., fueron innumerables: de parte del gobierno nacional, partidos políticos, Asociaciones, Congregaciones religiosas y de cuantos la conocieron y trataron.

Y enseguida el olor de santidad que la rodeó en vida fue cobrando inusitada fuerza. Y principió la Madre María desde el cielo a derramar favores sobre la tierra. Muchísimos fieles cuentan las gracias obtenidas por su intercesión. Sobre su tumba se colocan ex-votos abundantemente, en señal de agradecimiento.

LIBRO DE LAS FUNDACIONES

Fue fundadora la Madre María de un Instituto. Y fundó personalmente varias casas. No le arredraron los trabajos ni las dificultades. Y al estilo de Santa Teresa de Ávila ella misma escribió el libro de Fundaciones, que textualmente se reproduce aquí. Se halla redactado con gran sencillez y brevedad.

……

El 10 de octubre de 1902, salimos a asistir los heridos a Cagua, donde se encontraba el Cuartel General, cuando la guerra de Manuel Antonio Matos; teníamos 300 heridos en cada uno de los dos hospitales de sangre; después de la derrota y pasado un mes pudimos regresar a Maracay; pasando luego a curar los heridos en el cuartel de esta ciudad. Varias señoritas principales asistían también a los pobres heridos. Después conseguimos con el Gobierno, que nos permitiera pasarlos al hospital San José, en donde había 150 hospitalizados.

En 1904 pasamos al Degredo para asistir a los dolientes variolosos; el día de la Asunción —15 de agosto— ya estábamos instaladas con nuestros pobres enfermos, los asistíamos, les dábamos sus alimentos y medicinas y rezábamos el rosario con ellos; luego nos retirábamos a una pequeña casa cerca del Degredo; recuerdo con alegría esos hermosos días llenos de penas y amarguras. Nuestro Padre nos iba a ver algunas tardes.

También en la viruela anterior en el 1897 nuestro buen Padre y la ecónoma misia Antonia se trasladaron al hospital o Degredo que

hicieron en Tapatapa; nos quedamos la Hermana Catalina y yo en el hospital mientras regresaba la ecónoma. ¡Alabado sea Dios! ¡Cuántos recuerdos!

1. Hospital San José (Maracay)

Este hospital fue fundado por nuestro Padre Superior Monseñor Vicente López Aveledo: se sostenía por una junta de señoras, y cuando el Padre fundó la Congregación de Hermanas Agustinas sufrió el dicho hospital muchísimas penurias, pero jamás faltó el alimento, medicinas y ropa a los pobres en él asilados. ¡Alabado sea Dios!

En el hospital San José se dijo la primera misa el 22 de enero de 1894.

2. Hospital San Vicente (La Victoria)

El primero de mayo de 1902 fuimos llamadas de La Victoria por la junta del hospital Doctor Carlos Meyer, Mercedes Tosta y otras honorables damas; se instaló la divina Majestad el 30 de junio del mismo año; pasado un tiempo el general Francisco Linares Alcántara compró una casa, la reconstruyó e hizo el hospital San Vicente; siempre con las Hermanas Agustinas al frente.

Autorizada esta fundación por el Ordinario.

3. Hospital Santo Domingo (Villa de Cura)

El mismo año se encargaron las Hermanas Agustinas del hospital Santo Domingo, de Villa de Cura; pero pasados cuatro años no puede sostenerse dicho hospital, según manifestó el señor vicario del lugar, Padre Manuel Giménez, y las Hermanas tuvieron que volverse a Maracay en 1906.

4. Asilo Inmaculada Concepción (Maracay)

El 24 de mayo de 1905, después de muchos desvelos y angustias se pudo llevar a cabo la fundación del asilo de la Inmaculada Concepción para niñas huérfanas, pues se tenían nueve en el hospital San José. Nuestro Padre lo deseaba, pero temía que no se pudiera sostener; lo animé confiando en la Providencia divina, como siempre, y al fin convino

en ello; dijo: «Si dura un mes y se sostiene, os aseguro su duración»; cuando llegó el 24 de junio se le dijo con alegría inmensa: «Hoy cumple el asilo un mes y nada nos ha faltado.» Mucho se alegró, y nos dijo: Dios que hasta hoy la ha ayudado la seguirá protegiendo; y así ha sido.

Se recibían niños y niñas, hasta 1909 en que el señor arzobispo Monseñor Castro, de feliz memoria, ordenó que se entregaran los niños y que no se recibieran sino niñas; al momento se cumplió la orden.

5. Hospital Santa Ana (Coro)

En 1909 fuimos llamadas a Coro por la señora Cecilia de Hermoso, buena y santa matrona, para encargarnos del hospital Santa Ana, y el 25 de febrero nos embarcamos en la goleta «La Virginia» rumbo a la ciudad de Coro; pero con la mala o buena suerte de que al pasar la noche frente al puerto de Tucacas, por motivo de enfermedad, tuvo que quedarse la Superiora y dos más y las otras Hermanas siguieron y llegaron felizmente; ahí fueron recibidas por los principales de Coro, en especial por los Padres Ulises Navarrete y Leña, a quienes mucho se les debe por el bien que hicieron a las Hermanitas, como también a todas las buenas familias corianas.

6. Hospital Mercedes (Calabozo)

En junio de 1910 fuimos llamadas de Calabozo para encargarnos del hospital Mercedes por el caritativo señor David Gimón, entonces presidente del Estado Guárico, con la aprobación del inolvidable Monseñor Felipe Neri Sendrea.

Un episodio: como el señor presidente nos llamó e hizo gastos de traslado poniendo a nuestra disposición cuatro carros de mula, pues en aquel tiempo no se conocían o no viajaban autos para Calabozo, la Superiora puso telegrama al general Gimón y no a Monseñor Sendrea, quien al saber que ya estábamos en el Rastro, se manifestó muy disgustado, y al llegar al palacio las Hermanas, porque así lo había dispuesto él, dijo a don David y a las Hermanas: «Por cuanto no se ha avisado al Prelado, quien tenía dispuesto una gran recepción, permanecerán en el palacio hasta que él disponga y haga lo que deseaba.» Santa palabra; todas comprendimos que tenía razón el prelado; pero la Superiora había gozado mucho al no ser recibidas como

quería y vio en ello la voluntad de Dios; ocho días pasaron las Hermanitas en el palacio, muy bien atendidas. Al pasarse éstos, dispuso la recepción muy solemne (nos libramos de la primera, pero no de la segunda).

Asistieron todas las sociedades con sus estandartes, las escuelas y todo el pueblo; el ejecutivo del Estado y Monseñor Sendrea, el buen deán doctor Pbro. Andrés Pérez, bajo palio, y para humillación de la Superiora ordenó que ella fuera también con él; ¡bendito sea el Señor!

Al llegar Monseñor bendijo la casa y el departamento que don David había hecho construir para las Hermanas.

El 28 de agosto del mismo año se instaló el adorable Jesús en la capilla hecha por el mismo Monseñor Sendrea.

7. Hospital Pérez Carreño (Ocumare del Tuy)

En septiembre de 1911 fuimos llamadas de Ocumare del Tuy por el doctor Carreño Pérez y una junta para el hospital que se fundó en una casa muy vieja, tan vieja que una de las piezas que habitaban las Hermanas tenía diez puntales, y así en ese estado vivieron siete años hasta que el gobierno del Estado hizo un buen edificio, a donde se trasladaron enfermos y Hermanas; con muchos sacrificios se sostuvieron ahí las Hermanas; a Nuestro Señor, ¡ah dolor grande!, sentíamos tenerlo en aquella capilla; después ya en la nueva casa tenía su buena capilla, sobre todo decente; el gobierno del Estado Miranda, ya en Los Teques, hizo salir a nuestras Hermanas, cuando celebraron sus veinticinco años. Así sucede: veinticinco años de labor en Ocumare del Tuy fueron recompensados con la salida de las Hermanas. ¡Sea bendito el Señor! Debemos hacer el bien sin esperar recompensa; ésta se encuentra en el cielo.

8. Asilo Dr. Gualdrón (Barquisimeto)

A la fundación del asilo San José fuimos llamadas por el doctor Ramón Gualdrón el 5 de julio de 1917, pero no pudimos ir sino el 21 de mayo de 1918, con la autorización de Monseñor Alvarado. Dios nos probó de una manera espantosa; sólo Él dio fuerzas para la prueba. Dicho asilo también era mixto, porque así lo deseaba el excelente fundador; al morir él los niños se acomodaron en buenas casas y dejamos sólo las niñas,

atendiendo a la disposición de Monseñor Castro de 1909, que quiso retiráramos los varones. Después de la muerte del buen doctor Gualdrón quisimos, en obsequio a su obra, ponerle el nombre de él: asilo Dr. Gualdrón, Barquisimeto.

9. Hospital Padre Cabrera (Los Teques)

El señor presbítero doctor Hilario Cabrera, cura y vicario de Los Teques, nos llamó para la fundación de un hospital; con tal fin nos trasladamos a San Pedro, y con una pobreza única en aquella casucha, donde tenían los pobres enfermos unas buenas señoritas, estuvimos hasta que el buen Padre Cabrera, considerando lo lejos de Los Teques y los trabajos que tenían las Hermanas alquiló una quinta en Los Teques —la linda y recordada quinta «Rosa»—; ya el Hospital, obra del Padre Cabrera, estaba casi terminado; en 1920, terminado el hospital Padre Cabrera, se trasladaron los enfermos y Hermanas a él; fue bendecido e instalado el 21 de junio, día de San Luis Gonzaga, el augusto Sacramento de nuestros altares para alivio de sus pobres y consuelo de sus esposas.

En la «Quinta Rosa» no teníamos al buen Jesús, pues no era posible; íbamos a la iglesia; pero como se presentara una media epidemia, nos aislaron, y entonces el celoso Padre Cabrera nos llevaba la sagrada comunión; felices y encantadores fueron esos días de aislamiento, pues veíamos a lo lejos por aquellos pinos al celoso párroco con el dulce amor y salíamos presurosas a recibirlo.

¡Alabado sea Dios!

Esta fundación, como todas, con la aprobación del Ordinario (*).

———

(*) El Padre Cabrera fue en Los Teques un celosísimo pastor de almas; muy piadoso y activo, muy emprendedor y sacrificado.

10. Hospital San Agustín (San Felipe)

En 1927, el general Gabaldó, presidente del Estado Yaracuy, escribió pidiendo personal para un hospital; partieron las Hermanas para San Felipe el 4 de marzo de 1927; el señor presidente costeó el viaje y asignó a las Hermanas lo conveniente.

El hospitalito o la casa estaba en muy malas condiciones, la cocina tuvo que hacerla la Hermana María Luisa que fue como Superiora; como muy pronto cambiaron al presidente no pudo hacer más nada: El Padre Pineda y las Hermanas residenciadas en Barquisimeto prepararon la casa y el mismo Padre con su azada limpiaba el patio principal. ¡Dios pague tanta bondad!

Más tarde el general Galavis reconstruyó el referido hospital y acomodó muy bien a los enfermos y Hermanas; el pobre Nuestro Señor tuvo que ir a habitar en lo que habían destinado para refectorio; así sucede; ¡la grandeza en un lugar tan pequeño!

En 1943 terminaron un famoso hospital-clínica; todo se lo llevaron, dejando a las Hermanas con lo que no se dejaron llevar: el dicho hospital lleva hoy el nombre de Asilo de mendigos, o sea, de San Agustín; no se sabe en qué quedarán, porque no podemos aceptar lo que nos proponen. Hasta este año 1953 ha seguido todo bien.

11. Hospital La Caridad (Puerto Cabello)

El 14 de septiembre, día de la exaltación de la santa Cruz, se encargaron nuestras Hermanas del hospital municipal llamadas por el «Consejo municipal» y recomendadas por los reverendos Padres Galilea y Latorre; ¡Dios les pague! En 1939 hubo algo que no nos convenía y pensamos dejar la casa, pero el Ilustre Consejo no nos aceptó la renuncia; y ahí están las Hermanas; al principio pasaron sus trabajos, como es natural, pero reedificaron el hospital, y enfermos y Hermanas están acomodados: hasta el 31 de marzo de 1946. Se instaló la divina Majestad el 25 de enero de 1934.

12. Colegio La Divina Pastora (Caracas)

El 18 de septiembre de 1935 tuvimos la dicha de ver fundada la casa en Caracas; se pudo comprar las casitas viejas, muy pequeñas, pero una con famoso parque, donde se pudo levantar el bello santuario que hemos podido ofrecer con toda nuestra alma y grandes sacrificios al santo Niño de Praga; un altar más donde se ofrece diariamente la adorable Hostia. Esta fundación ha sido la más pobre, pero la más amada por los sacrificios ofrecidos; nada son en comparación de lo que recibimos de la divina Providencia; muy bien podemos llamarla «la casa

de la divina Providencia». Sólo Dios, las Hermanas y el señor Calderón, maestro de obras, saben cómo se ha levantado y seguirá levantándose esa casa; al principio la familia González Padrón, tan pobre como nosotras, nos ayudaba con los fósforos, el poquito de kerosene y muchas cosas; las celdas, los bancos para sentarnos, todo fue obra de las manos de las González Padrón: Dios las recompense.

La casa más afortunada, pues que en el mismo mes de septiembre, 24, día de Nuestra Señora de las Mercedes, fue instalada la augusta Majestad, gracias a la generosidad de misia Amelia Núñez de Cáceres; todo lo de su capilla lo dio para la casa de Caracas; se tenía, pues, lo necesario para hacer la instalación; Dios le recompense con creces. No podemos dejar de hablar de Monseñor Pacheco y de sus buenas Hermanas que prestaron su gran ayuda para que el dulce Jesús estuviera lujosamente arreglado.

13. Hospital Joaquina Rotondaro (Tinaquillo)

El 14 de agosto de 1937 fuimos llamadas por el señor José Rafael Rotondaro para la fundación de un hospital en Tinaquillo, cuya casa donaba misia Joaquina de Rotondaro para el dicho hospital. Se instaló la divina Majestad el 28 de agosto, día de nuestro gran Padre San Agustín.

Con autorización del Ordinario y de Monseñor Cuba, vicario de Valencia, se hizo esta fundación.

14. Asilo Nuestra Señora de Coromoto (Coro)

El 2 de febrero de 1942 se encargaron las Hermanas Agustinas del asilo de Nuestra Señora de Coromoto, que fundara el Padre Pineda y que Monseñor Iturriza entregó a la Congregación. Se instaló la divina Majestad el 19 de marzo, pero el señor obispo trasladó esta fiesta para el patrocinio de San José.

15. Instituto Carmela Valera (Maracaibo)

El 2 de mayo de 1942 nos honró Monseñor Godoy, obispo del Zulia, con su visita, y nos pidió dos o tres Hermanas para una fundación que tenía

en mientes; se dudó primero por no tener personal disponible; al fin, confiando en la Santísima Virgen, era sábado, y a Ella encomendé el asunto, y resueltamente le aseguré que mandaría a las Hermanas, como él deseaba; quería que se marcharan con él, pero no era posible: el 18 del mismo mayo salieron las Hermanas María Consuelo, Adolfina y Teresa del Niño Jesús, rumbo a Maracaibo. Pasaron casi dos meses en casa de las reverendas Hermanas de Lourdes, quienes les dieron hospitalidad generosamente; Dios Nuestro Señor les corresponda con creces. Entretanto Monseñor agenciaba el arreglo de la casa que generosamente donó la señora Carmen Valera; y el 16 de julio, día de Nuestra Señora del Carmen, se trasladaron al Instituto Señora Valera. Como en toda fundación sufrieron algunas penas y necesidades las Hermanitas, pero éstas son la alegría del alma religiosa. Ya se aproxima el gran día en que un Sagrario más podamos ofrecer al celestial Esposo; ya las penas y pobrezas serán aliviadas con la dulce presencia del Dios de nuestros altares la por siempre amada, la adorable Eucaristía! Y el sol del 28 de agosto de 1942 amaneció más radiante dulce presencia del Dios de nuestros altares. Y el anunciando que en esa gran fecha se instalaría la augusta Majestad. ¡Qué consolador es para las almas, religiosas, para las esposas del Cordero Inmaculado, la compañía del Dios de nuestros altares!

Ya el 28 de agosto de 1943 celebraron con gran solemnidad su primer aniversario. Monseñor Godoy, Padre de esa fundación, ofrece siempre que le es posible el augusto Sacrificio; ¡cuán bueno es con las Hermanitas! Dios y la Santísima Virgen lo colme de sus bendiciones y le dé larga vida.

16. Hospital Antituberculoso Alejandro Próspero Reverend (Maracay)

El 19 de marzo, día del glorioso San José, se fundó el Hospital Antituberculoso, con cuatro hermanas, en 1945.

17. Ancianato Dr. Beaujon (Coro)

En Coro se fundó el asilo de mendigos en septiembre de 1945.

18. Escuela Madre María (Barquisimeto)

En el mismo mes de septiembre de 1945 se fundó en Barquisimeto, el 12, la escuela de niñas pobres.

Las Hermanas del Puerto, por nueva reorganización, se vieron precisadas a retirarse el 31 de marzo de 1946.

Monseñor Adam, en su deseo de no dejarlas salir de la diócesis, dispuso que se quedaran en Valencia en donde se encargarán de un internado o externado.

19. Casa Materna de Nuestra Señora del Socorro (Valencia)

El 1° de abril de 1946 se instalaron las Hermanas en Valencia, por petición de Monseñor Adam: el 1.° de octubre se abrió la escuela que funcionará bajo el nombre de Casa Materna de Nuestra Señora del Socorro; es para niños pobres y pequeños; es escuela nocturna para empleadas, catecismos, y para todo el bien que puedan hacer.

20. Colegio Ntra. Sra. de las Victorias (Nirgua)

En enero de 1947 se abrió una casa en Nirgua, bajo la dirección de los reverendos Padres Claretianos o Misioneros del Corazón de María, para la enseñanza. El 27 de enero de 1947 se fundó la casa-colegio de Nuestra Señora de la Victoria, a petición de los reverendos Padres Claretianos.

21. Colegio Ntra. Sra. de Coromoto (Maracaibo)

El 1° de febrero se fundó el colegio de Nuestra Señora de Coromoto en Maracaibo; se compró la casa en los Haticos, donde funciona dicho colegio, en febrero de 1947.

22. Colegio Ntra. Sra. de Coromoto (Puerto Cabello)

El 14 de septiembre de 1947 se fundó en Puerto Cabello el colegio de Nuestra Señora de Coromoto, en casa propia de la Congregación. El reverendo Padre Joaquín González tomó gran interés en esta obra; él hizo el plano y dirigió la fábrica; así es que debido a él volvieron las Hermanas a Puerto Cabello; Dios pague a tan generoso y buen Padre Agustino Recoleto.

23. Instituto María Briceño (Los Teques)

En Los Teques en 19 de marzo de 1950 se fundó la casa María Briceño para niñas, hijas de madres tuberculosas.

24. Instituto Ntra. Sra. de Fátima (Los Teques)

El 28 de agosto de 1952 se fundó la casa de Nuestra Señora de Fátima, a donde el 10 de junio de 1957 se trasladó el Noviciado.

25. Escuela Santa Clara (Choroní)

Se compró una casa en Choroní, Estado Aragua, donde funciona una escuelita gratuita, con el fin de ayudar al párroco en los matrimonios y catecismos.

26. Escuela López Aveledo (Tinaquillo)

En 19 de marzo de 1956 se fundó la escuela López Aveledo por consejo de Monseñor Adam, obispo de Valencia, al gobernador de San Carlos, en aquel tiempo.

Nota: Hasta aquí las actas de fundaciones escritas por nuestra Madre María.

A continuación otras casas fundadas por nuestra Madre, cuyas actas no aparecen en el Libro de Fundaciones.

27. Hospital Acosta Ortiz (San Fernando)

Fecha de fundación: 1939.

28. Hospital Antonio Smith (Coro)

Bajo la responsabilidad de las Hermanas Agustinas Recoletas desde el año 1940.

29. Colegio Inmaculada Concepción (Maracay)

Fecha de fundación: 1942.

30. Escuela Madre María (Barquisimeto)

Fecha de fundación: 1945.

31. Colegio Parroquial Padre Frías (Palmira)

Fecha de fundación: 1948.

32. Patronato Ntra. Sra. de Guadalupe (Coro)

Fecha de fundación: 1951.

33. Colegio Ntra. Sra. de Coromoto (La Victoria)

Fecha de fundación: 1952.

34. Colegio Santa Rita (Caracas)

Fecha de fundación: 1954.

35. Hospital San Rafael (Yolombó-Colombia)
Fecha de fundación: 1955.

36. Escuela Madre María (Maracay)

Fecha de fundación: 1956.

37. Escuela Las Mercedes (Maracay)

Fecha de fundación: 1958.

38. Albergue Santa Eduvigis (Ancianato) Valencia

Fecha de fundación: 1960.

Nota: Muchas de estas casas se tuvieron que cerrar, debido a las exigencias de los tiempos, a falta de personal, y en algunos casos a la incomprensión de los hombres. Esto constituía un dolor grande para nuestra Madre, pues decía que era un sagrario menos y una oportunidad perdida de hacer el bien.

TESTIMONIOS ELOCUENTES

Hay por fortuna en el archivo una serie muy rica de testimonios debidos a personas que conocieron y trataron de cerca a la Madre María de San José, en donde se habla con claridad de sus virtudes excepcionales.

Unos, muy pocos, se transcriben aquí. Y luego añadiremos otros, debidos a varias religiosas de su Congregación, que convivieron con la Madre María, y que concuerdan maravillosamente en reconocer la grandeza de su alma.

Monseñor José Alí Lebrún, arzobispo coadjutor de Caracas y Administrador Apostólico «sede plena».

Desde que la vi por primera vez, me impresionó su modesta compostura y su amable y sencillo trato. A su lado uno se sentía más cerca de Dios; tal era su actitud de fe. Durante mi episcopado de Maracay se ahondó en mí esta convicción. A la Madre María se le podía aplicar el elogio que, en la antigua lección histórica del Breviario Romano, tributaba la Iglesia a Santa Catalina de Siena: «Nadie se acercó a ella que no se alejara siendo mejor.» Cuantas veces me acerqué a ella para recomendarle la necesidad espiritual o temporal de una persona, su respuesta fue siempre eficaz y pronta. Se desvivía por servir, por ayudar, por ser útil. Para todo Maracay la Madre María era una imagen viviente de la providente solicitud de Dios en bien de sus creaturas. La enseñanza del catecismo era su ocupación preferida. A su caridad se unía la más profunda humildad. Todavía me conmuevo al

recordar las palabras con que pedía perdón a todo el Capítulo que el año de 1960 eligió Madre General de la Congregación a la Madre Águeda de Lourdes. Todos admirábamos la grandeza de su alma, ella era la única que se sentía sin mérito alguno. Extremaba las muestras de cariño y respeto con los Pastores de la Iglesia. Las tres noches de año nuevo que asé en Maracay, apenas finalizada la misa de medianoche, la Madre. María me llamaba por teléfono para presentarme su felicitación de Año Nuevo y pedirme la primera bendición de ese año. Esta es la memoria que conservo de la Madre María, llena de amor a Dios y a la Iglesia, rebosante de caridad y espíritu de servicio para con todos los hombres, hermanos de Cristo.

Caracas, 2 de febrero de 1980.

Monseñor Fray Florentino Armas, agustino recoleto, Prelado-Obispo dimisionario de Chota. Perú.

La vi repetidas veces en la casa o pueblo en donde la Madre María vivió, algunas veces en Maracay. Y en todas las ocasiones tuve referencias de su gran santidad de parte de sus hermanas, y de la gran confianza y estima que tenía de mi humilde persona. Yo, por mi parte, siempre la consideré santa, y de altar. Tengo un cuadro del retrato de la Madre María en la cabecera de mi cama, y otro en la mesa de estudio, y todos los días me encomiendo a ella, en unión de otros protectores.

Lima, 16 de noviembre de 1978.

Hilda y Atila Linaje, profesionales del magisterio en Maracay, que conocieron desde el año 1917 a la Madre María y que la trataron durante mucho tiempo.

Lo que más nos impresionó de ella fue su caridad y su humildad. Todo el que se acercaba a ella pidiendo su consuelo o su consejo, no salía de allí sin haberlo obtenido. Era calladita, pero enérgica. Le gustaba todo bien ordenado. Muy pulcra. Mientras hacía las hostias no permitía que la interrumpieran inútilmente. Para nosotras la Madre María era lo más grande que había por su santidad y sus excelentes condiciones, sobre todo como consejera. Nos unía una gran amistad con ella.

Maracay, 24 de agosto de 1978.

Nicolasa Cardozo, prima segunda de la Madre María, que reside en Choroní, pueblo en que nació nuestra heroína.

Tengo sesenta y ocho años, y conocí a la Madre María ya de religiosa en su casa de Maracay. Siempre que venía a Choroní visitaba mi casa. Le gustaban mucho las naranjas «cajeras». Y me pedía le preparase conserva de la concha de las mismas, que era amarguísima, pero así le gustaba a ella. Tenía una gran caridad. Era muy humilde; no le gustaba la ostentación ni nada por el estilo. Sencilla y pobre. Era una santa. De eso estamos convencidos.

Choroní, 19 de noviembre de 1978.

El Hermano Marista Agustín Fernández, que trabajó mucho tiempo en varios colegios de Venezuela.

El 15 de octubre de 1954 tuve la dicha de conocer a la Madre María de San José. Desde el primer momento que la vi me dio la impresión de encontrarme ante una persona imbuida toda de Dios. Lo que le interesaba y llenaba de alegría santa era el poder hacer algo para extender el reino del Señor, y el que las almas conocieran y amaran a su Creador.

Maracay, 15 de octubre de 1954.

Hortensia Olivares de Pérez, que reside en Caracas y que tuvo la fortuna de tratar a la Madre María durante muchos años.

Treinta y siete años disfruté de su honrosa amistad. La conocí en el mes de marzo de 1930 en Maracay. Aquella diminuta figura corporal se agigantaba ante la comunidad de religiosos y seglares que acudíamos a ella en busca de consejos orientadores para robustecer la fe y el amor en los principios básicos que sostuvieron a nuestros padres. Y ¿cómo puedo yo calificar su humildad?

Caracas, 26 de febrero de 1979.

El Padre Carmelo Lerga, agustino recoleto, que fue Vicario Provincial en Venezuela.

Su vida era una escuela continua de aprendizaje para caminar hacia Jesús. Estaba muy por encima de lo normal. Su fe y su caridad, alimentadas con la Eucaristía, no tenían medida. Tenía una confianza profunda en el Señor. Y llevaba la cruz de cada día con paciencia y gozo al compartir los sufrimientos de Cristo crucificado, que fue se segunda devoción.

Madrid, 1979.

Ildegar Pérez Degnini, embajador de Venezuela en Perú.

En el año 1964, cuando iniciaba mis gestiones como gobernador del Estado Aragua, conocí en Maracay a la Madre María de San José. Guardo de ella un recuerdo emocionado. Era una mujer admirable. Tierna y frágil en su constitución física, a la vez que firme y fuerte en su amor a Dios. Con una devoción inquebrantable y un amor al prójimo conmovedor. Sus grandes virtudes irradiaban santidad.

Caracas, 29 de agosto de 1979.

Eucaris Garrido Palacios de Vásquez.

Conocí y traté a la Madre María de San José durante largos años, en que tuve oportunidad de estar con ella en ambiente de sincera humildad. Poesía una exquisita alma reflexiva, una indeclinable unión

con el Santísimo Sacramento, y un profundo amor a la a humanidad doliente y desamparada —en especial los ancianos y niños.

Caracas, 25 de diciembre de 1976.

ITINERARIO ESPIRITUAL

Hay una obra de singular belleza mística, debida a san Buenaventura, que se titula ITINERARIO DE LA MENTE A DIOS. Se trata del alma que ejercitando, primero, sus potencias sensitivas; después, sus potencias espirituales, y finalmente, lo más alto de su inteligencia, el ápice de la mente. Y así va subiendo en tres jornadas por las huellas de Dios, que son las criaturas, hasta el ser eterno y espiritualismo.

San Agustín habla también de un recorrido, de un avance que va realizando la caridad en el cristiano. Nace, se nutre, se fortifica, y va por grados alcanzando su perfección. Tiene este gran doctor en su libro DE NATURA ET GRATIA (c. 70, n. 84) un texto por cierto muy significativo: «Cuando la caridad comienza en un alma, comienza también la justicia; cuando la caridad progresa, la justicia progresa también; cuando la caridad es grande, es también grande la justicia; y cuando la caridad es perfecta, la justicia llega a la perfección.»

Todo es gradual. Todo va subiendo hacia lo mejor.

Y es que la gracia santificante se nos infunde en forma de germen, de semilla, de embrión. Una semillita de Dios (Jonn 3,9) que el sacramento del bautismo siembra en el mar, y que por su misma naturaleza crece, se desarrolla y se perfecciona.

No me propongo ahora estudiar paso a paso en la Madre María sus progresos hacia la santidad. Aquí, en este apartado, con los escritos

suyos, ya recopilados, aunque todavía no de manera total y rigurosamente ordenados, voy a tomar algunas frases, algunos pensamientos sueltos, por orden cronológico. Se relacionan algo con su interior gradual progreso. Un estudio más detenido sobre ello vendrá a su tiempo.

El lector agradecerá que copie de la Madre María algunos pasajes en que alude a un hecho suyo espiritual, a un golpe de gracia, a un ímpetu de amor de adoración, de alabanza, de arrepentimiento.

Se quiere contribuir a ver con mayor claridad el panorama interior de esta admirable mujer.

No podrá negarse el vigor de su alma, siempre encendida en anhelos de mayor perfección, siempre arrebatada por sus ansias de una más estrecha unión con su Creador. Como su padre San Agustín, a quien mucho quería, gritaba con acento de súplica y de afirmación: «Tengo hambre entrañable del mantenimiento interior que sois Vos, Dios mío» (Confes. III, I).

Precisamente el mundo interior suyo, tan rico y hermoso, se nos va descubriendo a lo largo de su historia con sus aspiraciones de eternidad, y con sus esfuerzos incesantes de purificación para ver mejor a Dios, para encontrarse con El y descansar sólo en El.

Se publicarán sus escritos completos a su tiempo. Y se apreciará su valor místico. Y se verá que, igual que San Agustín, esta inquieta y santa esposa de Cristo vivía en búsqueda incansable de lo infinito.

«Yo busco el ser perfecto; yo busco el ser verdadero; yo busco el ser puro. Yo busco a aquel ser que mora en la Jerusalén celeste, esposa de mi Señor, en donde no habrá muerte, ni mudanza, ni tiempo transitorio, sino una perpetua eternidad, que no puede ser devorada ni por el hoy ni por el mañana» (En. in ps. 38, 7: PL. 36, 419).

Ha dejado la Madre María constancia repetida de su completo despego de la tierra y de sus anhelos de paraíso. Igual que el inspirado San Juan de la Cruz rompía en estos suspiros:

¡Oh, vida breve y dura,
quién se viese de ti ya despojado!
¡Oh, estrecha sepultura!
¡Cuándo seré sacado
de ti para mi Esposo deseado!
¡Oh Dios, y quién se viese
en vuestro santo amor todo abrasado!
¡Ay de mí! ¡Quién pudiese
dejar esto criado
y en gloria ser con Vos ya transformado!

Y con Santa Teresa de Ávila repetía:

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno.
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

---

10 de mayo de 1906.

¡Qué hermosas, y al mismo tiempo terribles, han sido las reflexiones que nuestro padre (Monseñor López Aveledo) ha hecho en esta noche! Ellas me han hecho ver una vez más lo serio de aquel momento inevitable de la muerte. ¿Por qué no pienso como debiera en ese

instante del cual depende una eternidad, feliz o desgraciada? Siempre jamás... ¡Eternidad...! ¡Eternidad...! ¡Eternidad...!

---

31 de diciembre de 1906.

Hoy es el último día del año. ¿Y qué se hicieron los propósitos del pasado? Ah, Dios mío, nada he hecho. Ha pasado un año, y no volverá más. Es un año más hacia la eternidad. Yo soy muy feliz porque este año en los últimos meses os habéis dignado visitarme con la dulce enfermedad que llena mi alma de grandes consuelos. Termina este año, pero termina para mí con la alegría de estar abrazada con la cruz de los dolores. Cuán dulce es sufrir... Ah, mi buen Jesús, no me quites el consuelo de sufrir estos dolores hasta mi último momento.

(En esta misma fecha, 31 de diciembre, estampa en un escrito la Madre María este dato: en 1914 hice los Ejercicios con un santo padre francés. En 1915, con Monseñor Navarro. En 1916, con un padre capuchino. En 1917, con un padre jesuita. En 1918, con el padre Díaz Venero S. J. En 1919, con el padre Carmona. En 1920, con el padre Landa. Se ve que este apunte lo hizo más tarde recordando tiempos pasados.)

Ejercicios de 1918.

Debo ser más observante de mi Regla. Debo oír la misa con más fervor. Debo hacer mis comuniones más fervorosamente. Debo ser menos negligente en el cumplimiento de mis deberes. Más dulce, más caritativa, menos áspera, menos dura... Confiada y humillada por mis pecados, te pido humildemente el perdón de ellos. Jesús mío misericordioso, tened compasión de mí...

---

7 de diciembre de 1931.

Sí, Madre queridísima, mañana, 8 de diciembre. Qué día tan encantador... En ese feliz día recibí por vez primera al dulce Esposo de mi alma, y también MIS INTIMOS Y ETERNOS DESPOSORIOS.

---

23 de abril de 1938.

La escuela de las almas interiores es la oración. Es muy cierto, pues en la oración aprende todo lo necesario para llegar a ser alma un alma interior tiene que ser alma de oración. Siempre he sentido envidia a esas grandes concedieras, Jesús mío, ser un alma interior… ¡Cómo me encantaría...!

---

6 de diciembre de 1943.

Sí, Jesús mío, bien me conocéis. Nada valgo. Si hago algún bien, Tú sólo eres el autor. Nada soy. Nada puedo. Todo cuanto tengo es tuyo. De mí sólo tengo pecado, miseria, la nada.

---

22 de junio de 1945.

Mañana, 23, es día de la Beata Juliana de Cornelión, la gran amante de la adorable Eucaristía, y promovedora de la festividad del Corpus, mandada por Dios mismo, en la gran visión que tuvo. Oh amada Santa

Juliana, encended nuestra humilde Congregación en el fuego de este adorabilísimo Sacramento. (La Beata Juliana era también agustina.)

---

19 de marzo de 1946.

Hoy, víspera de mi santo patrón San José, hice mi retiro, aquí en Caracas, por la gravedad y muerte de mi amada hija Hermana Victoria. Pasé ocho días en Los Teques. Qué grande es ver partir a los que amamos... Nos dio grandes ejemplos, y entregó su alma al divino Esposo con la paz con que vivió. Fue fiel, observante. Nuestro buen Jesús la tenga en su regazo. Es consolador verlas partir, después de una santa vida.

(Esta Hermana Victoria Echandía, 1903-1946, era muy dulce y sencilla, Nacida en Caracas. Fue superiora en Maracay y en La Victoria.)

---

5 de julio de 1947.

Mi espíritu se siente triste al ver las infidelidades de las que Dios escoge para sus esposas. No sé qué pasa, ¿No te agrada nuestra Congregación, Jesús mío? ¿Será que esas que se marchan no tienen vocación y entran por ilusión? No lo sé, mi amantísimo Jesús. Os pido con toda mi alma, si soy obstáculo para el adelantamiento de nuestra amada Congregación, y no se atreven poner el remedio, destituyéndome del cargo, hazlo Tú, Esposo amado, llevando a tu pobre e inútil sierva de este mundo a la patria amada. Oídme, dulce y amante Salvador mío. Oídme, Madre adorada. Bendecidme.

---

21 de enero de 1950,

Hoy, 21 de enero, hice mi retiro con las ejercitantes. Creo que lo hice bien. No sé. Mañana, 22, entra nuestra humilde Congregación en su año jubilar. No sé qué decirte, mi amado Jesús; no sé qué decirte. La veo tan atrasada, sin Hermanas, que me siento afligida, pues temo no sea de tu agrado y quieras terminarla.

No quiero ser la causa, y desearía me llevaras de esta vida, antes que verla acabada.

---

10 de mayo de 1957.

Hoy he recordado que el 17 de diciembre de 1899, a las dos de la madrugada, después de una lucha espiritual, en que imploraba a todos mis especiales santos, oí muy clara una voz que me dijo: mi gracia te basta. No puedo saber si fuisteis Vos, o ardid del enemigo. Pero lo cierto es que al momento mi espíritu se tranquilizó, y me quedé dormida. Son beneficios de Dios a sus pobres criaturas mínimas.

---

1 de agosto de 1959.

¡Qué afortunada soy...! Por todo te doy infinitas gracias, Me llenó de amargura una Hermana al decirme que yo tengo corazón de madre para las que son simpáticas. Atrevida... ¡Cómo se atreve a decirme esto cuando hasta hoy no conozco la simpatía ni la antipatía! Que le tengo rabia... No, mi Dios, en mi corazón no hay una fibra de mal querer para ninguno, menos para mis Hermanitas, No conocen mi corazón. Amo con amor de Dios a todas, a todas. ¡Si supieran cuánto las amo! Bendecidme.

Junio de 1960.

Hoy, primer sábado de junio de 1960, víspera de la fiesta de Pentecostés, hice mi retiro. ¡Qué hermosa coincidencia...! Primer sábado y víspera del Divino Espíritu. Lo que siento es que nada puedo escribir; casi no veo la línea. Pero si así lo quiere Papa Dios, así lo quiero yo. Sea bendita su santa voluntad. Muy bien pasé el día, ¡Gracias, Jesús mío adorable!

PARA COMPLETAR SU SEMBLANZA

Para completar mejor la semblanza de nuestra biografiada me voy a permitir transcribir aquí algunas afirmaciones contenidas en los testimonios de varias religiosas de su Congregación. Omitimos sus

nombres, pues así se juzga mejor, pero aseveramos que son auténticas.

En este nuestro breve libro anhelamos brindar una imagen lo más exacta posible y proporcionar algunos rasgos sobre su personalidad, su temperamento, su carácter, su biotipo y su psicotipo. Todo podrá ayudar a conocer su ser y su obrar.

Era tal su presencia física que inspiraba un cierto especial movimiento de admiración. Con su frágil cuerpo, con su muy breve estatura, con la limpia mirada de sus ojos penetrantes, con su modestia encantadora, con la pulcritud de su mismo vestido, con su acento en el hablar muy sobrio y seguro, con su actitud natural y humilde, con la lucidez de su mente y lo cálido y sincero de su corazón se ganaba pronto a los prójimos. Y todos adivinaban que su espíritu volaba al cielo, y que por su comunicación incesante con Dios era tan comprensiva y generosa con las criaturas.

Me viene a la memoria lo que Santa Teresa de Ávila escribe en el Libro de su Vida —capitulo 27— acerca de San Pedro de Alcántara, su amigo y consejero. Y lo aplico, guardadas las debidas distancias, a la Madre María: «Con toda su santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, pero en éstas era muy sabrosa, porque tenía muy lindo entendimiento. Cuando la vine a conocer era tan extrema su flaqueza, que no parecía hecha sino de raíces de árboles.»

De la Madre María existen varios retratos que corresponden a diversos momentos de su vida. No todos, naturalmente, son de idéntico mérito, ni recogen con la misma fidelidad sus rasgos fisonómicos. De ellos se podría decir lo que el Padre Gracián afirmó cuando Santa Teresa fue pintada en un lienzo por Fray Juan de la Miseria: «Estos son los retratos que ahora tenemos de la Madre, que hubiéramos holgado hubieran sido más al vivo, porque tenía un rostro de mucha gracia, y que movía a devoción.»

En las rápidas puntadas que han trazado sus hijas, y que se trasladan a continuación, se recogen ante todo aspectos de la figura espiritual y

moral de la Madre María. Y no se podrá negar que en su conjunto brindan valiosas observaciones que pueden contribuir bastante al logro de un mejor conocimiento de nuestra heroína.

«Inspiraba respeto, y a la vez fervor. Era pequeña de estatura, y delgada. Caminaba ligera (con aire movido) y con los ojos bajos. Callada, aunque de voz fuerte. Corregía oportunamente, y jamás guardaba rencor. Era muy pronta en perdonar. Antes de llegar la noche tenía la delicadeza de llamar a la reprendida y decirle alguna palabrita. Para sentarse usaba una silla pequeña, sencilla, y su puesto preferido era un rinconcito, aunque 'hubiese visitas distinguidas.»

«He conocido a nuestra Madre María desde el año 1940. Admiro en ella, de modo particular, su obediencia, que practicó hasta la muerte en forma heroica probablemente. Su vida de oración, hasta la contemplación, fue, se puede decir, permanente. Se mantenía muy celosa del cumplimiento de las santas reglas y Constituciones. Era de carácter fuerte. Pienso que se hacía de continuo gran violencia para no excederse; esto en muchas oportunidades.»

«En su piedad la Madre María era admirable, Pasaba horas de rodillas, Oía la Santa Misa con indecible fervor, Las Horas Santas que dirigía eran tan llenas de fuego que no nos cansábamos de oírla leer. Era como si el corazón le ardiera de emoción al hablar con el Esposo divino. Me encantaba oírla decir: ¡Hora santa de mis amores! ¡Hora santa de mis ensueños! Una vez me puse a observarla, y le veía en el rostro una belleza como de ángel. Empleaba su voz y todo su corazón de manera que nunca más he vuelto a ver ni oír. Sentía ganas de llorar al ver a un alma tan pura y tan enamorada de Dios.»

«En una ocasión, siendo yo novicia, y habiéndome enterado de algo anormal en una de mis compañeras, fui a ponerlo en conocimiento de nuestra Madre. Esta creyó que mentía, y por ello me dio una fuerte reprensión. Le contesté que lo sabría por otra persona. Y, efectivamente, pocos días después me llamó, y me dijo estar segura

del informe dado por mí, y me pidió perdón. Pude valorar su gran humildad.»

«Era muy observante y ordenada. Cada año me decía: Tienes un año más. Debes portarte mejor. Cuando le manifesté deseos de ser religiosa se fue a la capilla y se puso a llorar. Le dije: ¿Por qué llora? Y me dijo: Esto es muy grande para mí. Tiempo hace que estoy pidiendo al Señor esta gracia para ti, antes de mi muerte.»

«Alcanzaba su gran caridad a todas las personas, especialmente a las Hermanas. Le dije alguna vez: Madre, estas Hermanas son malas, porque le hacen sufrir mucho, y después se van. Había algunas que le reñían y le hacían sufrir. Ella me respondió: No diga así; ellas no son malas, ni las que se van, ni las que se quedan. Sólo que no se dan cuenta, y no son fieles al Señor.»

«Vivía su consagración de la manera más radical, sin compensaciones ni paliativos de ninguna especie. Sumamente austera, mortificada y penitente. Los cilicios que usaba (se encuentran en el museo de la casa generalicia) causan horror. Amante de la soledad y del silencio. Alma de continua oración, eminentemente contemplativa. Parca en el hablar, y más aún en el comer.»

«Desde que la conocí la comencé a querer como a mi madre. Era a la vez muy humana y muy santa. Se interesaba de nuestros familiares como si fueran los suyos. Tenía para ellos finos detalles.»

«Fue muy humilde. Después de haber sido Superiora General se sometía en todo a la superiora local. Yo fui testigo de cómo le pedía permiso hasta en las cosas más insignificantes.»

«Era muy ordenada en todos sus quehaceres. Los útiles que usaba para el trabajo en lo que se relacionaba con la Eucaristía eran pulcrísimos. Ella misma lavaba los purificadores. Su predilección era el Santísimo Sacramento. También era muy devota de la Santísima Virgen.»

«Penitente y de mucha caridad. Sobresalió en ella el respeto hacia los sacerdotes, ministros del Señor. Era de hablar suave y conversación

agradable, Cuando viajaba comparaba la belleza de los paisajes con lo que deberá verse en el cielo.»

«Cuando murió mi madre me quedé sola. La Madre María, que me conocía desde mucho tiempo, me dijo: ¿Por qué no te haces religiosa? A lo que respondí: tengo mucha edad. Ella insistió: Nuestro Señor no busca edad sino los corazones. Y me fui con ella. Era muy atenta. La teníamos como una santa.»

«Alentaba a todo el que le comunicaba sus penas, y se imponía cualquier sacrificio a cambio de hacer felices a sus semejantes.»

«Fue muy caritativa y prudente. Tenía siempre palabras de aliento. De preferencia ayudaba a las personas más necesitadas. Fue un modelo de virtudes.»

«La conocí cuando ya estaba muy avanzada en años, pequeña de estatura, pero grande de corazón, de mirada limpia, porte modesto y rostro sereno que dejaban traslucir la presencia de Cristo. Era una mujer exquisitamente humana, y de gran espíritu de fe y de sacrificio.»

«Llamaba la atención la paciencia con que recibía a las personas que la iban a visitar. Contaba ella misma que esto le molestaba, hasta que pensó que así perdía el mérito, y desde entonces recibía a todos con alegría.»

«Era muy notable su caridad hacia nosotras las Hermanas, y hacia las niñas. Recuerdo el especial afecto que profesaba a Olimpia, una niña que era anormal. ¡Con qué paciencia y solicitud la cuidaba...!»

«Muy austera en la comida, Comía muy poco. Jamás pedía nada. Se contentaba con lo que le llevaban, Nunca comía carne. Se puede decir que vivió en continuo ayuno.»

«Su padre estaba desahuciado. Contado por ella misma. Se agravó y murió. Y ella abrió los brazos junto a él, y le suplicó a Nuestro Señor y a la Virgen de las Mercedes que le concedieran unos minutos de vida. Y volvió en sí, pidió al sacerdote, confesó, comulgó y le pusieron los santos óleos.»

«Tesonero era su afán por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Nunca escatimó sacrificios cuando se trataba de una misión, de un catecismo o evangelización. Toda ella era un conjunto de virtudes.»

«Me llamaba mucho la atención su dedicación al trabajo. Todo lo hacía con gran delicadeza. En varias oportunidades me corrigió con gran entereza: sobre todo cuando faltaba al silencio.»

«En el perdón de las injurias era pronta, El director del antituberculoso de Maracay trató mal a las Hermanas. Se pusieron mal las cosas, Pero la Madre hizo que todo se olvidara y arreglara. Tenía gran devoción a San Pío X por haber sido el restaurador de la Eucaristía, y porque por él fueron aprobadas las Normas de nuestra Congregación.»

«Su espíritu de servicio con todos era admirable. Pedía siempre oraciones en favor de los pobres y de los abandonados, y por la conversión de los pecadores.»

«Estando una vez reunidas las aspirantes con la Madre María llegó una religiosa y le hizo un reclamo muy duramente. Nuestra Madre guardó silencio, y al retirarse la Hermana la disculpó diciendo: Esas son ligerezas de la Hermana.»

«No se demoraba en contestar las cartas. Era en esto persona muy fina, y en tener presentes a todos los que de ella necesitaban.»

«Siempre saludaba con cariño a las personas, sin distinción alguna. Hasta a los jardineros y empleados.»

«Nuestra Madre amaba entrañablemente a los sacerdotes, y sufría mucho cuando se les calumniaba. Recuerdo cuando fue encarcelado el Padre Biaggi, acusado de haber matado a su hermana. Nuestra Madre nos mandaba que le visitáramos en la cárcel. Nuestra Madre fue sumamente leal y agradecida con los amigos y bienhechores de la casa.»

«Cuando alguna Hermana se retiraba de la Congregación sufría mucho. Alma de profunda humildad. Siempre se consideraba la última y la más imperfecta.»

«Tuve la oportunidad de pasar ratos agradables junto a ella. En una ocasión viajé con ella. Era muy complaciente, y le gustaba hacer chistes.»

«Su entrega a la voluntad de Dios fue continua e incondicional.»

«Tenía gran capacidad para resolver los problemas que se le presentaban. Vivía llena de confianza en el Señor.»

EPÍLOGO

Este epílogo va a revestir un carácter muy singular, pues se reduce a unas cuantas notas breves, añadidas a modo de complemento de los capítulos del libro. Ello ha parecido conveniente, a fin de perfeccionar la explicación de algunos argumentos y para ilustrar al lector en varios aspectos.

1. La familia agustiniana en Venezuela

Como fondo apropiado de la vida de la Madre María no será inoportuno el anotar, siquiera brevísimamente, la presencia agustiniana en el suelo de Venezuela a través de los tiempos.

El primer religioso agustino que pisó esta tierra fue fray Vicente Requexada en 1527; tomó parte de la expedición de Federman que recorrió los Estados de Falcón, Lara, Yaracuy, Portuguesa y Barinas.

El Padre Gabriel de Saona, fundador del convento de San Agustín de Quito, hizo una expedición por las entonces denominadas Provincias del Espíritu Santo, hoy La Grita, Mérida, Maracaibo. Y como el Padre Bartolomé Díaz a últimos del siglo XVI, estuvo viviendo con los indios mucuchíes, y aprendió su idioma.

Los agustinos, junto con otros misioneros, adoctrinaron una muy vasta región, comprendida entre los actuales Estados andinos, Táchira y

Mérida, parte de la cuenca del lago de Maracaibo y cuenca de los ríos Apure, Arauca y Orinoco. Hubo hasta 1821 un convento célebre en Mérida, denominado de San Juan Evangelista. Estos religiosos evangelizaron a los mucuchíes en Aricagua, Tabay y Páramo de la Cerrada, así como a los táribas, capachos, guásimos, cúcutas, teocaras y zimaracas.

En 1593 se estableció el convento agustiniano de San Cristóbal. Y poco después el llamado de Gibraltar, el de Maracaibo y el de Barinas, hoy Barinitas.

Por su alto significado espiritual conviene mencionar a Nuestra Señora de la Consolación, hoy patrona de los Andes venezolanos, especialmente del Estado de Táchira. Hacia el año 1574 dos religiosos agustinos construyeron una pequeña ermita en Táriba y colocaron un cuadro de la Virgen con tan bello título. Aquella ermita es una esbelta basílica. En la actual Palmira hoy tienen los agustinos recoletos una iglesia parroquial. Corresponde al territorio de los Guásimos. También allí poseen casa de apostolado las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús.

Desde 1899, tras los sucesos del siglo XIX, comenzaron los agustinos recoletos una época de ardorosa expansión en territorio venezolano, y hoy poseen colegios y centros de hondo influjo, evangélico y cultural. Después, en 1951, principió una nueva cadena de fundaciones la Orden de San Agustín.

Se pueden consultar dos libros importantes sobre el tema: LOS AGUSTINOS RECOLETOS EN VENEZUELA Y TRINIDAD, de los Padres Feliciano Alonso y Pablo Martínez (1948), e HISTORIA DOCUMENTADA DE LOS AGUSTINOS EN VENEZUELA DURANTE LA ÉPOCA COLONIAL, por el Padre Campo del Pozo (1968). Así como se leerán con provecho los estudios del Padre Joaquín Urdiciain, publicados en el Boletín de la Provincia de San José. Y acerca de lingüística y etnografía de Venezuela algo escribió el agustino recoleto Pedro Fabo, relativo en particular a la región de Apure.

Muy recientemente, año 1979, y por cuenta de la Universidad Católica «Andrés Bello», de Caracas, el citado Padre Campo de Pozo ha dado a luz un rico estudio con este título: Los Agustinos en la evangelización de Venezuela.

El 8 de diciembre de 1948, al cumplirse los cincuenta años de la llegada de los agustinos recoletos a Venezuela, tras los hechos del siglo XIX, tan turbulento y complejo, Monseñor Nicolás Eugenio Navarro, en discurso memorable hizo una apología de las comunidades religiosas y proclamó en particular los insignes beneficios que la república de Venezuela debe a la Recolección Agustiniana.

2. Choroní

Choroní es el nombre de un pueblo que se encuentra al lado norte del Estado de Aragua. Desde Maracay es preciso, para llegar a Choroní, atravesar un monte escarpado. Ahora es fácil hacer la travesía porque se ha construido una buena carretera. Anteriormente el viaje se hacía a lomo de mula o caballo. En tiempo de los indios el nombre parece que era Churuní, nombre del pueblo y del valle en que está enclavado. Se encuentra a la orilla del mar Caribe.

El capitán español Lázaro Vásquez fue uno de los principales encomenderos de estos sitios. Y los religiosos franciscanos sembraron las primeras semillas evangélicas. El obispo fray Antonio de Alcega organizó los curatos y doctrinas. Don Diego de Ovalle tuvo unas encomiendas notables. La primera doctrina recibió el nombre de San Francisco de Paula, que luego se denominó de Santa Clara de Asís. Santa Clara del Valle de Choroní aparece en los documentos. Después queda sólo el nombre de Choroní. Santa Clara es la titular de la parroquia y la patrona del pueblo. El primer párroco es el franciscano fray Francisco Amado, que antes lo había sido de Maiquetía.

Ahora Choroní es una población muy limpia y bella. Aquí nació Laura Evangelista Alvarado Cardozo. Aquí vivían sus padres. Aún se muestra el sitio en donde se levantaba su casa, que no necesitaba cimientos hundidos en tierra, porque el suelo es de piedra o losas muy firmes y

grandes. Se indica el lugar en donde se hallaba la habitación en que vio por vez primera la luz. Tienen empeño en adquirir la propiedad las Agustinas Recoletas, que hace algunos años, en un gesto de amor a su Madre y Fundadora, compraron una casa en la plaza en donde abrieron una escuela para niños pobres. A la Madre María con justicia se la llama LA FLOR DE CHORONÍ.

3. Maracay

La ciudad de Maracay es la capital del Estado de Aragua. Es importante por su población y por su alto nivel industrial. La familia Alvarado Cardozo se trasladó aquí cuando era todavía muy niña Laura Evangelista. Y por eso aparece tan vinculada a este lugar en donde asistió a la escuela, en donde conoció a Monseñor López Aveledo, en donde tuvo principio la Congregación de Agustinas Recoletas, en donde residió por muy largo tiempo, y en donde murió y se guardan sus restos mortales. Maracay es sede episcopal. Hoy es su prelado Monseñor Feliciano González, ferviente devoto de la Madre María, a quien conoció, y cuyas virtudes ensalza sin cesar.

4. Los Teques

Hay una ciudad en Venezuela, llamada Los Teques, que es la actual capital del Estado de Miranda, del distrito de Guaicaipuro. Recibe el nombre de los indios «teques» que poblaban el territorio a la llegada de los españoles. El sitio central de la tribu así se llamaba también. Y ahí se estableció una parroquia de la que fue nombrado primer rector el presbítero Manuel Fernández Feo en 1778. Con el correr de los días el pueblo de Los Teques fue creciendo. En 1965 Pablo VI erigió la diócesis de los Teques, y fue nombrado para regirla Monseñor Juan José Bernal Ortiz.

En Los Teques la Congregación de Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús estableció el instituto de María Briceño en 1950, y además en 1952 el instituto de Nuestra Señora de Fátima a donde se trasladó desde Maracay el noviciado en 1957. El María Briceño se suprimió, y el

de Nuestra Señora de Fátima pasó a la casa nueva, en la Avenida de Los Pinos, en 1966. La Madre María de San José vivió bastante tiempo en esta ciudad a la que profesó gran afecto.

5. Escritos

Con motivo del primer centenario del nacimiento de la Madre María de San José en 1975, la Madre Águeda Sánchez tuvo la buena idea de recoger y ordenar sus escritos que forman, mecanografiados, un volumen de 424 páginas. No son todos los que de ella se guardan. Ni aparecen con orden rigurosamente cronológico, ni ideológico. Constituyen, sin embargo, un tesoro de espiritualidad, y van a contribuir a comprender mejor la riqueza del alma de su autora, a la vez que proporcionan datos autobiográficos muy valiosos. Y por razón de las fechas en que fueron redactados sirven para apreciar mejor el gradual ascenso de su vida hacia las cumbres de la perfección.

Nadie piense en algo sistemático, en un tratado doctrinal realizado con intenciones magisteriales. Son apuntes íntimos, exclamaciones fervorosas, desahogos espontáneos de un corazón que se siente encendido en llamas de divino amor, suspiros y gritos lanzados al cielo en momentos de más viva fe o de particular comunicación con el Señor. Ella misma anota que el director o confesor le mandaba estampar sus impresiones y sentimientos durante los ejercicios. Algunas veces tiene el acierto de estampar el nombre del sacerdote que hablaba y movía su espíritu, y también fechas y circunstancias.

No pretendemos convencer a nadie de que nos encontramos ante una criatura que regala al mundo elevaciones de un altísimo valor. Pero sí de seguro la Madre María va a llamar la atención por lo privilegiado de su alma y por los dones singularísimos con que la enriqueció el Espíritu Santo. También merecen una mención las numerosas cartas, en su mayoría breves y familiares o de compromiso social, que dirigió a sus religiosas y a otras personas particulares.

6. Monseñor Vicente López Aveledo, 1869-1917

Cofundador de la Congregación de Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús es Monseñor Vicente López Aveledo, notable figura de la Iglesia en Venezuela, nacido en Caracas, y perteneciente a una familia de ilustres apellidos. Ordenado sacerdote pronto fue enviado en calidad de párroco a Maracay, en donde se distinguió por su celo y su piedad, y en donde conoció a la joven Laura Alvarado, con quien inició, en tiempo de calamidad y de miseria, el primer hospital de Maracay que se llamó de San José. Luego ambos establecieron una escuela y un asilo de huérfanos. A la empresa santa de estas dos personas tan meritorias se unieron pronto otras buenas señoritas con que principió a adquirir forma la Congregación. Fundadores auténticos fueron Monseñor López Aveledo y la Madre María de San José.

Monseñor López, docto, digno siempre, muy sacrificado y prudente, llevó una vida ejemplarísima y fecunda. Después de veintisiete años de servicio activo murió en la mayor pobreza en LOS TEQUES el 30 de enero de 1917. Sus restos mortales, enterrados en el cementerio de la citada ciudad, fueron luego trasladados a la capilla del colegio de La Pastora, en Caracas, que pertenece a las Agustinas Recoletas.

Por cierto que Monseñor López fue muy amigo del Padre Santiago Machado, fundador de las Hermanitas de los pobres de Maiquetía, y del Padre Sixto López, luego Obispo y fundador de las Hermanas Carmelitas venezolanas.

7. Congregación de Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús

El 21 de febrero de 1901 el Padre López Aveledo reunió a la Madre María y a sus compañeras Ulpiana Gil Quiñones (Hermana Catalina), Francisca Antonia Rojas (Hermana Francisca) y María Félix Rodríguez (Hermana Máxima). Había trabajado anteriormente con ellas en obras de caridad. Y les expresó claramente su idea de dar principio formal a una Congregación religiosa, conforme a las normas de la Iglesia, para lo cual ya había hablado con el arzobispo de Caracas, Monseñor Juan Bautista Castro. El 11 de febrero tomaron el hábito.

El fin particular del Instituto, según los reglamentos primitivos preparados por el Padre López y la Madre María, es la asistencia y cuidado de los ancianos y huérfanos en hospitales, casas de beneficencia y orfelinatos, y enseñanza de la doctrina cristiana. Este fin, acomodado y renovado, según el Concilio Vaticano II, es el actual. Hoy la Congregación está fuerte, y sigue produciendo ricos frutos espirituales. Tiene como fundadores a la Madre María y al Padre López Aveledo.

La pareja fundadora se ha dado en muchos otros institutos. San Francisco de Sales y Santa Francisca de Chantal, en la Orden de la Visitación. San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, en las Hijas de la Caridad. San Juan Bosco y Santa María Mazzarello, en las Hijas de María Auxiliadora, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz...

La Congregación, cuyo fin, medio y centro es la caridad, según lo prescribe la Regla que profesa, por pertenecer a la Recolección Agustiniana procura armonizar la vida activa con una intensa oración y una muy clara vida interior, en síntesis fecunda de acción y contemplación. Y recibe la ayuda y el influjo de los Agustinos Recoletos que, por cierto, en Venezuela vienen trabajando desde hace muchas décadas en campos evangélicos muy variados.

8. Mística

Yo no dudo en asegurar que el alma de la Madre María de San José fue eminentemente mística, pues aparece siempre gobernada por el Espíritu Santo, de cuyos dones estuvo llena hasta rebosar.

En todas las manifestaciones de su ser se presenta con una fe tan viva y operante que cautiva, y con una entrega total, sin reservas, al divino Dueño. Se sentía por completo invadida por Cristo, y quería repetir, y podía repetir con San Pablo, que no vivía ella sino que Cristo vivía en ella.

Algo de esto habrá podido observar el lector al repasar las páginas anteriores, en que se describe con gran sencillez la semblanza de la Madre María. Y mucho más podrá observar cuando se abra por

completo el abanico de toda su vida, y se pongan a su disposición sus escritos completos, con sus pensamientos y sus elevaciones.

Sin exageración se puede ya anticipar que estamos ante una figura de mujer privilegiada que alcanzó un grado muy alto de unión con Dios. La característica de la unión mística, de ese estado sobrenatural «que no podemos alcanzar por nuestra propia industria, aunque sí disponernos para ello», es la de experimentar el sentimiento de la presencia de Dios en el alma; es el tener un conocimiento superior, cuasi experimental y gustoso de Dios presente en nosotros, junto con un vivo amor a Él y a los prójimos; es la contemplación dulce de las divinas perfecciones, y en particular de la vida, muerte y pasión de Jesucristo.

Todo ello no excluye los esfuerzos personales. Al contrario. Ni excluye el haber padecido sequedades y desolación interior, ni el paso por aquellos caminos de que habla San Juan de la Cruz, por la noche de las purificaciones activas y pasivas.

En las páginas de este modesto libro algo se apunta acerca de los regalos singularísimos con que el divino Esposo enriqueció a su Sierva; y algo se anota sobre sus virtudes, caridad, humildad, paciencia y fortaleza.

Conviene destacar que la Madre María, fundadora de una Congregación de vida activa, y obligada, por razón de ejercer el superiorato, a recorrer ciudades y caminos, sentía una irresistible atracción hacia el retiro, hacia la soledad, hacia la intimidad con su Señor. Hubiera ella por su gusto renunciado a todos los ajetreos y se hubiera refugiado en la clausura más rígida. Se sentía contemplativa. En la oración silenciosa, sobre todo ante el Sagrario, ante la Hostia santa, fácilmente permanecía horas y horas como extática.

No parece que la Madre María de San José, en las circunstancias de su vida, hubiera podido aprovecharse de las luces y estímulos en forma constante de algún padre director experimentado y sabio. Aunque muchas almas han ascendido al monte de la santidad sin una guía determinada, no deja de ser muy clara la ventaja de una buena

dirección, que además da ocasión para lograr una recíproca influencia en lo sobrenatural.

9. Víctima de Jesús

Deberá figurar la Madre María de San José en la lista de las mujeres enamoradas de Jesús que por Él, de Él y para Él sólo vivieron, y que supieron imitarle, sobre todo en su caridad, en su entrega total por la salvación de los hombres, en su unión con el Crucificado que con su sangre ha redimido al mundo. Hecho víctima Jesucristo atrae hacia Sí a quienes voluntariamente desean unirse con Él y suplir Io que, según San Pablo, faltó a su Pasión. El fundamento dogmático del ofrecimiento como víctima de expiación por la salvación de las almas o por otro motivo sobrenatural reside en la solidaridad establecida por Dios entre todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo.

Dignísimo de recordar resulta este aspecto de la personalidad de la Madre María de San José. En este libro se reproducen algunos pensamientos suyos al respecto. Abundan sus manifestaciones en que indica que estaba unida a Jesús Crucificado, hecha una víctima en Él y con Él. Ya se sabe que han existido heroicas almas que así vivieron, Santa Gema Galgani, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa del Niño Jesús, Sor Isabel de la Trinidad. En los últimos tiempos relucen dos figuras en la Recolección Agustiniana, a quienes se parece la Madre María de San José. Ellas son el Beato Ezequiel Moreno —1848-1906— y la Sierva de Dios Sor Mónica de Jesús —1869-1964—, cuyo proceso de beatificación ha comenzado. Alrededor de la Madre María hay un fuerte movimiento victimal entre sus hijas las religiosas y otras personas que la conocen y admiran.*

_____

* Otras Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús han sido también, y son, víctimas, como su madre. He de recordar a Sor Carmen Fuentes, compañera de la Fundadora, y que murió en los Teques en agosto de 1979. Estaba yo ahí dirigiendo los Ejercicios espirituales. Y acompañé a la Madre Carmen en sus últimos momentos. Y ante mí renovó su

entrega total, como víctima de Jesús. Qué emocionante fue aquello. Murió como una santa.

10. Causa de Beatificación de la Madre María

A la muy recta, humilde y bondadosa Madre María de San José le acompañó en vida una notable fama de mujer muy regalada por el Divino Espíritu. Y después de su muerte el olor de santidad ha ido creciendo sin cesar en torno a su nombre. Sobre su sepulcro no han faltado flores ni luces ni los testimonios de agradecimiento de parte de multitud de personas que han invocado su intercesión y que se consideraron favorablemente escuchadas. Dentro de su Congregación existe la certeza de sus excelencias espirituales.

Así las cosas, en el Capítulo General que su Instituto celebró en Los Teques —días 9 al 16 de agosto de 1978, al que asistí llamado como asesor especial— fue aprobada un Acta, que es la VI, y que dice:

«Las vocales de este Capítulo General, que se celebra en la casa central de la Congregación de Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús, expresan solemne y sinceramente sus sentimientos de veneración y fidelidad a su Fundadora Madre María de San José, quien en unión de Monseñor Vicente López Aveledo dio principio y vida al Instituto y le infundió su espíritu. Y porque consideran que practicó la virtud en grado muy eminente, y que después de su muerte su fama de santidad va creciendo de día en día entre sus hijas y el pueblo cristiano, acuerdan

Dar los pasos convenientes en orden a promover su CAUSA DE BEATIFICACIÓN, guardando los trámites requeridos, y con las necesarias autorizaciones y oportunos consejos de prelados y personas competentes.

La Congregación asume con gusto las responsabilidades del caso.

Asimismo, en este momento de mucha importancia, el Capítulo General quiere comprometerse y comprometer a todas las religiosas de la Congregación, a imitar los altos ejemplos de caridad y humildad de su amada Madre Fundadora, y a poner en práctica todos los esfuerzos en

el seguimiento de Jesucristo, según el Evangelio, y conforme a la Regla de Nuestro Padre San Agustín y al carisma del Instituto.»

Ya ha principiado el movimiento. Fue obtenida la venia del excelentísimo señor obispo de Maracay, Monseñor Feliciano González. Se han repartido con profusión estampitas de la Madre María, en donde se imploran oraciones a fin de que el Señor se digne glorificar a quien procuró agradarle siempre en la tierra.

Promotor de la Causa es el Padre Eugenio Ayape.

11. Bibliografía

No ha sido mucho lo que se ha escrito o publicado acerca de la Madre María de San José. Pero ya hay unas fuentes de información que irán cobrando fuerza con el tiempo. Pensamos que ha de ir creciendo el interés por el conocimiento y divulgación de lo referente a su persona, su vida y su obra.

Podemos citar:

Augusto Padrón: Madre María de San José. 1875-1975. Maracay. Biblioteca Pulso del Cabildo. Ediciones del Concejo Municipal. 30 págs.

Lucas Guillermo Castillo Lara: Choroní, valte enamorado del sol. Ediciones del Concejo Municipal. Maracay. 30 págs.

Dilia Barrios: Ellas, ayer. Maracay. Se habla de las religiosas fundadoras y de otras notables en la Congregación de Agustinas Recoletas. 48 págs.

Pedro Antonio Vásquez: Madre María. 1875-1975. Es un folleto de 20 págs. Mecanografiado.

Hay además una fuente, rica de información, en los testimonios que han dejado escritos —se conservan en la casa de Los Teques— muchas de las religiosas que conocieron a la Madre María, y otras personas.

Y es copiosa la serie de recortes de periódicos que han hablado de la protagonista. En especial se ha distinguido el diario LA RELIGIÓN, de Caracas.

En Maracay, 1980, Tipografía y Litografía Guayana, acaba de aparecer el libro ESBOZO BIOGRÁFICO DEL PADRE JUSTO V. LÓPEZ AVELEDO, 218 páginas, que ha escrito la Hermana Dilia Barrios. Hay datos muy interesantes sobre nuestra Madre María de San José.

Terminose de imprimir esta Vida de la Madre María de San José, en los talleres de Gráficas Sandoval de Plasencia (Cáceres-España) el día 28 de agosto de 1980, fiesta de San Agustín.